



MALVINAS EPOPEYA NACIONAL

DIRECCIÓN GENERAL DE **PUBLICACIONES**



Malvinas, epopeya nacional

Honorable Senado de la Nación Argentina

Malvinas, epopeya nacional - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Honorable Senado de la Nación, 2026.

xxx p. ; xx x xx cm.

ISBN en trámite.

1. . 2. .

CDD 282.092

Fotografía en tapa: Nicolás Kasanzew

Fotografía en página 108: cedida por cortesía de la Gobernación de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur

Editorial

Honorable Senado de la Nación

Hipólito Yrigoyen 1849

C.P. 1089 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.senado.gob.ar

Las opiniones, afirmaciones y contenidos incluidos en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores, expositores y/o compilador y no reflejan necesariamente la posición institucional del Honorable Senado de la Nación. En consecuencia, dicho organismo no asume responsabilidad alguna por los errores, omisiones o inexactitudes que pudieran existir, ni por las interpretaciones, decisiones o consecuencias que pudieran derivarse del uso de la información aquí contenida.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta y/o reproducción a través de cualquier medio electrónico, mecánico y/o cualquier sistema de archivo y recuperación de información (RSP 1/24). Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

AUTORIDADES
HONORABLE SENADO DE LA NACIÓN

Presidencia

Dra. Victoria Villarruel

Presidencia Provisional

C.P.N. Bartolomé Esteban Abdala

Vicepresidencia

Lic. María Carolina Moisés

Vicepresidencia Primera

Da. Carolina Losada

Vicepresidencia Segunda

Lic. Alejandra María Vigo

Secretaría Administrativa

D. Alejandro Fitzgerald

Secretaría Parlamentaria

Dr. Agustín Giustinian

Prosecretaría Administrativa

Dr. Lucas Clark

Prosecretaría Parlamentaria

Lic. Dolores Martínez

Dirección Gesta de Malvinas

D. Nicolás Kasanzew

Dirección General de Publicaciones

Dra. Grisela García Ortiz



*Presidencia
del
Senado de la Nación*

DP-0152/26

Buenos Aires, 12 de marzo de 2026

VISTO:

El Expediente Administrativo HSN-300/2026, la Resolución DR-1388/02 y sus modificatorias, la Resolución de Secretaría Parlamentaria RSP-1/24 y;

CONSIDERANDO:

Que la Gesta de Malvinas constituye uno de los consensos más profundos y perdurables de la República Argentina, en cuyo marco, durante décadas, distintos gobiernos democráticos han sostenido una política de Estado orientada al reclamo pacífico, diplomático y permanente de la soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur, y sus espacios marítimos e insulares, conforme a la Cláusula Transitoria Primera de la Constitución Nacional, por ser parte integrante del territorio nacional.

Que la recuperación de dichos territorios constituye un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino.

Que el conflicto armado de 1982 dejó una huella profunda en la memoria colectiva del pueblo argentino, configurando un capítulo dramático, pero también honroso que demanda un ejercicio permanente de memoria histórica, reparación simbólica y de reafirmación democrática hacia quienes dieron todo por la Patria.

Que en el marco reseñado, el Honorable Senado de la Nación ha mantenido un sostenido compromiso institucional con la Causa Malvinas, impulsando iniciativas vinculadas con la soberanía, la memoria histórica y el reconocimiento de los veteranos y caídos en el conflicto del Atlántico Sur.

Que la Causa Malvinas constituye un episodio central de la memoria nacional contemporánea, y que resulta de interés para esta Presidencia promover la publicación de un libro que recopile las actividades desarrolladas en el Honorable Senado de la Nación, a fin de fortalecer los valores democráticos, honrar a los caídos y contribuir al acervo bibliográfico nacional.

Que la publicación del libro, destinado a su distribución gratuita en la comunidad y que motiva el dictado del presente Decreto, recopila los eventos realizados por la Dirección Gesta de Malvinas durante las efemérides nacionales de 2024 y 2025, constituye un valioso aporte para documentar dichas actividades, fortalecer la difusión de la Causa Malvinas y promover la memoria histórica en la ciudadanía.

Que la relevancia institucional del material producido justifica la excepción a lo establecido en la RSP-1/24, a los fines de autorizar su publicación en soporte físico y digital por parte de la Dirección de Publicaciones, dependiente de la Secretaría Parlamentaria, conforme a sus misiones y funcione sus misiones y funciones.

*Presidencia
del
Senado de la Nación*

DP-0152/26

Que, en consecuencia, corresponde disponer su impresión en la Imprenta del Congreso de la Nación, de acuerdo con los lineamientos establecidos por la Dirección General de Publicaciones, dependiente de la Secretaría Parlamentaria.

Que la Dirección General de Publicaciones y la Subdirección General Legal y Técnica tomaron la intervención de su competencia.

Que el presente se dicta de conformidad a la Resolución DR-1388/02 -Reglamento de la H. Cámara de Senadores de la Nación- y sus modificatorias.

POR ELLO Y EN USO DE LAS FACULTADES QUE LE SON PROPIAS LA PRESIDENTE DEL H. SENADO DE LA NACIÓN

DECRETA:

Artículo 1°. - Declárase de interés para esta Presidencia la obra "MALVINAS, EPOPEYA NACIONAL" que compila las exposiciones presentadas durante las jornadas realizadas por la Dirección Gesta de Malvinas durante las efemérides nacionales de 2024 y 2025 en este Honorable Senado de la Nación.

Buenos Aires, 12 de marzo de 2026

Artículo 2°.- Instrúyase a la Dirección General de Publicaciones, a dar cumplimiento con los requisitos previstos en el Anexo I de la RSP-1/24.

Artículo 3°.- Cumplido lo indicado en el artículo 2°, autorizase, por excepción a lo dispuesto en el artículo 3° de la RSP-1/24, la publicación de la obra mencionada en el artículo 1° del presente.

Artículo 4°.- Cumplido lo indicado en el artículo 2°, autorízase, la compilación, edición e impresión en la Imprenta del Congreso de la Nación y publicación de CUATROCIENTOS (400) ejemplares de la obra "MALVINAS, EPOPEYA NACIONAL", UN MIL (1.000) tarjetas señaladoras con código QR para su distribución gratuita y la publicación digital de la obra en la página web de este H. Senado de la Nación, de conformidad con los lineamientos establecidos por la Dirección General de Publicaciones.

Artículo 5°.- Impútese el gasto a la partida presupuestaria correspondiente de este H. Senado de la Nación.

Artículo 6°.- Regístrese, notifíquese, comuníquese, publíquese y archívese.-

VICTORIA VILLARRUEL

Índice

Prólogo	11
Homenajes del año 2024	
Malvinas, epopeya nacional I (3 de abril de 2024).....	13
La Argentina no rinde Malvinas I (14 de junio de 2024).....	31
Los soldados de San Martín en Malvinas I (16 de agosto de 2024).....	55
Malvinas, una nueva Vuelta de Obligado (22 de noviembre de 2024)	81
Homenajes del año 2025	
Visita y acto homenaje en la ciudad de Ushuaia (2 de abril de 2025).....	103
Malvinas, epopeya nacional II (4 de abril de 2025).....	111
La Argentina no rinde Malvinas II (13 de junio de 2025)	129
Los soldados de San Martín en Malvinas II (22 de agosto de 2025).....	151
Malvinas, una nueva Vuelta de Obligado II (17 de noviembre de 2025).....	175
120 historias de amor y coraje de la Gesta de Malvinas	195



Prólogo

Palabras de la Presidente del Honorable Senado de la Nación

Malvinas es una bandera que me ha acompañado toda mi vida: desde mi infancia y el recuerdo de la guerra –donde mi padre, junto a sus camaradas, fue a defender nuestra soberanía– hasta el recorrido que me llevó al lugar en el que ejerzo hoy. En el medio me he ocupado de estudiar y de llevar a todas partes donde me fuera posible la causa de todos los argentinos que nos sentimos y vivimos como hijos de este bendito suelo.

Fueron tiempos duros, en los que la desmalvinización estaba en boga, generando confusión en una parte de la sociedad. Pero la verdad siempre se impone y el tiempo pone todo en su lugar, que puede sonar a lugar común, pero, como tal, es una verdad inapelable. Claro está que esa campaña fue orquestada y puesta en marcha por intereses contrarios a los de nuestra patria. ¿En qué cabeza cabe querer hacer renegar a su pueblo de sus héroes y de su tierra? Siempre chocaron contra la argentinidad que se expresó abiertamente a favor de un reclamo histórico e irrenunciable: Malvinas argentinas.

Así podemos ver, en cada rincón de nuestro país, una calle 2 de abril, una plaza Héroes de Malvinas, murales dedicados, banderas en las canchas, imágenes y placas de cada uno de los 632 héroes que regaron con su sangre la turba malvineña. El recuerdo y el homenaje son permanentes. Y este libro es un pequeño aporte en ese sentido.

Los 44 años que lleva el alto al fuego no nos hicieron bajar los brazos. Malvinas y el resto de las islas del Atlántico Sur deben volver a estar bajo bandera argentina. La presencia de una potencia extracontinental es un anacronismo colonial insostenible desde todo punto de vista.

Máxime teniendo en cuenta la relevancia que adquieren geopolíticamente las islas por su cercanía al estrecho de Magallanes y la Antártida, que está llamada a ser el continente del futuro. En tiempos de reacomodamiento del tablero mundial, América no puede dar la ventaja de tener en manos ajenas un enclave estratégico tan relevante.

Los vientos de cambio que soplan en el mundo son tan fuertes como los del Atlántico Sur. Es un deber de todos los argentinos de bien estar a la altura y poseer la firmeza y la templanza para concretar el retorno definitivo de lo que por derecho nos pertenece. Por todo esto, la gesta de Malvinas sigue más vigente que nunca y es nuestro deber prepararnos para concretar el ansiado objetivo nacional. Que Dios y la Virgen del Rosario nos acompañen. Volveremos.

Malvinas, epopeya nacional I

3 de abril de 2024





Palabras de Nicolás Kasanzew

Director de Gesta de Malvinas

La patria es la historia de la patria. Si nos la roban, nos están robando la patria, y eso fue exactamente lo que hicieron en estos últimos años: nos robaron la historia de la guerra de Malvinas.

Pero ¿qué es la historia si no los nombres de la historia, los héroes, los protagonistas? Nos robaron esos nombres. No los conoce la sociedad argentina. ¿Por qué no los conoce? Porque el marxismo cultural, tan dominante en las últimas décadas, les tiene tirria a los héroes, los aborrece.

Piensen ustedes que el himno de *La Internacional*, el himno comunista, dice en su primer párrafo: «Ni Dios ni héroe». ¿Por qué? Porque los héroes elevan la vara y, al ver la vara elevada, se eleva el pueblo, y un pueblo con vara elevada es mucho más difícil de adoctrinarlo, de llevarlo de las narices, de saquearlo. Por eso nos han robado la historia de los héroes de Malvinas. Y los necesitamos porque son los únicos que pueden transmitir valores eternos, que son los que pueden levantar al país. Los héroes son un tónico moral. El heroísmo es una levadura que actúa a través del tiempo y del espacio, y tenemos que recuperar ese tónico moral para levantarnos de las rodillas, como nos encuentra este año.

Por eso es que nosotros queremos que el pueblo argentino conozca a sus héroes, los honre, los imite, se inspire en ellos, les brinde lo que todavía falta brindarles, entre muchas otras cosas, el reconocimiento histórico que les adeuda. Tenemos héroes vivos y héroes caídos.

No habrá olvido que nos borre su memoria, y la memoria nos hará leales. ¡Malvinas, volveremos! ¡Viva la patria!





Palabras de Victoria Villarruel

Presidente del Honorable Senado de la Nación

Han sido 42 años durísimos. 42 años de desmalvinización, de olvido, de indiferencia. 42 años en los cuales estos hombres no recibieron el abrazo de la sociedad argentina que tanto merecían y que tanto se habían ganado.

Quiero también mencionar que hay una persona a la cual quiero agradecer especialmente, porque, si yo estoy aquí hoy, la hija de un veterano de Malvinas, es gracias al presidente de la nación, Javier Milei, que un día del año pasado me propuso ser su compañera de fórmula. Vaya a él mi agradecimiento.

Fueron años sumamente difíciles. No podría contar más que lo que han dicho cada uno de ellos –de los que me han precedido, de los veteranos de guerra, de la madre de un soldado fallecido–, a lo largo de los 42 años en los cuales la causa de Malvinas fue utilizada para intereses políticos.

Hoy nosotros, aquí en el Senado de la Nación, queremos comenzar una nueva etapa. Queremos comenzar una época en la cual se le agradezca a los héroes de la nación, vivos y muertos. Y queremos agradecerles, queremos acompañarlos y queremos distinguirlos como merecieron desde 1982 hasta el presente.

Como dijo el presidente ayer: «Es el momento de poner a la Argentina de pie». Y una de las causas por la que tenemos que trabajar es para que las nuevas generaciones conozcan la gesta de Malvinas.

Malvinas es la causa que nos une a todos los argentinos; es la única en la cual –tengas las ideas que tengas, pertenezcas al sector social que pertenezcas– vas a sentir que el 2 de abril la Argentina hizo lo justo: defender su tierra.

Es el momento de poner a la Argentina de pie, es el momento de recuperar el respeto a nuestras Fuerzas Armadas, el respeto que el pueblo argentino también le debe a los héroes de Malvinas y es el momento de que trabajemos unidos para sacar a Argentina del barro en el que hemos estado durante décadas.

Cada uno de nosotros ha nacido en este país para ser único, no para estar de rodillas, no para sentir vergüenza por lo que piensa, no para sentir vergüenza por haber defendido a la patria.

Argentina va a volver a ser el faro de Sudamérica con nosotros, con cada uno de nosotros desde su lugar. Y cada uno de nosotros tiene que comprometerse hasta el último suspiro de su vida. Vamos a luchar por sacar a Argentina de esta situación, para lo cual cada día de nuestras vidas tiene que ser un 2 de abril, el día más glorioso de nuestro siglo XX, en el cual la bandera argentina ondeó en un territorio usurpado por el invasor inglés.

Han pasado muchos años, pero nosotros seguimos en pie, firmes, reclamando la soberanía de nuestro territorio usurpado en 1833 que fue regado con la sangre de nuestros héroes en 1982.

Cada día es un 2 de abril. Cada día debe ondear la bandera celeste y blanca en nuestros corazones. Cada día estos 632 hombres que dieron la vida por la patria deben estar presentes en nuestros esfuerzos para poner a la Argentina de pie.

Hoy el Senado tiene el inmenso honor de recibirlos a ustedes, héroes de la patria, argentinos que mostraron de lo que estamos hechos: coraje y valentía.

Como hija de un veterano de Malvinas, mi gratitud eterna a todos ustedes y, en representación del Senado, del pueblo argentino y de las provincias, muchísimas gracias.

Todo por Argentina.



Palabras de Vicente Martínez Torrens

Último capellán viviente de la guerra de Malvinas

Con el permiso de ustedes, antes de iniciar esta invocación religiosa, quiero hacer dos gestos porque son los que llevan mi corazón y le van a dar el sentido profundo. Primero me voy a colocar la estola con la que yo celebré los sacramentos y las misas en Malvinas: la misma de allá, la misma con que también celebramos la Pascua, primera de las actividades en Malvinas.

En segundo lugar, lo más emotivo que tengo en mi vida y he dicho que sea mi mortaja: la bandera. La primera bandera que flameó en las Islas Malvinas el 2 de abril, desplegada por los buzos tácticos en el Cabo San Felipe, en el faro, fue esta bandera que se izó para que los aviones que estaban esperando el despeje de la pista pudieran aterrizar. Es decir, fue la contraseña que estuvo en lo más al este de Malvinas en el Cabo San Felipe y allí flameó. Por eso tiene las cicatrices de guerra por haber flameado allá con estos pliegues desgastados por el viento. Y esta estuvo al pie, me acompañó con la peregrina, la cual llevaba de trinchera en trinchera. Estaba adornado el pedestal. Hoy quiero que también esté en el pedestal en este momento para que ella también acoja esta invocación.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Del Evangelio de Juan: estaba enfermo cierto hombre llamado Lázaro de Betania, la aldea de María y de su hermana Marta. María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue ella la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos. Las hermanas, entonces, mandaron a decir a Jesús: «Señor, el

que tú amas está enfermo». Cuando Jesús lo oyó, dijo: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios para que el hijo de Dios sea glorificado por medio de ella».

Este parrafito lo quiero porque me voy a tomar el atrevimiento de hacer una similitud. Aquí Lázaro enfermo va a ser un poco la situación de la nación, cómo estamos. Pero el protagonista que puede sanar es Jesús. Y le vamos a pedir que nos sane como nación, como ciudadanos.

Padre Dios, en esta conmemoración del 42.º aniversario de la gesta de Malvinas, nos embarga un doble sentimiento: dolor y esperanza. Nos duele reconocer que nuestra patria sigue enferma, aquejada de muchos males. Unos dicen que es por los problemas económicos o laborales, otros por la corrupción y otros por la violencia. Tú puedes sanarla. Tú puedes sanarnos porque la más grave de las crisis que sufrimos es la moral. Se abandonan los altos valores que dieron origen a nuestra patria en beneficio de algunos valores sectoriales y extranjerizantes. No obstante, la esperanza sigue viva porque la grandeza de espíritu que se puso de manifiesto tanto en el pueblo argentino como en los jóvenes soldados de 1982 nos es patente.

Por esto, Padre Dios, queremos decirte:

Gracias por el temple de los hombres que hoy recordamos.

Gracias por la vida de ellos, por su familia, por este pueblo argentino que nos acompaña.

Gracias por el homenaje de esta casa del discernimiento dentro de la cual se forjan nuestras leyes y en la cual hoy queremos orar.

Gracias porque los ahora veteranos no vacilaron en el combate y sus cuerpos no sintieron el temblor del miedo, aún sintiendo el silbido agudo de los proyectiles.

Gracias porque la sed, el hambre y la fatiga no llegaron a minar sus espíritus, aunque sí lo sintieron sus carnes y sus huesos.

Gracias porque ninguno rehuyó ni con la imaginación siquiera el primer puesto en el combate, la guardia más dura en la trinchera, la misión más difícil en el avance o el orden en el repliegue.

Gracias porque no permitiste que el rencor y, mucho menos, el odio ganaran terreno en sus corazones.

Perdón, porque cada uno de nosotros quiso ser el mejor soldado de su arma y el argentino más amante de su patria, despreciando al enemigo experto en este tipo de contienda.

Te pedimos por las generaciones presentes y futuras, por los gobernantes de turno para que no tengan ni olvido ni traición por tanto sacrificio.

Padre Dios, Tu poder redentor llega a nuestros 632 héroes que tiñeron con su sangre las aguas y los campos de aquellas irredentas Islas. Por los méritos que hayan podido adquirir al convertirse en el grano de trigo que se entregó para dar fruto abundante y por la intercesión de la Santísima Virgen a la que siempre invocaron, dales la paz definitiva que tanto anhelaron, amén.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, amén.



Palabras de Dalal Abd de Massad

Madre del caído Soldado, Marcelo Daniel Massad

Hoy, ante ustedes, me presento como Dalal Abd de Massad, madre del héroe caído Marcelo Daniel Massad. En su nombre y en nombre de todos los padres y madres que han perdido un hijo en la guerra de Malvinas, queremos conmemorar a los 632 héroes que dieron todo por la patria.

Mi presencia y mi voz, en este recinto, son la representación de todas las madres que, como yo, han sufrido la pérdida de lo más sagrado que tenemos las mujeres: un hijo en el campo de batalla.

También estoy en representación de la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, que trabaja incansablemente para preservar la memoria de nuestros héroes y apoyar a los familiares.

En este día, en el que mis palabras llevan consigo el peso del dolor y la esperanza, quiero rendir homenaje a todas las madres, llevando en nuestros corazones el legado de nuestros seres amados.

Les pido, honorables senadores, que continúen trabajando por la paz, la justicia y la soberanía de nuestra amada Argentina, en honor a aquellos que dieron su vida por la patria. Que cada decisión que tomen en esta Honorable Cámara sea un tributo a su valentía y a su sacrificio.

Ustedes, que tienen las herramientas para ayudar a nuestra institución, ayúdenos a conseguir el sueño de tener nuestra

sede propia, donde podamos mostrar nuestro museo, y quiero pedirles que necesitamos llegar a ese pedacito de suelo, necesitamos llegar al cementerio.

En nombre de todos los héroes caídos en Malvinas, en nombre de Marcelo Daniel Massad y de cada uno de los 632, les agradezco por escucharme y por considerar mi pedido. Que su memoria nos guíe siempre hacia un futuro de unidad, dignidad y paz.





Palabras de Owen Guillermo Crippa

Teniente de Navío (R) VGM

Cuando me dijeron que iba a hablar, había preparado una charla de unos 15 minutos, después me dijeron 10, ahora me dijeron 5. Entonces dije: «¿Qué puedo decir?»; creo que es muy importante que empiece a contarles simplemente vivencias como veterano para que puedan comprender algunas cosas. Inmediatamente de finalizada la guerra, devino un proceso que se llamó desmalvinización, que yo lo llamo desargentización porque fueron acciones que destruyeron nuestras instituciones y valores, que nunca debimos haber resignado.

Meses después vino el proceso democrático, lo que me alegró profundamente porque mi esencia es democrática. Pasado mediados del año 1984, por cuestiones particulares, yo entendía que algunas cosas no se estaban dando en el sentido que tenía que ser, o que yo pensaba, equivocado o no, que debía ser ese el camino, pedí mi retiro y salí a buscar trabajo porque no cobro haber de retiro. Casado con hijos, los primeros meses repartía carne en Bahía y en Punta Alta, después me llamaron para trabajar en el Aeroclub Sunchales, donde daba instrucción de vuelo, fumigaba, hacía taxi aéreo, etcétera.

En los primeros meses de 1986 pude traer a mi familia desde Bahía Blanca a Sunchales y, con mi esposa, pusimos una tienda y seguíamos trabajando para sustentar a nuestra familia. Una tarde golpearon la puerta de mi casa y salgo: dos personas se presentan como soldados veteranos de guerra, que habían venido de Santa Fe porque querían hablar conmigo, Luis Enrique y Chiquito Robredo. Los hago pasar y me cuentan que

tenían compañeros con problemas de salud físicos y psíquicos, que tenían compañeros con problemas laborales y que la sociedad les daba la espalda, que las Fuerzas Armadas no les daban respuesta y que el poder político los ignoraba.

Entonces me pregunté qué puedo hacer yo: oficial retirado, oficial subalterno. Me dicen que se estaban reuniendo todos los martes a partir de las 20 h, en la ciudad de Santa Fe, en la casa de uno de ellos. Al martes siguiente, fui y había 10 o 12 soldados. Uno de ellos con una lista empieza a mencionar: «Fulano de tal necesita 5 pesos para visitar al médico. Otro, para comprar remedios, ¡a ver qué puede poner cada uno!». Y así, por muchos años, nos fuimos autososteniendo.

Nos planteamos cuatro objetivos: primero, atender las cuestiones de salud; segundo, las laborales; tercero, comenzar a hablar para revertir todo lo que se había bastardeado y mentido sobre la guerra de Malvinas; y el cuarto, que fue un término pomposo, dijimos: «vamos a reculturizar: vamos a tratar de trabajar con instituciones educativas, colegios, escuelas, universidades, facultades, para, además de contar la historia, volver a insistir en la recuperación de valores».

Al poco tiempo –Santa Fe era, en ese momento, una ciudad muy chica– llega a oídos del gobernador Reviglio y manda al ministro Didier a que se reúna con nosotros. Le contamos lo que estábamos haciendo e inmediatamente el gobernador dispuso que la provincia de Santa Fe brindara la obra social de la provincia para atender la salud de todos los veteranos y de nuestras familias. Por eso, si Santa Fe no es la única, es una de las pocas provincias que no tiene veteranos suicidados postconflicto sin atención.

Desde el año 1986 que yo comencé a reunirme con ellos y empezamos a conformar nuestros centros, conformamos la Federación Santafecina y luchamos profundamente para la conformación de la organización a nivel nacional. Con muchísimas dificultades. Pero quiero contarles otra historia, otra circunstancia: caminaba por la plaza de Sunchales, me cruza un funcionario de la municipalidad y me dice: «Crippa, en la municipalidad de Sunchales, van a construir un plan de vivienda». Yo para esto había vendido todo: mi auto, mi casa. Me acuerdo que lo último que vendí fue en una compra y venta de oros en la antigua estación terminal de Rafaela, unos gemelos de oro que me había regalado mi madrina, con una cadena que habían traído mis abuelos de Italia. Este funcionario me dice: «Hay cinco veteranos... –les pido disculpas, pero me emociono, ya que la edad pasa y es peor–. Hay cinco veteranos, vamos a hacer cinco viviendas para ustedes». Una alegría bárbara.

Voy a pedir los requisitos y presento el certificado de veterano de guerra, las declaraciones juradas de que yo no tenía propiedades y constancias de las condecoraciones. Yo tenía la condecoración de operaciones de combate por la Armada; Cruz la Nación Argentina por el Heroico Valor en Combate; y la Cruz del Sur, Medalla, del Gobierno y Pueblo de la provincia de Santa Fe. Como yo trabajaba mucho, justo el día que llegan los visitantes no estaba en casa, cuando llego mi esposa me dice: «No nos van a dar vivienda porque no te consideran veterano». Digo: «No, debe haber un error». Voy a la municipalidad y me dicen que había venido gente del gobierno de Santa Fe. Me acerco a hablar con el gobernador Carlos Reutemann, a quien conocía de

niños, y me contesta que debe haber un error y que le iba a decir al “cabezón” que solucione esto.

Pasaron meses, no tuve respuesta, vuelvo a insistir y uno de los ministros me responde que por la ley tanto –que había salido pocos años después de que ocurriera la guerra de Malvinas y fue firmada por el Congreso– ningún personal de cuadros de las Fuerzas de Seguridad ni de las Fuerzas Armadas era considerado veterano de guerra. Por supuesto, me atuve a la ley: no hice ningún reclamo. No me entregaron la vivienda, cosa que hoy agradezco porque, con el esfuerzo, pude resarcir esa necesidad, pero nunca, nunca me colgué las medallas porque dije: «Si no soy veterano, ¿para qué voy a colgarlas?». Hasta hoy. A los que combatimos en Malvinas, no nos gusta que nos llamen excombatientes: nosotros somos veteranos de guerra y, a través de estas acciones que les cuento, que llevamos a cabo con nuestras organizaciones, seguimos combatiendo para recuperar la soberanía de nuestra patria.

A muchos de nosotros no nos gusta que nos llamen héroes de Malvinas. Veo muchos gestos de asentimiento, pero creo que los héroes son los que dejaron su vida, como decía alguien recién acá, en la batalla. Los que combatimos, y tenemos la dicha de estar hoy acá hicimos, ni más ni menos, que lo que nos habíamos comprometido a hacer (tantos soldados, civiles, suboficiales y oficiales) defender la bandera hasta perder la vida. No necesitamos ni héroes ni superhombres, por eso siempre digo; ¡qué distinta sería nuestra sociedad, qué distinto sería nuestro país si todos y cada uno de los actores sociales hicieran simplemente lo que le corresponde hacer!

Cuando digo todos los actores, me refiero a todos: desde los padres en su función de padres hasta obreros, empresarios, militares, policías, sindicalistas, jueces y, sobre todo, políticos.

No necesitamos héroes, necesitamos personas honradas, comprometidas, que defiendan los intereses de todos, que se preocupen más por unir que por separar.

¡Viva la patria!





Palabras de Esteban Vilgré La Madrid

Coronel (R) VGM

Después de Owen, tengo dos presiones. La primera es que no me preparé; no esperaba, Nicolás, que me sorprendan. La segunda, señor, es que, después de Dalal y de usted, es muy difícil hacer uso de la palabra.

Quiero decir, en este maravilloso acto, algo que pensaba ayer en el Museo Nacional de Malvinas e Islas del Atlántico Sur: somos un país de paz, un país hecho con el sacrificio de nuestros padres y nuestros abuelos, con honestidad, con humildad. Somos uno de los pocos países del mundo que abrió sus puertas a ciudadanos de todas partes sin preguntarles quiénes eran ni de dónde venían. Un país que logró que, en una generación, un hijo de un inmigrante pudiera llegar a ser presidente de la nación, porque esas son aquí las reglas del juego.

Un país pujante, un país con cultura, uno de los pocos países que no le robó nada a nadie. Somos una de las pocas naciones que en aras de la unidad latinoamericana cedió territorios: nuestra provincia minera que hoy es la hermana República de Bolivia; nuestra provincia yerbatera que es la hermana República del Paraguay; nuestra provincia ganadera que es la hermana República Oriental del Uruguay. Atravesamos una guerra sangrienta donde los argentinos demostraron su coraje y su valor en el Paraguay y, sin embargo, un par de años después, lo que reclamábamos lo cedimos casi todo, porque así lo decía un fallo internacional.

Somos un país pacífico, pero somos un país que sabe defender lo que es suyo, porque nuestros padres nos enseñaron a amar nuestra tierra por encima de todas las cosas. Por eso es que hoy no perdonamos la puñalada artera de quienes saquean nuestro mar austral y quienes usurpan nuestro territorio. Por eso, en la única guerra del siglo pasado contra otra nación, nuestros guerreros, nuestros soldados, como el Soldado Mas-sad, tomaron su arma y fueron a defender el territorio. Y ahí donde nos ven, viejos y cansados, lo volveríamos a hacer, porque amamos profundamente nuestra tierra.

Yo los invito a que cada uno renueve su promesa, su juramento de amor a la patria, y donde nos toque y donde estemos, seamos testimonio de eso que nos enseñaron aquellos que, siendo personas ordinarias, alguna vez en su vida hicieron algo extraordinario por la nación.

Yo les agradezco, señora presidenta del Senado, estimados camaradas, queridas familias, su presencia acá, y que este espíritu que respiramos se eleve profundamente para que nuestra nación, de una vez por todas, nos lleve al camino de gloria que nuestros hijos y nuestros nietos merecen vivir. Yo agradezco los dolores de la herida del Soldado Beto Altieri, lo veo todos los días como lucha por su nación; a Dalal, que ha luchado con la Comisión de Familiares de Caídos; a tantos de ustedes que, en silencio, durante mucho tiempo han defendido los valores de la argentinidad; a mi querido emocionado piloto, Owen Crippa, de quien desde chico, siendo un joven oficial, aprendí el valor y hoy aprendo mucho.

Te agradezco, Nicolás, por haberme permitido dirigir la palabra, y más aún –cierro con esto– les agradezco porque hoy

el Senado de la Nación, 42 años después, comete un acto de justicia con un soldado de mi sección llamado Juan Domingo Horisberger, héroe de guerra, valiente soldado que murió en combate en monte Tumbledown. Cuando sabía que la guerra estaba perdida, el amor a la patria y el amor a sus camaradas lo llevó a hacer ese último sacrificio supremo. Y hoy hasta los propios veteranos británicos de ese combate recuerdan a esa ametralladora que, con sus municiones trazantes en la oscuridad de la noche, detenía su ataque y no los dejaba avanzar.

Hoy siento, profundamente en mi corazón, la emoción de sentir el reconocimiento hacia Juan Domingo Horisberger, un soldado, héroe de la patria, que hoy finalmente, después de 42 años, recibe su reconocimiento.



Palabras de Rubén Gustavo Zini

Brigadier Mayor (R) VGM

Esta es como una misión de combate, me han dejado la vara demasiado alto con la explosividad y el sentimiento de Nicolás, de Owen, del Coronel La Madrid: ¿qué puedo decir ahora si todo está dicho con claridad, con sentimiento, con la verdad que llevamos muy adentro los veteranos de Malvinas? No obstante, hablando desde el corazón y el sentimiento, no me extenderé.

Este acto que hoy vivimos, sin ninguna duda, honra y conmueve a todos los veteranos. Este diploma de honor a los hombres que lucharon y combatieron, no por un gobierno militar, sino por algo más grande, por nuestra patria, realmente nos conmueve y nos motiva a continuar esta lucha, a seguir adelante a pesar de nuestros años, volvemos a tomar oxígeno, como dicen los pilotos, para continuar esta lucha que aún no ha terminado. Por eso nuestro sincero agradecimiento, señora presidente de la Cámara de Senadores, por este acto: es como una inyección que le ponen a todos nosotros y también a nuestra sociedad.

Al recibir esta distinción, con toda humildad y justicia, deseamos compartirla con los combatientes del gran equipo que conformó la Fuerza Aérea en esas circunstancias, en las que comprometió todos sus medios sin escatimar esfuerzos y hasta el final del conflicto. En nuestro grupo, comenzamos 30 pilotos: 9 quedaron en Malvinas y en las aguas adyacentes. Quiero recordar especialmente a los hombres de nuestra institución que ofrendaron sus vidas en la dura contien-

da, a los aguerridos pilotos y tripulantes de combate cuyos cuerpos, en muchos casos, aún están en el agua cerca de su cabina, cerca de su avión.

No los podemos olvidar, los vemos ahí con su juventud, pero también con la fuerza que pusieron; eso nos compromete a seguir batallando. Quiero recordar especialmente, en este momento, algunas palabras que dijo otro combatiente ya hace muchos años:

Esos hombres que están en Malvinas y esos pilotos y tripulantes que están en el fondo del mar, son los eternos custodios de nuestras islas, están ahí y velan porque nosotros recuperemos nuestras Malvinas. Los vemos como mojones que indican y marca en la zona nuestra irrenunciable soberanía.

Considero oportuno, en este acto, recordar las palabras de un camarada veterano y combatiente de Malvinas, quien, refiriéndose a los verdaderos héroes –en total acuerdo con Owen Crippa al decir que son los que quedaron–, decía lo siguiente (palabras que Nicolás Kasanzew ya pronunció):

En todos nosotros, no habrá olvido que borre su recuerdo. Lo vivimos cada día y ellos nos marcan la agenda de lo que tenemos que hacer como soldados, como ciudadanos, como padres, como hijos, como abuelos. Esos son los faros que iluminan y nos guían en nuestra vida.

La muerte de un hombre por una causa honrosa dignifica su existencia; no vale la pena vivir sin una causa por la cual morir. El hombre cuando trasciende puede derrotar a la muerte, pues nadie se va para siempre mientras perdure en la memoria y a través de su ejemplo.

Qué enseñanza, qué conceptos que nos dan fuerzas para seguir en esta vida afrontando como ciudadanos, como padres, como abuelos nuestra responsabilidad ante la sociedad.

Deseo agregar: todos ellos sabían por qué luchaban y tenían muy claro también por qué morían. Ahora nos queda a las actuales y futuras generaciones el gran desafío, la gran tarea –que no será fácil porque el Reino Unido tuvo 90 colonias alrededor del mundo y a una la tenemos muy cerca, que no es una colonia, es nuestro territorio–: continuar la lucha, seguramente por otros medios y en otros ambientes en los que será necesaria la unión de los argentinos. Y Malvinas une a los argentinos.

También hemos de fortalecer todas nuestras instituciones y nuestra sociedad en general hasta lograr la final restitución de nuestras islas. Ese es nuestro norte, ese es nuestro objetivo. Y todos en esta sociedad, unidos y fuertes, debemos saber cuál es el rumbo.

Nuestros hombres, que entregaron sus vidas por Malvinas, esperan que ese día llegue y así puedan descansar en paz. Y las familias de cada uno de ellos están convencidas de que su muerte no ha sido en vano. Gloria y honra por siempre a los héroes y mártires de Malvinas.

¡Viva la patria!

La Argentina no rinde Malvinas I

14 de junio de 2024





Palabras de Nicolás Kasanzew

Director de Gesta de Malvinas

Hoy se conmemora el 42.º aniversario de la caída de Puerto Argentino, y muchos podrán preguntarse por qué hacemos un acto el día de una derrota. Pues lo hacemos porque somos sanmartinianos, y San Martín nos enseñó que vale más una derrota peleada que una victoria casual. Y la derrota de Malvinas fue una derrota muy peleada.

San Martín entendía muy bien que lo más importante no es vencer o ser derrotado, sino pelear con honor y con valor. Y nuestros guerreros, algunos de los cuales están presentes hoy, pelearon con honor y con valor.

Hay victorias oprobiosas y derrotas gloriosas. La de los espartanos, por ejemplo, la de los ejércitos blancos en Rusia, la de los serbios en Kosovo. Después de la derrota de Kosovo, los serbios tuvieron una opresión otomana de seis siglos y, sin embargo, en el aniversario de esa derrota, festejan su fiesta nacional, porque pelearon con honor y con valor.

Lamentablemente, en nuestro país, se ha instalado un derrotismo rayano en la traición. Un profesor y académico de historia, de apellido Romero, ha dicho que no tenemos que conmemorar el 2 de abril, sino que el 14 de junio tenemos que pedirles perdón a los ingleses, y nadie ha reaccionado.

Muy lejos de pedirle perdón al usurpador inglés, nosotros le decimos: «Malvinas, volveremos, ¡viva la patria!».





Palabras del Monseñor Santiago Olivera

Obispo Castrense

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Un día como hoy, hace 42 años, se firmaba el cese de fuego.

Dejamos a nuestros héroes custodiando el territorio argentino, abrazados por la turba y las frías aguas del Sur. Nuestro mayor respeto para todos los caídos, familiares de los caídos, veteranos de guerra y familiares. Oración, conmemoración, reconocimiento y gratitud permanente a quienes defendieron la patria con gran heroísmo y fervor.

Señor y Dios nuestro, que reconoces las buenas obras y los méritos de los hombres, mira con bondad a estos, tus hijos, y derrama sobre ellos una abundante bendición. Que tu brazo amoroso los sostenga y nos sirva de ejemplo para reconocer el don de sus vidas. Que el reconocimiento, el respeto y el honor debido por personas y sus servicios los estimule a continuar en la práctica del bien de todos y a reconocer en sus semejantes los beneficios de tu bondad, anticipo del abrazo definitivo.

También encomendamos a los caídos en el cumplimiento del deber, los fallecidos a causa de la enfermedad y las secuelas de la guerra, que tu abrazo misericordioso los acoja en la asamblea de los justos y de los santos, concédeles contemplar la luz de tu rostro. Bendice estos diplomas que son signo de reconocimiento y signo de la entrega de cada uno de ellos, confórtalos siempre.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Nuestra Señora de Luján, malvinera, ruega por nosotros. Amén.





Palabras de Silvia Fernández Barrio

Periodista

Estoy muy emocionada. No puedo describirles con palabras lo que siento de conocerlos a todos ustedes que estaban presentes en el corazón de todos nosotros todos los días: desde el primer día que desembarcamos en Malvinas hasta el día que volvieron, más todo lo que vivieron después.

Siento un orgullo inmenso, siento mucho que hayan tardado tanto en darles todo lo que les teníamos que haber dado los argentinos. Malvinas está en el corazón de todos, sobre todo los que tenemos la edad que tenemos.

¿Sabes qué, Nicolás? Te veía y pensaba: «Un periodista fue el que mantuvo esta gesta tan en alto, tan en alto».

Y les voy a contar algo que probablemente nadie sepa: yo había renunciado el 2 de abril al noticiero y entró Nicolás, con su traje marrón y el diario Clarín bajo el brazo. Partía el avión rumbo a Malvinas, iban otros periodistas, pero el único que se quedó fue Nicolás.

Creo que hay que agradecerle, Nico, que solo vos hayas quedado, porque creo que solamente vos podías mantener esta gesta en la forma que la has mantenido. Así que de verdad yo te abrazo enormemente.

Las Malvinas son argentinas.

A ustedes, veteranos, les digo que los amamos profundamente, los respetamos profundamente y les agradecemos profundamente todo lo que pelearon allá y todo lo que siguen peleando.



El tenor Fabio Santana, VGM, interpreta el himno nacional



Palabras de Beba Azcárate

*Madre del caído Soldado, Sergio Omar Azcárate,
ascendido a Cabo post mortem*

Hoy me presento, ante ustedes, con el corazón lleno de orgullo y de dolor, en representación de todas las madres que vimos partir a nuestros hijos en las frías tierras de Malvinas, sin saber que no volverían. Mi nombre es Beba Azcárate, madre del héroe Sergio Omar Azcárate, quien, como tantos otros, ofreció su vida por nuestra patria.

Quisiera comenzar a recordar a esos 632 valientes que dieron su último aliento en aquel conflicto que no eran solo soldados; eran hijos, hermanos, esposos, amigos; eran jóvenes llenos de sueños y esperanzas, dispuestos a sacrificarlo todo por la Argentina. Ellos enfrentaron un desafío inmenso, motivados por el amor a su tierra y a su gente; su entrega y valentía son un legado que nos enorgullece y nos mueve por partes iguales.

Cada uno de esos 632 héroes dejó un vacío inmenso en nuestro corazón. Sus risas, sus historias, sus presencias fueron arrebatadas. Su espíritu vive en cada rincón de nuestra nación y es un deber nuestro, en el hogar, su memoria, recordar su sacrificio, asegurarnos de que sus nombres nunca pierdan el olvido.

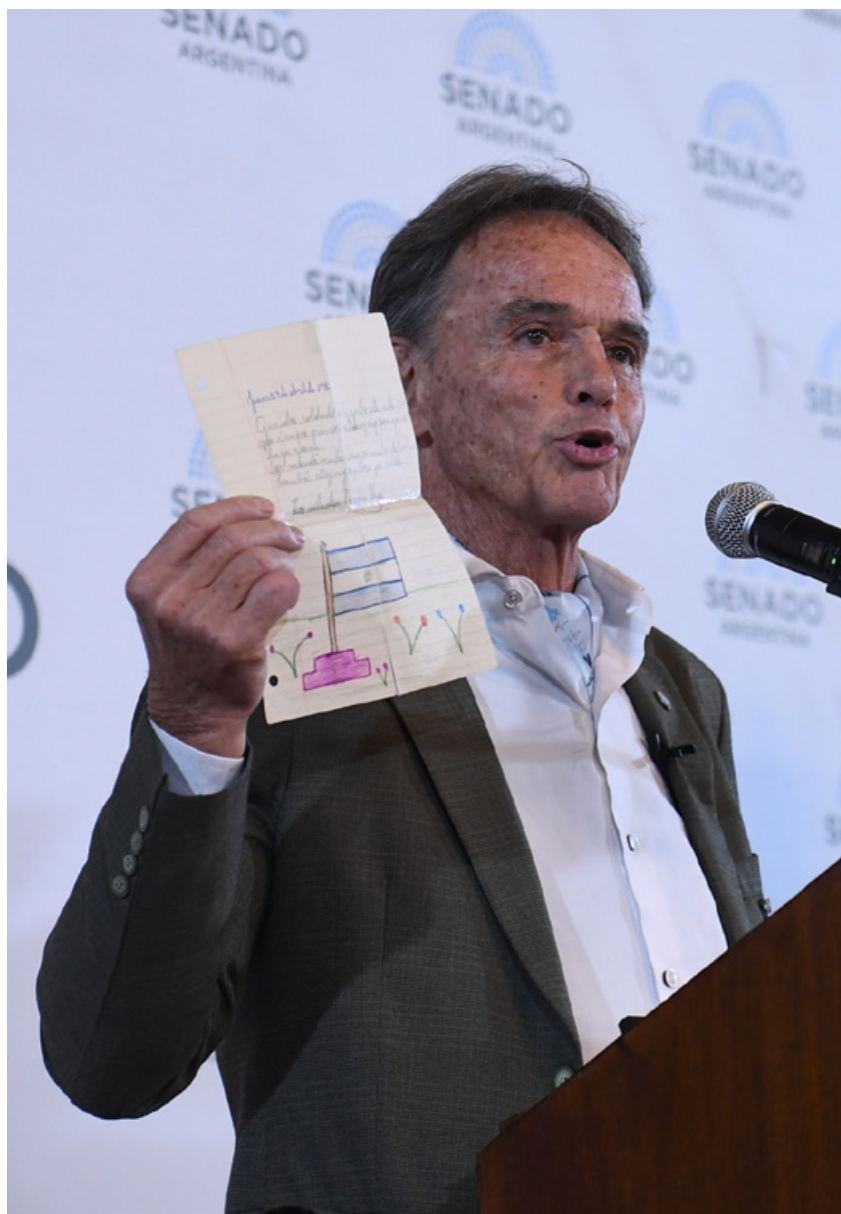
Como madre, me duele cada día la ausencia de mi hijo, pero también siento un profundo orgullo al saber que su vida no fue en vano. Cada sacrificio, cada lágrima derramada, cada abrazo que no pudo ser, se transformó en un pilar en nuestra historia.

Nuestros héroes nos enseñaron algo: nos enseñaron el verdadero significado de la entrega y del amor por la patria. Hoy, en este Senado, pido que su memoria sea eternamente honrada, que no solo recordemos la batalla y los sacrificios, sino también la humanidad y el valor de esos jóvenes que dieron todo por nosotros. Que trabajemos juntos para construir un país digno de su sacrificio, donde la paz y la justicia prevalezcan, donde el amor a la patria sea un faro que nos guíe en cada acción.

Agradezco profundamente a la Comisión de Familiares de los Caídos de Malvinas y a este espacio para expresar mis sentimientos y los de tantas madres y familias que comparten este dolor. Sigamos unidos en la memoria de nuestros héroes, asegurándonos de que su legado viva en nuestros corazones y en las generaciones futuras.

Ellos, nuestros héroes, son y serán siempre orgullo de la Nación Argentina.





Palabras de Esteban Juan Tries

Soldado Clase 61 VGM

14 de junio del año 2024. 14 de junio de 1982. Este sueño se va haciendo realidad. Y los sueños se hacen realidad. En este diploma dice: «Diploma de honor al Soldado Conscripto Esteban Tries».

Pero también leo, en este diploma de honor, "Regimiento 3 de Infantería". En este diploma de honor, también leo a todos los heridos en el campo de batalla. En este diploma de honor, leo el homenaje y el honor a los cinco héroes del Regimiento de Infantería Mecanizado 3: el héroe de la patria, Andrés Folch; el héroe de la patria, José Antonio Reyes Lobos; el héroe de la patria, Julio Segura; el héroe de la patria, Oscar Soria; y el héroe de la patria, el maestro Julio Rubén Cao.

A esta hora, 42 años atrás, estaba finalizando una batalla. Una batalla cruenta, una batalla dura, una batalla heroica. Y estaba finalizando un momento histórico en nuestras vidas. Y comenzó otro. En este diploma de honor, leo: gracias, papi; gracias, mamá; gracias, hermana Lili, por contenernos en el regreso, por contenernos durante casi 20 años de silencio, de desmalvinización y de no saber para qué estábamos acá.

En este diploma de honor, leo a mis hijos, Daniela e Ian, quienes, cómo pudieron, supieron cómo sacar las bombas de nuestro hogar; contenernos, esperarnos. Y en un momento, me dijeron: «Papi, el día que estés, vamos a estar». Hoy estamos, y hoy estoy.

En este diploma de honor, leo a todos los veteranos de guerra, a la mayoría de los que combatieron con dignidad, con honor, con grandeza, con firmeza, con amor. Porque fueron los que nos pudieron contener cuando se abrieron los centros de veteranos y supieron combatir por nuestros derechos desde el mismo momento del regreso. Muchos llegamos 20 años después. A ellos les digo: gracias por estar. Allá y acá.

En este diploma de honor, leo a la Comisión de Familiares de Caídos de nuestros héroes en Malvinas y en las islas del Atlántico Sur. Nos enseñaron, Beba, a cambiar el dolor y la bronca por amor y por sonrisas, para que sea nuestro faro y nuestro horizonte para que nosotros sigamos este combate a través del micrófono, a través de la sonrisa, a través de la hidalguía, a través del amor.

En este diploma de honor, quiero decirles, Nicolás, autoridades aquí presentes, autoridades de nuestra nación y autoridades que se comprometen a llevar la causa de Malvinas, gracias por este reconocimiento.

Y, en este diploma de honor, les prometemos como Asociación “Malvinas Educación y Valores” que un grupo de veteranos va a llevar a cualquier entidad, cualquier institución, cualquier centro educativo, cualquier puerta que se nos abra a lo largo y a lo ancho del país el mensaje de Malvinas; desde los valores, el amor, la grandeza, la importancia del compañero, la importancia del trabajo en equipo, la fe, el liderazgo que cada uno de nosotros supimos tener en un campo de batalla.

Nos pudimos reinsertar en la sociedad después de mucho tiempo, pero estamos de pie y lo vamos a seguir haciendo.

Queridos hermanos veteranos de guerra, en este diploma de honor, está el futuro de nuestros nietos, con quienes vamos a seguir sembrando Malvinas porque Malvinas es una semilla de amor, es una semilla de patria que puede llegar al corazón de cada uno de nuestros jóvenes que hoy se están formando y están conociendo Malvinas desde otra mirada, desde la mirada del trabajo en equipo, desde la mirada del amor genuino que hubo en un campo de batalla. Ese es nuestro mensaje.

Malvinas es honor. Malvinas es pasión. Malvinas es abrir el corazón. Malvinas es combatir con el corazón. Porque eso lo vivimos en un campo de batalla y eso es lo que nuestro pueblo necesita hoy: volver a tener la esperanza, volver a tener la fe, volver a tener esa convicción de que –como lo dijo Nicolás– Malvinas seguramente va a ser la causa nacional en base a la cual se vuelva a reconstruir una nación.

Y, en este diploma de honor, escucho al pueblo de nuestra nación argentina. Tantas veces se dijo que no nos llegó nada. Y hemos recibido cartas escritas por jovencitos, hoy maestros, políticos, padres de familia que le escribían al soldado de la patria: tres renglones, una banderita, ocho flores.

Nos daban las fuerzas, la esperanza, rezaban por nosotros, tejían por nosotros, nos mandaban todo lo que podían para que nosotros podamos estar mejor. Esas cartas nos llenaban el espíritu, nos llenaban el alma, nos enaltecían y nos dieron las fuerzas para seguir. Por eso, a nuestro hermoso pueblo, justo a mis hermanos veteranos de guerra, junto a mis familiares, a los que abrazamos, junto a mi familia que está hoy acompañándome, les digo gracias. Gracias. Y por sobre todo, sigamos con un juramento, cambiando una pequeña palabra: «O juremos con gloria vivir».



Palabras de José César Arca

Capitán de Navío (R) VGM

Hoy es un día muy particular para los argentinos: 14 de junio. Y también es un día triste para aquellos que estuvimos en el frente de batalla. Desde 1803, cuando la patria todavía no había nacido, ya teníamos en las Islas Malvinas un gobernador.

En 1833, 30 años después, el gobierno del Reino Unido nos tomó las Malvinas. Un día triste. Desde esa fecha hasta el 2 de abril de 1982, perdimos la batalla diplomática que duró 149 años y 63 días. El 2 de abril de 1982 intentamos recuperarlas en una batalla que duró 76 días.

Es cierto que fuimos a la guerra durante un gobierno de facto. Pero que la gente no se confunda. Porque países democráticos, como Estados Unidos, Francia, Israel, Reino Unido de Gran Bretaña, mandan a sus fuerzas a defender sus intereses. Y si ese hubiese sido el caso nuestro de un gobierno democrático, también hubiésemos ido porque nuestro presidente es el comandante en jefe de nuestras Fuerzas Armadas.

632 son los muertos. Argentinos que regaron con su sangre las frías aguas del Atlántico Sur y la turba de Gran Malvina y Soledad. Verdaderos héroes. Ellos entregaron lo más sublime que tiene el ser humano: la vida. El mundo entero sabe, y en particular Gran Bretaña, que los argentinos estamos dispuestos hasta a dar la vida para defender lo que es nuestro.

No serán nuestros hijos, nuestros nietos, o pasarán otros 149 años, pero algún día nuestros muertos van a estar sepultados en nuestro territorio, donde vuelva a flamear la bandera argentina.





Palabras de Horacio Mir González

Brigadier (R) VGM

Cada 14 de junio, para los que tuvimos el privilegio de combatir en la recuperación de nuestras Islas, es realmente –como se ha dicho acá– una fecha muy especial para todos nosotros, que la sentimos realmente con el corazón.

Y sentimos, sobre todo, la ausencia de esa gente que, desde cada lugar que le tocó combatir, estuvo al frente y dio todo lo que tenía que dar profesionalmente, de acuerdo a la misión que se le había encomendado.

Me gustaría transmitirles a ustedes el trabajo que realizó, –yo era capitán en ese entonces–, la Fuerza Aérea Argentina. La Fuerza Aérea Argentina, sin distinción de jerarquías ni especialidades, trabajó en una forma homogénea, monolítica y demostró, en ese momento, con todas nuestras limitaciones y falencias, lo fundamental en una guerra: el amor a la patria, el valor, el sacrificio, el orgullo de pertenecer a una nación que sabía por qué peleaba.

En este día, aunque tenemos esa tristeza que nos embarga, quiero recordar a nuestros hombres. Y no puedo dejar de mencionar a nuestros mecánicos. Siempre, en los actos, parece que el que tiene que hablar es un piloto.

Pero todo es un equipo y, en el equipo, cada integrante del equipo es fundamental. Cumple una función que no puede hacer nadie más. Y yo no puedo dejar hoy de mencionar a todos los mecánicos de nuestros sistemas de armas Mirage III y Mirage V Dagger, que día y noche con temperaturas por debajo de

cero, trabajaban incansablemente, a veces mientras nosotros descansábamos, para poner nuestras máquinas en servicio.

Y ese mecánico, cuando acompañaba a los pilotos al avión y cerraba nuestra cabina, me estaba mirando, y me estaba transmitiendo esa fortaleza que le había dado la Fuerza Aérea durante toda nuestra preparación, nuestro entrenamiento. Yo estaba seguro como piloto que ese hombre me estaba diciendo: «No dejes de cumplir tu misión, es lo que tenés que hacer». Ese mismo hombre me estaba esperando al regreso, nos abrazábamos como camaradas y sentíamos el dolor por aquel piloto que no había regresado.

Es por eso que, para mí, hoy lo fundamental es rendir homenaje a toda la gente de todas las Fuerzas Armadas y de Seguridad que dieron su vida en el conflicto y, fundamentalmente, a los 55 hombres de la Fuerza Aérea que quedaron para siempre en nuestras Islas.

Permítanme un homenaje especial a los cinco pilotos del Escuadrón Dagger que dieron su vida por lo que habíamos jurado: defender la patria y, si era necesario, perder la vida. Esto es por lo que hoy estamos acá.

Uno puede perder una guerra, pero hay una cuestión: lo que no se puede perder es el orgullo. Si uno ha cumplido la misión con valor, con profesionalismo, y ha defendido a la patria, señores, las guerras no se pierden. Como se ha dicho acá: no hay ninguna duda de que, a lo largo de la historia, –no lo veremos nosotros–, nuestros hijos, nuestros nietos pisarán el suelo malvinero, pero liberado que nosotros, desde el cielo, veíamos al volar en las misiones de combate.

Permítanme citar una frase que cantamos siempre los pilotos de la Fuerza Aérea: «Mientras cruce en el cielo un avión y un piloto argentino lo guíe, no habrá nadie en el mundo que arríe nuestro blanco y azul pabellón». Y eso es lo que sentimos todos los integrantes de la Fuerza Aérea, en todas las jerarquías, en todas las especialidades, y por eso luchamos. Termino diciendo, –y Nicolás lo sabe perfectamente–, lo que dicen todos los pilotos de combate y con ese lema fuimos a la guerra: «No hay quien pueda».



Palabras de Pablo Marcos Carballo

Comodoro (R) VGM

Dicen que, si uno quiere ver sonreír a Dios, le tiene que contar sus planes. Yo preparé un discurso que me tomó horas; anoche dormí una hora y todo lo que escribí no sirve para nada.

Porque estoy en un lugar muy especial, y estoy para agradecer. Decía Martin Luther King: «Yo tengo un sueño: ver que todos los hombres sean iguales».

Y yo tenía un sueño. Un sueño que cada vez lo veía más lejano. El sueño era tener autoridades que me representen. Estaba harto de tener a gente que no me representaba a lo largo de los años. Una vez admiré a un hombre, mi primer ídolo: Roque Sáenz Peña. Y también a su padre, Luis Sáenz Peña. Padre e hijo fueron presidentes de la Nación, la cosa más rara del mundo. Roque empezó siendo milico y jugándose la vida en el Perú; vino siendo un héroe y fue nuestro presidente. Humilde, trabajador. Y lo honré.

Otro hombre que honré se llamaba Arturo Humberto Illia; un señor humilde, trabajador, nunca quiso nada para sí. Una vez yo estaba en la confitería Carlos Paz, entró él con su ponchito y se sentó (ya lo habían echado). Yo era cadete de segundo año y tenía ganas de decirle: «Señor presidente de la Nación, yo lo admiro». Y por eso hoy quería hablarle a doña Villarruel.

Justamente, en la misa de hoy, hablaron del adulterio. Y no es adulterio solamente traicionar a su mujer; también es adulterio traicionar su patria, es falta de fidelidad a la patria. Porque

en este país existen dos tipos de personas: los argentinos y los que viven acá. Y hoy tengo el orgullo tremendo de decir: señora Villarruel, aunque no esté presente hoy, usted me representa. Usted tiene lo que a muchos hombres les gustaría tener. Usted tiene coraje. Usted tiene valor. Usted tiene valores. Usted tiene fidelidad. Amor a la libertad. La libertad no se negocia en ningún lado.

Entonces, estoy feliz. Yo tuve un sueño y tengo a alguien que me representa. ¿Cuál es la diferencia entre el argentino y el que vive acá?: el argentino pone primero a su Dios. Íbamos al combate; la mayoría, en gracia de Dios y con un rosario. Después, la patria, sus héroes. Pero, en nuestro país, llegó un momento de tal bajeza en el que permitimos que, a nuestra Madre Iglesia y a nuestro héroe máximo, se le falte el respeto. Y fuimos unos cobardes que lo permitimos. Y no pasó nada. Para mí fue terrible.

¿Qué somos nosotros? Somos un pueblo occidental y cristiano. No estamos un día con esto; otro día vamos con aquello. Debemos estar siempre donde debemos estar: en el mundo occidental y cristiano. Las cosas que pertenecen a la Nación están por encima de los valores personales, por encima de los partidos políticos.

Tengo el honor de que me hayan incluido en este grupo de gente. Acá hay historia pura. Todos estos cristianos son historia, son gente que no habla, sino que hizo.

Lo que hay que ver son actos. Tener un Kasanzew, combatiente de Malvinas, que le tiró un cañonazo a los ingleses, digan lo que digan. Tener a mi querido Jefe de Escuadrón en la guerra,

Zini. Gracias a ese hombre, que tuvo los atributos que tiene la señora Villarruel, muchos hombres volvieron vivos a sus casas, porque tuvo el coraje de plantarse cuando debía.

Acá hace falta que los argentinos seamos dignos de los cuatro paradigmas del país que se llaman San Martín, Belgrano, Güemes y Saavedra. Estos son granaderos; estos nos dieron la patria; estos murieron en combate por nosotros para hacer nuestra patria y no para que la basureemos. Y no hay lugar más argentino que la tumba de nuestros muertos en Malvinas. Por eso, los ingleses se lo quieren sacar de encima porque, como el Cid Campeador, están peleando desde sus tumbas.

Y quiero hablar de algo que mencionó alguno de ustedes muy importante: existe un arma que fue muy útil a lo largo de los años. Esa arma fue la lanza que aparece en la película *Corazón Valiente* sobre William Wallace –habrán visto cuando la clavaban en el piso– y se ensartaban esos buitres del mundo que se llaman La Corona y el gobierno, políticamente hablando, inglés y no hablo de su pueblo que es mi hermano en Cristo y María. El combatiente inglés es mi hermano. Tengo cinco amigos combatientes ingleses. Ellos vinieron a combatir por cumplir un deber, pero los que son buitres y viven han invadido 90 territorios del mundo para luego inventar derechos soberanos. ¿Derechos de qué? ¡Piratas!

Son hipócritas que invaden pueblos para robarles su honor, sus recursos, su dignidad y, en el caso de algún país, hasta sus mujeres.

Seamos argentinos, no le tengamos miedo a nada. Decía nuestro querido Juan Pablo II: «No tengan miedo». ¿Qué ca-

rajo tenemos en la sangre? ¿Agua? Atrevámonos a pelear contra ladrones, contra corruptos, contra gente que nos lleva a la pobreza. Una vez alguien dijo: «Queremos que haya cada vez más pobres». Y yo digo: «Nosotros queremos que cada vez haya menos pobres».

Quiero hablar de un tema que me parece muy importante y es el referido a la lanza. La lanza, a lo largo de la historia del mundo, fue un arma que llegaba lejos, que tenía dirección, que penetraba y que lastimaba. Consta de dos partes: la punta y el palo. Ahora, si uno rompe la lanza y deja solo la punta, no sirve para un carajo. Es un pedazo de fierro inútil. Va dando vueltas, pega de un lado, no tiene dirección porque se olvidó del palo que lo impulsaba, que lo dirigía y le daba el poder.

Nosotros fuimos a combatir en aviones. El avión es la punta; atrás estaban los armeros, los artilleros, los radaristas, los operadores de torres, los médicos, todos aquellos que están atrás –que son el palo–, sin ellos, no somos nada.

Pero ¿qué pasó? Volvimos y somos los héroes de Malvinas. ¿Qué pasó con mis suboficiales, con mis artilleros, con mis radaristas? Los ignoraron; no son veteranos. ¿Qué eran? Son veteranos ignorados. Hay 632 muertos por los ingleses que están enterrados y combatiendo en sus tumbas, y hay una cantidad similar de suicidados que no los mataron los ingleses ni los argentinos, los mataron los que viven acá que los ignoraron, que no les permitieron desfilar, que los ningunearon.

El viernes hablé con un veterano –digo así, pero no es veterano– y ayer hablé con otro veterano. Los dos lloraban y me decían: «Nos han tratado de truchos».

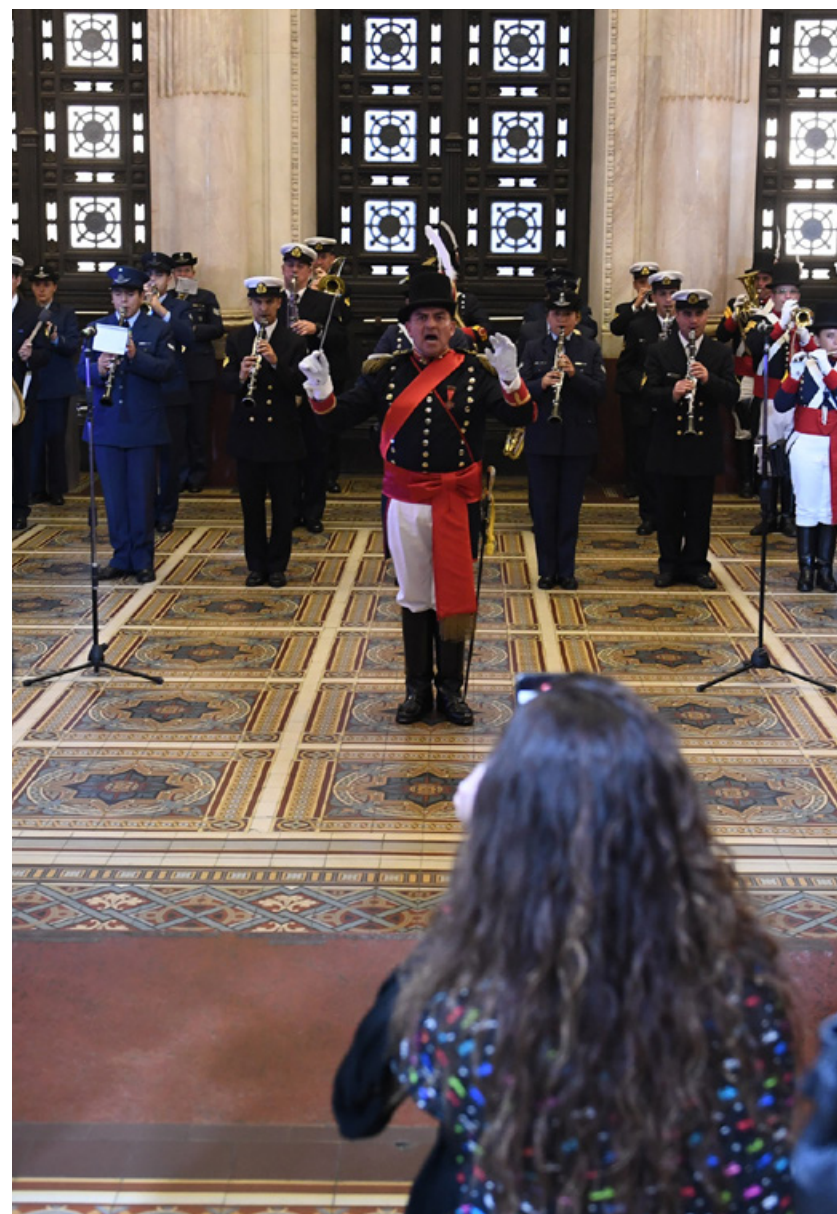
Me acuerdo que el 27 de mayo, con mi querido jefe, el Brigadier Zini, volví con el avión agujereado en seis lugares diferentes y uno de esos agujeros era grande como el casco. Me quise sacar una foto y, como estaba oscuro, decidí esperar al día siguiente. Cuando llegué a la mañana siguiente, estaba arreglado en un día de frío helado, con viento. Los mecánicos habían pasado la noche trabajando para que ese avión vuelva a combatir al día siguiente. Y cuando ellos volvieron de Malvinas, no son nada para el país.

Cuando se despidieron, su familia les dijo: «Te vas a la guerra, papá, te vas a la guerra. Andá a cumplir con tu deber». De la misma manera, mi mujer querida, Mirtha, con quien llevo 51 años de casados, me dijo: «Cumplí con tu deber, que voy a saber cuidar de tus hijos». Esa familia los despidió y ese padre se fue a la guerra. Había probabilidad de arma atómica. Tengo un amigo inglés que combatió y estaba en una fragata, y me dijo: «Yo era el responsable de retirar las armas de los buques que entraban en la zona de exclusión (porque estaba prohibido entrar con esas armas en aquella zona)». Estuvo en la Operación Mikado que tenía planeado atacar las bases de tierra con la ayuda de los chilenos. Estuvieron las Alertas Roja; esa gente tenía el peligro de que le explote algo.

Entonces, volvieron. La esposa dice: «Vuelve mi marido de la guerra»; y espera que tenga honores. Pero no fue así. Les digo lo que dijo ese hombre mientras lloraba; el Suboficial Miguel Ángel Moyana: «Nos han tratado de truchos, no sabemos quiénes somos. ¿Quiénes somos nosotros para la sociedad argentina? ¿Tenemos identidad nacional? Queremos ser reconocidos». ¡Y cuántos se suicidaron!

Su ídolo era el Suboficial Santillán, alto, morocho, con una tremenda dignidad. Y a Santillán nunca lo escuché gritar, pero todos lo obedecían inmediatamente. El suboficial se suicidó hace poco tiempo; mi jefe lo debe saber. ¿Por qué se suicidó? Porque lo mataron los que viven acá; ojalá hubieran sido los ingleses, pero fuimos nosotros. Los que ponen sus intereses por encima de la nación, por encima de la patria, por encima de las fuerzas armadas y por encima de su Dios.

Recuerden que esos hombres fueron a morir por la patria. ¿Y saben lo que es morir? Morir es dejar de ser, dejar de existir, dejar de tomar un mate, dejar viuda a mi mujer, dejar huérfanos a mis hijos, porque bien vale la pena. Seamos dignos de nuestros muertos, seamos dignos de nuestros suicidados y construyamos una patria mejor.





Palabras de Alberto Nassivera

Artista plástico

Muchísimas gracias a esta Honorable Casa que me ha cobijado de esta manera. No tengo más que palabras de agradecimiento. Disculpen si tengo la voz un poco tomada, pero verdaderamente la emoción que me han brindado, señores veteranos de guerra, con su alocución, me hace difícil sobreponerme.

Tuve la dicha, la enorme fortuna de hablar con varios de ustedes que me han aportado datos sustanciales para mi obra. Esto tiene que ver con detalles tan básicos y elementales que la fotografía de la época no pudo reflejar, porque era bastante primitiva, por cierto. Y yo me convertí en una especie de mecanismo para reemplazar eso.

Tuve la dicha de compartir con varios de ustedes, encabezados por el amigo Nicolás Kasanzew, con el señor José Arca, con el señor Ibáñez. Tengo mis materias pendientes, señor Pablo Carballo, con usted. Le debo una pintura que tengo hecha en conmemoración a su acción del 21 de mayo. Y así me gustaría que cada uno de ustedes, que tuvieron la ocasión de participar, se vieran reflejados en alguna de mis obras.

Yo les voy a pedir a todos ustedes –Nicolás si me hacés compañía– que cuando visiten mi muestra que está en el salón contiguo, reciban de mi parte al menos una réplica de alguna de mis pinturas para que la atesoren y la guarden. Esto es de parte de alguien que no es un combatiente, ni un piloto, soy en realidad un artista que se fijó en la causa de Malvinas y la hizo suya. Solamente eso.





Relatos de Malvinas

Mag. Raúl Amado

Director del Museo Parlamentario

A sus 70 años, no es solo un maestro del arte plástico e ilustración; es también un fiel custodio de la historia y el alma de la patria. Casado y padre de dos hijos, Alberto Nassivera ha dedicado más de cuarenta años a pintar y a documentar la esencia humana a través de su obra, llevándola a museos, bibliotecas y colecciones privadas en toda la Argentina.

Su obra maestra *Relatos de Malvinas* se alza como un tributo heroico a la guerra de Atlántico Sur. A través de este trabajo, Nassivera ha dado vida a los testimonios de aquellos que vivieron en carne propia los eventos de este conflicto. Cada trazo y color en sus pinturas es un reflejo vívido de la veracidad de esos relatos, una fusión conmovedora de arte e historia que honra la valentía y el sacrificio de los protagonistas de esta gesta.



Los soldados de San Martín en Malvinas I

16 de agosto de 2024





Palabras de Nicolás Kasanzew

Director de Gesta de Malvinas

Con el paso del tiempo, cuando se asiente la polvareda ideológica que no nos deja ver, sin duda alguna, la gesta de Malvinas va a estar a la par del cruce de los Andes y de la batalla de la Vuelta de Obligado. Y los soldados de Malvinas van a ser reconocidos a la par de los combatientes de San Martín, Belgrano y Mansilla.

Recientemente, en nuestro país, se erigió una estatua –obra de un escultor marxista– que muestra al soldado de Malvinas con la cabeza gacha, desarmado, indefenso y de rodillas. Lo decía el Padre de la Patria: «Todo enemigo se ve grande cuando se lo mira desde las rodillas». Nos quieren hacer ver al enemigo de rodillas.

Hoy honramos a aquellos que no estuvieron de rodillas frente al enemigo, que lo combatieron de pie y con la cabeza erguida, con altivez y desafiantes: los soldados de San Martín en Malvinas.

En plena guerra de Malvinas, se editó un libro sobre el archipiélago del Almirante Laurio Destéfani, que decía lo siguiente: «Dure lo que dure, cueste lo que cueste, tenemos que retemplar el ánimo porque nuestras Malvinas, los tres archipiélagos, tienen que volver a ser nuestros, porque es justicia. El combate continúa».

Malvinas, volveremos, ¡viva la patria!





Palabras del Padre Pedro Giunta

Jesucristo, Señor de la historia, a Ti pertenecen el tiempo y la eternidad. Hoy queremos ser testigos del encuentro entre la imponente gloria de los Andes y la henchida turba malvinera.

A Ti, Señor de los ejércitos, el silencio de los abismos y el rugido constante de las olas te escriben la memoria de un legado que suplica:

La posibilidad de remontar alturas entre cóndores y albatros para encender la ilusión de los altos ideales que señalan un destino.

La capacidad de sentir el vibrante vigor de aviones y caballos para asumir con coraje el presente que nos toca.

La nobleza de celebrar el brillo eterno en las estrellas de una herencia que reclama justicia y gratitud.

Por eso, Señor Todopoderoso, Te pedimos que bendigas estos diplomas que llevan los nombres de nuestros veteranos de guerra; que cada vez que los contemplen experimenten la gratitud eterna de todo el pueblo argentino, se sientan invitados a recordar a sus compañeros caídos en combate y a compartir la honra de su entrega con sus amigos, camaradas y familiares.

Todo esto Te lo pedimos por intercesión de María de Luján, la hermosa patrona de la patria que ha querido vestirse con nuestra bandera. Por Jesucristo, nuestro Señor.



El barítono Carlos Longoni interpreta el himno nacional



Palabras de Carlos Montiel

Cabo Primero Enfermero (R) VGM

Me siento honrado de estar en este lugar para recibir una distinción que, como le digo siempre a Nicolás, tal vez no merezca tanto. En Malvinas, hicimos lo que teníamos que hacer, hicimos todo lo que pudimos.

Agradezco muchísimo a Nicolás, director de Gesta de Malvinas, en este tercer encuentro en el que se homenajea a los que combatimos en y por Malvinas.

149 años de pacientes negociaciones habían pasado hasta que ese 2 de abril de 1982, los argentinos hicimos lo que teníamos que hacer: recuperar ese irredento archipiélago isleño que se encontraba en manos de una potencia extranjera.

Y así es como hoy debemos ver Malvinas: una parte de nuestro territorio nacional usurpado y en manos de esa potencia.

Debemos seguir trabajando y luchando para que esas islas vuelvan a ser parte del continente, para que vuelvan a ser nuestras como siempre lo fueron y como jamás dejamos de estudiar, trabajar y luchar por ellas. Conocer y luchar por Malvinas. Estudiar Malvinas es fundamental.

A 42 años de la batalla por Malvinas, hoy nosotros, los veteranos de guerra, nos sentimos honrados porque estamos siendo homenajeados por esto. Muchos quedaron en el camino y, en ese camino, sufrieron muchas circunstancias de abandono, de desidia, de maltrato, de destrato de parte de nuestros gobernantes.

Hoy estamos honrados porque la vicepresidente de los argentinos nos brinda esta posibilidad que gestiona indudablemente el más importante de los veteranos de guerra malvinizadores que tenemos los argentinos: Nicolás Kasanzew. Esto es indudable, es innegable.

En estos 42 años posteriores a la batalla, después de casi 20 años sin poder hablar de Malvinas, sin poder tocar el tema, comencé a trabajar en él, porque llegó a mí una gran mujer, mi fallecida esposa.

Ella me inculcó todo lo que debía hacer para trabajar por Malvinas. Ella logró que el Jardín de Infantes 915 de General Rodríguez se llame Crucero General Belgrano; el Jardín de Infantes 912 se llame Veteranos de Malvinas. Creamos juntos la muestra bibliográfica temática itinerante Pensar Malvinas, Sentir la Patria que expusimos en gran parte del país. Entonces, hace 8 años, creamos la biblioteca popular Puerto Argentino, Malvinas, que, si bien abarca todas las áreas del conocimiento, el motivo central es Malvinas.

Estudiar Malvinas, conocer Malvinas es lo que nos va a ayudar a los argentinos a fortalecer eso que genéticamente todos tenemos dentro nuestro, en nuestra sangre, en nuestro corazón, en nuestra mente. Malvinas es la causa más noble y justa de los argentinos. Debemos trabajar por ella, debemos honrar a nuestros héroes.

Hoy me siento profundamente honrado frente a muchos de los que están acá, a quienes admiro tanto. Sin embargo, en esa honra que llevamos los veteranos de guerra, debemos mirar siempre a Malvinas. Y, como me gusta decir, esas cruces blan-

cas en el cementerio argentino de Puerto Darwin miran hacia acá, miran hacia el continente, miran hacia nuestros dirigentes, pidiéndoles que tengamos un país mejor, que hagamos un país mejor, que honremos a nuestros caídos, que honremos a los que sobrevivimos a la gesta de Malvinas y llevamos ese profundo dolor de haber perdido la batalla y el tremendo orgullo de haberla peleado.

Gracias por permitirme estar aquí presente hoy para recibir este reconocimiento, gracias por honrar a nuestros caídos. Combatí en Malvinas con dos unidades de nuestro litoral: el comando de la Brigada de Infantería III y el Regimiento 12 de Infantería. De estos hombres, de mis compañeros, de mis jefes, muchas veces sentí el dolor de cómo eran insultados, pero yo vi leones en el campo de combate. Lo vi al Teniente López herido y me dijo: «Atienda a otros hombres; están más delicados que yo». Lo vi al Teniente Primero Llorio dando órdenes de pie en el campo de batalla.

La causa de Malvinas fue honrada por nuestros hombres. La causa Malvinas hoy goza de buena salud.



Palabras de Eduardo García Puebla

Comodoro (R) VGM

Tengo a todos en el corazón, en el alma, a todos los caídos, a todos los veteranos, a toda la Fuerza Aérea, pero tengo un tiempo corto para hablar y no puedo decir todas las cosas que quisiera de cómo me honra representarlos en este momento. Así que voy a hablar en lenguaje de bombardero, de piloto de Canberra como soy; pero sí voy a transmitir lo que sé que todos sienten. Voy a empezar diciendo: Ave María Purísima sin pecado concebida.

Esto lo digo porque el 1 de mayo, en la primera misión, Bautismo de Fuego de la Fuerza Aérea, una voz de mujer me alertó sobre la llegada de un misil que venía hacia mí, a mi derecha, y pude lanzar bengalas, esquivarlo y salvar parte de la escuadrilla. Y así vi caer a los dos más jóvenes: al más joven del escuadrón, al Teniente Ibáñez, y al Primer Teniente González, Mario. Esto llevó a que mi tripulación, que era el Primer Teniente Jorge Segat, y el Capitán García Puebla, en ese entonces, nos pusiéramos como voluntarios para realizar las misiones cuando les tocaba a los jóvenes. Y así fue que juntamos más misiones que los demás. Pero era, en realidad, un cargo de conciencia terrible no haber podido defender al joven, al más inexperto, no haber podido hacer más. Y eso todavía está clavado en el pecho.

Pero así se hace la guerra. Así fuimos adelante, hicimos todas las misiones que pudimos. Así que ahora solo me resta agradecer. Agradezco en nombre de la Fuerza Aérea, de los veteranos; agradezco en nombre de los caídos, por supuesto, antes que nada; y de todas las especialidades, de todas las fuerzas.

Gracias, primero, a la Virgen, porque me salvó.

Gracias al presidente Milei porque lo vi detenerse ante una banda que le estaba rindiendo honores, paró la comitiva y se paró firme para recibir los honores, dignificando otra vez a las Fuerzas Armadas. Y eso es fundamental para nosotros.

Gracias a la señora vicepresidente Villarruel por tener en sus venas sangre malvinera; por representarnos como soldados, como veteranos, como hombres de bien; con una verba rica, exacta e irrefutable. Acompañada de una bella estampa que representa a la mujer argentina.

Gracias, Nicolás Kasanzew, por ser un patriota, que, comenzando como corresponsal, terminó siendo soldado. Y por eso aquí nos representa.

Gracias a todas las autoridades políticas, militares y civiles que rescatan la causa Malvinas en todos los ámbitos y, especialmente, en este honorable lugar.

Gracias a los sacerdotes que nos acompañaron: el padre Rauch y el padre Ezcurra. El padre Rauch dormía al lado de la capilla de la base Trelew, donde estaban los Canberra. No tenía calefacción (estaba bajo cero) y vivía en una cama debajo de un tanque de agua para que el que tuviera necesidades de confesión y asistencia a último momento antes de una misión la encontrara. Ese era nuestro respaldo espiritual.

Y un día, el 11 de junio, dos días antes de mi última misión (el bombardeo del 13 de junio en monte Kent), hablo con mi esposa, que se encuentra hoy presente. Tenía dos hijos, de los cuales uno se encuentra acá y el mayor era quien estaba

enfermo, inválido. Le digo: «¿Cómo estás?»; «Muy bien –me dice–, vos no te preocupes por nosotros. Vos preocupate por meter bombas en el blanco». Le pregunto cómo se le ocurrió decirme eso; me contesta: «Estuvo el padre Ezcurra dándonos una charlita acá en el barrio Aeronáutico, de cómo debe ser la mujer del militar». «Ahora entiendo, ahora entiendo», digo. Fue importantísima la asistencia.

Acá –repito– se encuentran todas las especialidades, pero yo creo que los menos conocidos de la Fuerza Aérea somos los bombarderos, por nuestra forma de ser. Por lo tanto, voy a hablar del espíritu del bombardero. El espíritu del bombardero es valiente, pero sobrio; es audaz, pero no soberbio; es calmo, pero aguerrido; es silencioso hasta que las bombas explotan en el blanco. Con ese espíritu, golpeamos día y noche con razón, como dice nuestro escudo.

Mi profunda convicción, que siempre reitero y que intuíamos ya en aquella época, es que Malvinas fue la última carga de la caballería hispano-católica contra los enemigos perennes de la sacra hispanidad que ya gestaban y que ahora ejecutan el nuevo orden mundial: ateo, socialista y apátrida. Contra eso nos batimos.

Gloria a nuestros héroes caídos, a todos los escuadrones, a todos los veteranos.

¡Viva la patria!



Palabras de Alberto Philippi

Capitán de Navío y Aviador Naval (R) VGM

Agradezco que me hayan otorgado este reconocimiento y deseo compartirlo con toda la tripulación de la Tercera Escuadrilla Aeronaval de Caza y Ataque de la Armada Argentina, con quienes estuve en el conflicto. También con aquellos que nos precedieron en el paso por la escuadrilla y que nos supieron inculcar la búsqueda de la excelencia y el espíritu combativo.

Me considero un privilegiado por haber podido participar en el conflicto por nuestras Islas Malvinas y, además, por haberlo hecho como integrante de una escuadrilla aeronaval, cuyo pabellón luce la condecoración "Honor al Valor en Combate" por su protagonismo en Malvinas y porque eso es lo que la nación espera de sus soldados.

Haber sido soldado de Malvinas, sin ninguna duda, es en sí mismo un honor para toda la vida. El Estado nacional lo reconoció en 1984 mediante la ley que otorgó la condecoración cuya medalla lleva la inscripción: «El Honorable Congreso de la Nación a los combatientes».

Transcurridos 42 años, los veteranos debemos considerarnos honrados por recibir este reconocimiento que, por la investidura del Senado que lo otorga y de las autoridades que presiden su entrega, demuestra que está vivo el mandato de la Cláusula Transitoria Primera de nuestra Constitución Nacional.

Es prácticamente un credo malvinero esta cláusula, por eso me permito pasarla en palabras:

La Nación Argentina ratifica su legítima e imprescriptible soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgia del Sur, Sándwich del Sur y los espacios marítimos e insulares correspondientes porque forman parte del territorio nacional. La recuperación de dichos territorios y el ejercicio pleno de la soberanía respetando el modo de vida de sus habitantes y conforme a los principios del derecho internacional constituyen un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino.

El pasado 9 de julio, en ocasión de la celebración de la Independencia, vimos un tradicional desfile militar en la Avenida del Libertador, el cual estuvo suspendido durante mucho tiempo. Allí vimos que las columnas de cada una de las fuerzas avanzaba precedidas por sus veteranos de Malvinas. Realmente un merecido honor, un merecido reconocimiento para los veteranos. También pudimos apreciar el cariño y la emoción con que fueron acompañados por la ciudadanía.

El orgullo de los veteranos por ese abrazo al alma que le daba la ciudadanía se reflejaba en sus rostros, sus lágrimas y sus sonrisas. Además de los veteranos impedidos por sus condiciones físicas, por problemas de salud o porque no estaban en la zona, en la capital para asistir, hubo también veteranos que no pudieron asistir, que no tuvieron la opción de asistir porque son prisioneros, que no tienen salud, y no tienen la libertad individual para asistir a ese desfile ni a ningún desfile.

Para los más jóvenes, voy a tratar de explicar este contrasentido. En la década del 70, nuestro país sufrió la agresión de elementos subversivos fogoneados por Cuba y la Unión Soviética. Con una organización casi militar, realizaron una agresión contra el pueblo argentino excediendo el marco de seguridad brindado por la legislación vigente y por las capacidades de

las fuerzas de seguridad y las fuerzas policiales; no podían controlarlos. Por ello, en 1975 el Poder Ejecutivo Constitucional, legítimamente elegido por el pueblo, elegido en elecciones limpias, por decreto convocó a las Fuerzas Armadas para –textual del decreto– «ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a los efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos».

Muchos de nuestros camaradas fueron convocados a ejecutar esas operaciones militares que triunfaron sobre los delincuentes subversivos. Posteriormente, en 1982, volvieron a ser convocados, esta vez para pelear por la recuperación de nuestras Islas Malvinas. Casi 30 años después, fueron nuevamente llamados, pero por la justicia, para ser procesados por su lucha contra la subversión.

Comenzando por las cúpulas militares, que asumieron la total responsabilidad de los hechos, fueron luego procesando a escalones inferiores y civiles. Con una interpretación ideologizada, sesgada, de la jurisprudencia. La exjueza doctora Silvia Marco Tullio, llevó a cabo un estudio minucioso de los llamados “Juicios de Lesa Humanidad”, donde explica detalladamente las volteretas “legales” elucubradas en perjuicio de los procesados. Para el que esté interesado en conocer los detalles, lo pueden encontrar en internet: «¿Solo prevaricato de los jueces o comisión de delitos de lesa humanidad por los tres poderes?».

A la fecha, se encuentran en estado de proceso 2.738 personas; 857 han fallecido. Aproximadamente, el 15 % está con sentencia firme y el 85 % sin ella. En estos casos, es llamativa la duración de las prisiones preventivas: 9 años en promedio,

con un máximo de 16 años. 16 años de prisión preventiva no es justicia, es venganza. Año tras año se incrementa el índice de fallecimientos. Estas cifras incluyen a veteranos de guerra de Malvinas, a combatientes, a camaradas nuestros en las Islas, condecorados por la ley del año 1984, que no pudieron estar presentes en el desfile del 9 de julio.

Espero algún día no lejano, explorando nuevos caminos de libertad, justicia, concordia y reconciliación, poder ver a esos veteranos desfilando con sus camaradas con la frente en alto y con legítimo orgullo de haber combatido por nosotros y para salvar a la República.







Palabras de Luis Antonio Caballero

Coronel (R) VGM

Voy a hablar sobre lo que siento como persona en este acto convocado bajo el lema de “los soldados de San Martín en Malvinas”. Es para mí muy emotivo este lema porque, a la temprana edad de 13 años, ingresé como cadete al Liceo Militar “General San Martín”.

A partir de ahí, comencé a recibir mi formación sanmartiniana. Se destacaban, en ese instituto, los profesores e instructores que tuvimos. Ellos consolidaron esa formación y la fueron acrecentando a través de los años. Esa formación guiada por las normas de conducta, códigos estrictos con que el General San Martín (en ese momento teniente coronel) organizó, instruyó y educó al incipiente Regimiento de Granaderos a Caballo que aquí, a mi izquierda, tengo el honor de tener a sus representantes.

Esos principios, códigos, normas de conducta incluían el esfuerzo, la abnegación, el sacrificio, el espíritu de cuerpo, el cumplimiento de la misión y el bienestar en lo posible de su personal. A lo largo de los años, fui acrecentando esa formación y, a mi egreso del Colegio Militar como oficial de artillería, tenía ya muy consolidada esa formación. Faltaba la prueba de fuego: conducir en combate.

En 1982, en Malvinas, llegó esa oportunidad. Ahí tenía que aplicar todo lo que había aprendido y, particularmente, el valor; tenía que poner en ejercicio el amor a la patria.

Esa misma formación es en la que luego ya el General San Martín educa e instruye a los oficiales del Ejército de los An-

des, y ellos luego transmiten al resto del Ejército Libertador. Y todos sabemos cuáles fueron los resultados. Esos principios, esas enseñanzas fueron heredadas por las Fuerzas Armadas a lo largo de la historia y esa conducta justamente la tuvimos que demostrar en dos oportunidades: la que nombró el señor Capitán Philippi en esa gesta y en la gesta de Malvinas.

Esa formación me llevó a ponerme a prueba, a demostrar cuán fiel era mi convicción y cuán preparado estaba. Y puedo decir que tuve el honor de conducir en combate a jóvenes oficiales, suboficiales y soldados. Sí, muy jóvenes, pero ningún niño, o “chico de la guerra”, como los nombraron peyorativamente y denigraron por intereses oscuros y antipatrióticos. Puedo decir que eran bien hombres y lo demostraron en combate.

Acá, presentes, hay hombres que son testigos presenciales de lo que estoy diciendo, hombres que demostraron un acendrado amor a la patria, que lo aprendieron en el seno de sus familias y en las escuelas de aquella época, cosa que hoy está ausente. Lamentablemente, hoy los niños y jóvenes carecen de ese tipo de formación.

Pese a todas las dificultades a lo largo de los días que estuvimos en combate (las condiciones estratégicas desfavorables, las extremas condiciones meteorológicas, el suelo, el terreno, la acción permanente del enemigo, los problemas logísticos), puedo hoy afirmar que no me fue dificultosa la conducción en combate, no me fue dificultoso el ejercicio del mando. Y lo atribuyo a dos razones fundamentales. Primero, la formación que he tenido, esa formación sanmartiniana. Y la segunda, fundamental y principalmente, porque los hombres que tuve el honor de conducir fueron de probado valor

en combate, así como fue calificado el Teniente Coronel San Martín por su comandante en el ejército español, nada menos que enfrentando al ejército napoleónico. Su comandante, después del combate de Arjonilla y la batalla de Bailén, puso en su legajo personal del ejército español la siguiente frase: «Oficial de probado valor en combate». De ahí tomé esa expresión y se la atribuí a los hombres que estuvieron a mis órdenes, porque así fue.

Esos hombres fueron los que con gran dolor tuvieron que rendir sus armas, pero yo no iba a permitir que esos hombres fueran denigrados frente al enemigo. Así que hice destruir todas las armas en la posición en que estaban y no quería que tuvieran la mala situación, la mala imagen de estar tirando sus armas sacadas por el enemigo a un montón, que fue realmente muy dolorosa esa situación y yo no quería que eso ocurriera con mis hombres. Así que hice destruir y dejar en la posición las armas que teníamos, incluso los cañones.

Para abreviar, quiero –si me permite el señor Kasanzew y la señora vicepresidente– recibir este reconocimiento personal en representación de los combatientes del glorioso Grupo de Artillería 3 y, en particular, de los hombres que tuve el honor de conducir.

Muchos me han preguntado qué trauma me había quedado de la guerra, qué pesadillas tenía provocadas; les digo que ninguna. Pese a que la guerra deja huellas profundas, no me provocaron problemas. Lo que sí fue muy doloroso y traumático fueron los acontecimientos, las vivencias de posguerra: de esas tengo pesadillas.

Y tuve que sobrellevar toda esa dolorosa situación acompañado de mis seres queridos, de mi familia, que supieron contenerme, acompañarme, y aún lo siguen haciendo, con un gran esfuerzo, con mucho dolor. A ellos, a mi familia, mi profundo reconocimiento, mi agradecimiento y mi pedido de disculpas por todo lo que les hice sufrir.

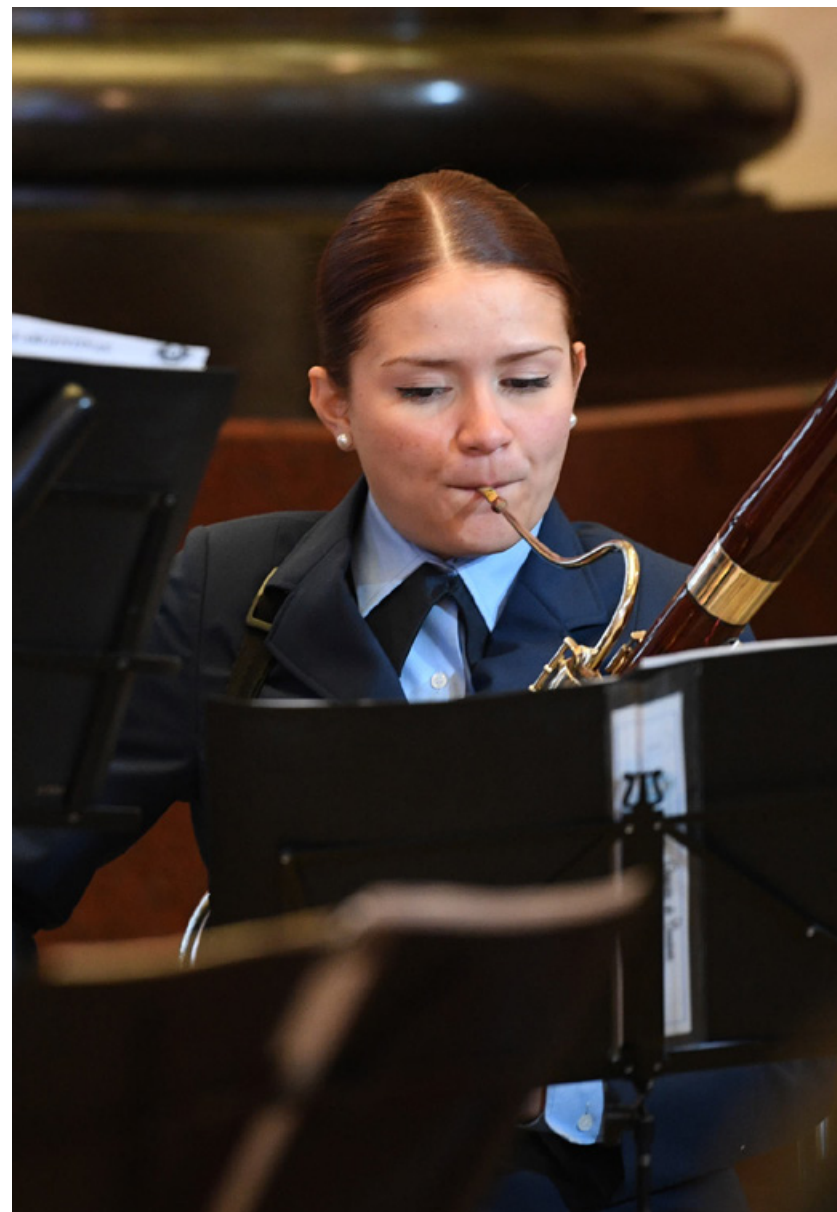
Es para mí sumamente emotivo este momento. Si bien delineé algunas palabras para expresar, la emoción me ha superado. Y acá tengo presente a uno de los suboficiales, de los heroicos suboficiales de la unidad en la que combatí. Y tengo los mejores recuerdos de ellos.

Espero que lo que nos ha dejado la guerra y la posguerra, ambas guerras, sea tomado como testimonio y continuado; el deseo es que sea continuado por las Fuerzas Armadas. Y creo que así será. Les pido disculpas por haberme extendido, llevado probablemente por la emoción, de expresarme de esta manera.

Ya en algunas oportunidades el señor Kasanzew me ha llevado a estas circunstancias que a veces no deseaba tenerlas. A todos los veteranos de guerra, mi gran reconocimiento. Que son hombres de probado valor en combate, como lo fue el General San Martín.

Y otra expresión que me quedó marcada a fuego del General San Martín es la siguiente: «Seamos libres, lo demás no importa».

Un abrazo a todos los veteranos de guerra.







Palabras de Eduardo Falconier

*Hijo del caído Mayor, Juan José Falconier,
ascendido a Vicecomodoro post mortem*

Mi papá era piloto de la Fuerza Aérea, pertenecía al Escuadrón Fénix y, cuando Dios decidió llevarlo a su lado, tenía 38 años.

Él diagramaba los combates, las operaciones de combate. Principalmente, había dos operaciones que hacía: reconocimiento, que sacaban fotografías infrarrojas, y usaban, como objetivo de diversión, aviones civiles Learjet sin armamento, a los cuales mandaban a la zona de ataque. La estela que dejaba ese avión era similar a un avión de combate, entonces hacía que el enemigo tenga que estar despegando todo el tiempo sus aviones y estar alerta todo el tiempo: cada tanto mandaban un ataque real; otras veces, no. Él pidió ir, aunque no le correspondía. En el momento del derribo, estaba en un Learjet, haciendo operaciones de reconocimiento, sacando fotografías infrarrojas.

Tuvo cinco hijos, la más chica era Belén, quien no había nacido todavía; mi mamá estaba de seis meses. Para mi papá habrá sido muy duro tener que dejar una carta dirigida a nosotros, tratando de expresar todo lo que él se iba a perder como papá y cómo iba a tener que estar de alguna forma acompañándonos a nosotros. Ahora voy a leer la carta que él dejó. Está dirigida a mis dos hermanos mayores: a mi hermana María Alejandra “Mononi”, como le decían, y a mi hermano Juan José, que le decían “Nieki”, que es el que no pudo estar hoy. La carta dice lo siguiente:

Su padre no los abandona, simplemente dio su vida por los demás, por ustedes y vuestros hijos, y los que here-den mi patria. Les va a faltar mi compañía y mis con-sejos, pero les dejo la mejor compañía y el más sabio consejero: a Dios.

Aférrense a Él, sientan que lo aman hasta que les estalle el pecho de alegría, y amen limpiamente, que es la única forma de vivir la buena vida. Y cada vez que luchen para no dejarse tentar, para no alejarse de Él, para no aflojar, yo estaré junto a ustedes, codo a codo, aferrando el amor. Sean una familia, respetando y amando a mamá, aunque le vean errores. Sean siempre solo uno, siempre unidos.

Les dejo el apellido Falconier para que lo lleven con or-gullo y lo dignifiquen, no con dinero ni bienes materia-les, sino con cultura, con amor, con belleza de las almas limpias, siendo cada vez más hombre y menos animal. Y por sobre todo enfrentando a la vida con la verdad, asu-miendo responsabilidades, aunque les cueste sufrir sin-sabores o la vida misma. Les dejo muy poco en el orden material, un apellido Falconier, y a Dios ante quien todo lo demás no importa.

Para que mis hijos lo lean desde jóvenes y hasta que sean viejos, porque a medida que pasen los años, ad-quieran experiencia o tengan hijos, le irán encontrando nuevo y más significado a estas palabras que escribí con amor de padre.

Papá.





Palabras de Javier de Aubeyzon

Artista plástico

Quiero agradecer al Senado, a Nicolás Kasanzew por convocarme y a los veteranos de guerra por estar acá presentes.

Ante todos los tremendos testimonios que escuchamos hoy, puedo decir que soy civil, arquitecto, clase 64. No hice el servicio militar, me salvé por un número bajo, y tampoco estuve en Malvinas. No obstante, sí estuvieron amigos míos, que me contaban orgullosos a través de cartas, desde las Islas durante el conflicto...

Y después de 40 años, nos juntamos con algunos de ellos e hicimos un trabajo en conjunto visual y audiovisual, referido a las Malvinas. Se expuso en el marco de los 40 años, y fue muy sanador hacerlo. Pero después me interesé en otros testimonios de veteranos, de distintas fuerzas y especialidades.

Entonces, lo que nació desde lo emotivo en particular terminó transformándose en un compromiso con la historia en general, apelando al arte como una poderosa arma pacífica y posible, por una causa que está en lo más profundo de todos nosotros, como es Malvinas. Algo así como el arte en compromiso y al servicio de la historia.

Abordé la guerra como un punto de inflexión irreparable que nos deja historias y ejemplos, durante y posteriormente al conflicto; en este, lo que más importa son los valores que dejó, antes que todo.

Como bien decía la presentadora, mis trabajos nos remiten a la épica, la mística y el sacrificio con que se actuó en Malvinas.

Están inspirados en el coraje, el profesionalismo y la entrega con la que se combatió. Son solo algunos de los escenarios por donde nuestras Fuerzas se desplegaron en defensa de nuestros territorios, cada uno desde el lugar y el rol que le tocó ocupar. Tanto el soldado dentro de su trinchera, congelándose, a la espera del enemigo invasor, como los marinos soportando las heladas aguas y vientos del Atlántico Sur, y los pilotos que en cada misión que salían, veían cómo sus compañeros caían, sabiendo que la próxima misión podían ser ellos.

Entonces, nos dejaron nuestros combatientes –al igual que los soldados de San Martín– un ejemplo de espíritu de lucha que sería bueno poder replicar en nuestras vidas cotidianas, para conseguir nuestros mejores propósitos, para ser mejores individuos en particular, ser mejores como sociedad en general, y así tener un país mejor.

Custodios por siempre

Mag. Raúl Amado

Director del Museo Parlamentario

Esta exposición presenta ocho obras que capturan la esencia de los combatientes argentinos en las Islas Malvinas, ofreciendo una evocación profunda de vivencias, sentimientos, heroísmo, valentía y gallardía.

Cada pintura es un testimonio vibrante de la gesta patriótica. De Aubeyzon, con su extraordinario dominio técnico y sensibilidad artística, nos invita a un viaje más allá de lo visible. Sus cuadros representan el sacrificio y el valor de aquellos que lucharon en el conflicto del Atlántico Sur, inmortalizando la intensidad casi mística del “camino del héroe”. En sus trazos y colores, las figuras humanas parecen trascender lo mundano, actuando como puentes entre lo divino y lo terrenal.

La muestra *Custodios por siempre* es un poema visual, un testimonio de su dedicación a explorar y honrar la memoria de nuestros héroes. En cada obra, resuena la promesa de libertad y el eco de un amor viril y eterno por la patria.









Malvinas, una nueva Vuelta de Obligado I

22 de noviembre de 2024





Palabras de Nicolás Kasanzew

Director de Gesta de Malvinas

La lucha por la independencia continuó en 1845 y siguió en 1982, siempre con los mismos elementos. Se entrelazan la historia de 1845 y 1982. Al escuchar los 'sapucay' de los correntinos y los 'carajo' de los artilleros, yo no podía menos que recordar que los artilleros de la Vuelta de Obligado, igual que los de Malvinas, tenían menos bocas de fuego y de menor alcance. Y, sin embargo, resistieron hasta el final, hasta agotar su munición, caer muertos o heridos.

Las incursiones de los comandos que utilizaban motocicletas de motocross Kawasaki, con su fusil al hombro, ladera arriba, me hicieron volar la imaginación y vi en eso la carga de los Granaderos de San Martín, en la ladera de Chacabuco, enfrentando a los españoles del General Maroto.

Cuando nos llegaban en Malvinas las noticias de las donaciones al Fondo Patriótico, cómo no evocar a las damas mendocinas que, en un acto público en el Cabildo, se despojaron de sus alhajas para donarlas al Ejército de los Andes.

Lamentablemente, los ingleses han elogiado a nuestros combatientes, mucho más que nuestros propios compatriotas en algunos casos. Y esos elogios también nos llevan a recordar antiguas glorias de nuestra historia militar.

El general español Pezuela, hablando de la infantería patriota, dice que habían resistido el cañoneo infernal de los realistas como si hubieran criado raíces en el lugar donde estaban. ¿Cuáles son las lecciones de 1845 y de 1982? Es la presencia de dos

fuerzas a lo largo de la historia argentina: la religiosidad y el patriotismo. Estuvieron presentes en todos nuestros momentos de gloria, inclusive en los de las derrotas gloriosas.

A pesar de los baches y circunvoluciones de la historia argentina, de generación en generación, de formación en formación, esos valores fueron continuados y eso nos da la gran esperanza de que, en el futuro, van a volver a irrumpir en escena cuando la patria lo necesite.

Malvinas, volveremos, ¡viva la patria!





Palabras del Padre Pedro Giunta

Jesucristo, Señor de la historia, a Ti pertenecen el tiempo y la eternidad. Hoy queremos ser testigos de la fusión entre las incesantes corrientes del Paraná y las gélidas olas del Atlántico Sur.

Estas aguas diversas confluyen en un mismo cause de soberanía que suplica en consciencia y libertad:

La fidelidad de las memorables cadenas para resistir toda injusta fuerza que pretenda someternos y hacernos esclavos.

El fervor de las incesantes baterías para asumir con coraje el presente que nos toca.

La consciencia, agradecida del Libertador, para encender la esperanza de un legado que nos señala un destino.

Por eso, Señor Todopoderoso, Te pedimos que bendigas estos diplomas que llevan los nombres de nuestros veteranos de guerra; que cada vez que ellos o sus seres queridos los contemplen experimenten la gratitud eterna de todo el pueblo argentino, se sientan convocados a recordar a sus compañeros caídos en combate y a compartir la honra de su entrega con sus amigos, camaradas y familiares.

Todo esto Te lo pedimos por intercesión de María de Luján, la hermosa patrona que ha querido vestirse con nuestra bandera. Por Jesucristo, nuestro Señor.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.





Palabras de Horacio Lauria

Coronel (R) VGM

Llego acá con el corazón palpitando de alegría y de nostalgia. Quiero agradecer al director de Gesta de Malvinas, Nicolás Kasenzew, no solo por este acto, sino por todo lo que ha hecho como veterano de guerra y periodista a lo largo de todos estos años. Diría que es el baluarte que lleva la bandera de la gesta de Malvinas, representándonos a todos los combatientes.

Digo que vengo también con el corazón palpitando porque veo a los veteranos y a las veteranas. Los veo y me siento tranquilo, protegido. Porque si hay algo que nos evidencia y nos distingue, es la camaradería; y esa camaradería no es otra cosa que el amor que nos tenemos el uno al otro, y de protegernos el uno al otro. Sé que mientras exista un veterano no voy a estar solo; ese veterano va a ser apoyado.

Mi participación en las Islas ha sido de poco tiempo. Llegué un 27 de mayo a las 8:15 de la noche y lo primero que hice al bajar del Hércules –creo que lo hicimos todos– fue besar suelo malvinense. Fue la primera vez que lloré cuando pisé Malvinas. La segunda vez que lloré en Malvinas fue la rendición, que no la acepté, pero lloré de forma desconsolada. Y la tercera vez que lloré fue cuando bajamos del buque Canberra en Puerto Madryn, al ver a mi pueblo recibirnos con banderas argentinas. Lloré de vergüenza; pensé que los había defraudado, más allá de haber dado hasta la última gota de mi esfuerzo. Y después siguió la historia.

Pero en Malvinas, al segundo día de llegar, entramos en combate. Yo soy comando y fui con la Compañía de Comandos

602, cuyo jefe era el Mayor Rico y el segundo jefe era el papá de nuestra vicepresidente Victoria Villarruel. Grandes hombres, grandes soldados.

El comando es un soldado especial. No es mejor al resto, pero es diferente por la actitud que posee, por el entrenamiento que posee y, sobre todo, por el aspecto psicológico.

Combatimos –vuelvo a decir– el segundo día que llegamos. Nos emboscaron en monte Kent de la peor manera, porque nos dijeron que ahí no había nadie, que íbamos a instalar una base de patrulla. Nos bajamos del helicóptero a las 8 de la noche, caminamos 20 metros y estaban esperándonos los ingleses. Ahí sufrimos las primeras bajas. Tuve la suerte de poder replegar junto con un sargento herido. Estuve cuatro días infiltrado dentro de las líneas de los ingleses, viendo cómo se movían los ingleses. Afortunadamente, fuimos rescatados por comandos. Al Sargento Ayudante Raimundo Maximiliano Viltés, le tuvieron que cortar la pierna; yo estoy acá sin un rasguño y le doy gracias a Dios y a la Virgen.

Tuve la posibilidad de tener cuatro combates más contra los SAS. En esos cuatro combates, los comandos mostraron la hidalguía, el valor, la gallardía y el profesionalismo, porque le dimos batalla y tuvieron que retroceder. Capturamos prisioneros, tomamos armamento. Eso es lo que hicimos como comandos.

Cierro con algunas cosas más.

Lo que destaco de Malvinas son nuestros soldados: esa es la esencia. Nuestros soldados del 82 son nuestros jóvenes del día de hoy, que heredaron el mismo espíritu. Si nos proyecta-

mos, con eso vamos a ver realmente una Argentina que crezca, una Argentina potencia, que es lo que todos deseamos y por lo cual todos nos sacrificamos y luchamos.

Esos soldados pasaron 72 días en una trinchera con hambre, mojados. Si les digo sueño, frío, hambre, incertidumbre, eso es igual a guerra. En la Argentina y en todo el mundo. Es detestable la guerra. Yo no se lo deseo a nadie. Si me invaden, pongo el pecho por mi país, pero no voy a conquistar ningún territorio.

La guerra es terrible, señores, nos marca para siempre.

Y quiero rendirle un especial homenaje a los 632 héroes que yacen en el suelo malvinense y en el mar argentino como custodios de nuestra soberanía. Eso nos da a estas y futuras generaciones la gran responsabilidad de volver y conquistar nuestras Islas por vía diplomática. No derramemos más sangre de nuestros jóvenes. Espero que la política sepa manejar este tema y esté a la altura de esos 632 héroes que dieron su vida por la patria. A ellos, honor y gloria eterna.

Mi generación del 50 ha pasado por dos guerras. No nos olvidemos que hoy estamos aquí, vivimos en democracia y en república gracias a lo que hicimos en la década del 70: combatimos la subversión. De no haber ganado, hoy esto sería el comunismo; y en vez de flamear esa bandera, la celeste y blanca, tendríamos la colorada con la hoz y el martillo.

Hoy están presos muchos que han peleado en estas dos guerras. Muchos han muerto en prisión. Cuando fuimos al combate con la subversión, teníamos entre 20 y 25 años. Y hoy esa gente, compañeros míos, está presa injustamente. No me voy

a poner a recitar ni el Código Penal ni la Constitución Nacional. Pero nos sacaron de nuestros fueros; cumplimos órdenes.

Y aclaro: no cumplimos ninguna orden inmoral. Todas las órdenes que nos dieron fueron morales. No como dice algún bastardo : «Se cumplieron órdenes inmorales».

Vuelvo a agradecer a todos. A los familiares de nuestros 632 héroes, los abrazo con lo más fuerte de mi alma y le pido a Dios, nuestro Señor, que les dé paz y que se sientan orgullosos de que esos hombres cumplieron con su palabra, cumplieron con su juramento. Pelearon hasta perder la vida por la patria.

Gracias, señor Dios. Gracias, Virgen Santísima.

¡Viva la patria!







Palabras de Carlos Molteni

Capitán de Navío (R) VGM

Quiero agradecer inicialmente a las autoridades del Senado por el diploma que vamos a recibir, con nuestro nombre. En realidad, represento a la Primera Escuadrilla Aeronaval de Ataque que fue la que comandé en el año 82, es decir, que va para ellos y para todas las escuadrillas de la aviación naval que nos apoyaron durante esa tarea que comenzó el 24 de abril con el primer aterrizaje de un monoreactor en Malvinas y hasta el 14 de junio.

En la escuadrilla, teníamos un lema que decía: «El éxito pertenece al trabajo en conjunto». Y estoy convencido de eso. Durante Malvinas, hicimos el máximo esfuerzo, todo lo que pudimos. Lo más importante, y de acuerdo a lo que cantamos hoy, es que cumplimos el último párrafo del himno de la nación: «Coronados de gloria vivamos, o juremos con gloria morir».

Ahí están nuestros héroes, como bien lo mencionó recién el Coronel Lauria. Es de bien nacido agradecer a mis antecesoros, los que nos formaron desde la Escuela de Aviación Naval, y todos los diferentes destinos en los cuales estuve. Los instructores fueron los que nos enseñaron con sapiencia, profesionalismo y valores; espero haber podido hacer algo similar con mis subordinados. Tuvieron la inteligencia de transmitirnos a nosotros lo necesario para poder operar y dejar un espacio de creatividad. Ese espacio de creatividad fue el que usamos en Malvinas. Mi reconocimiento para todos ellos y vale el dicho que dice «lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado».

Y finalmente mi agradecimiento –sumándome a las palabras anteriores– para los que sí ganaron la guerra más larga, más dura, la que más víctimas produjo: la guerra contra el terrorismo, esa que se ganó y que impidió que hoy seamos Venezuela o Cuba; y que también permite que se haga este acto. Esa guerra tuvo un desenlace único en el mundo, resultado de un triste negociado político judicial que rompió principios fundamentales del Estado y criminalizó la legítima defensa de la Nación.

San Martín, nuestro héroe máximo, dijo: «Cuando la patria está en peligro, todo está permitido, excepto no defenderla». Ahora se escucha la frase “gravedad institucionalidad inmensa”. Para mí, eso es, por ejemplo, cuando a los militares ganadores de una guerra no buscada le sacan el Código de Justicia Militar y, a los terroristas perdedores, los exoneran y le pagan fortunas por sus asesinatos. Creo que, en esta parte de la historia argentina, hay una deuda de la justicia con la sociedad. Se nota demasiado que la balanza que la identifica está inclinada.

Mi recuerdo permanente para mis dos queridos numerales caídos en Malvinas, Benítez y Miguel, que allí siguen de guardia.

Les agradezco esta oportunidad de poder hablar en este importante lugar y por el presente que estamos por recibir.





Palabras de Mario Callejo

Brigadier General (R) VGM

Ante todo, quisiera agradecer, en nombre de mis camaradas que me acompañan de la Fuerza Aérea Argentina, el reconocimiento a la distinción con motivo del 169.º aniversario de la Vuelta de Obligado. Como veterano de la guerra de Malvinas, me siento muy complacido de relacionar estas dos batallas en las que, escalonadas en un gran espacio de tiempo, había un mismo compromiso: compromiso con nuestra bandera, compromiso con nuestra patria, compromiso por defender nuestra soberanía.

Tuvimos muchos años de desinformación, en los que los veteranos de guerra fuimos los principales perjudicados porque fuimos muchas veces olvidados, denostados y otras cuestiones más. Se habló mucho de política, de cuestiones diplomáticas, de decisiones múltiples que hubo durante la guerra. Pero esas variables no entraban en el soldado que estaba con el fusil en la trinchera; en el hombre que estaba en Malvinas soportando el bombardeo naval y aéreo de los británicos; en el piloto que, sin temblarle el pulso, se arrojaba sobre los barcos para poder llegar con una bomba a una fragata inglesa; o en todo caso, los sobrevivientes de nuestro Crucero General Belgrano.

La Fuerza Aérea Argentina dio testimonio de esa causa desde el 1 de mayo, Bautismo de Fuego de la Fuerza Aérea, en la cual pierde catorce hombres el primer día de batalla; hasta la noche del 13 de junio, donde el último avión de combate Canberra es derribado y muere heroicamente el Capitán Fernando Casado y simultáneamente, desde la base aérea militar Malvinas, el último C-130 Hércules, cargado con el último con-

tingente de personal y heridos, partía por última vez hacia el continente. Hubo también mucha desinformación por la parte británica; de hecho, mantener un secreto militar durante 90 años es porque se esconde más de una cuestión.

La pérdida de seis buques mayores, de los cuales figuraban como las fragatas misilísticas más modernas en su momento, con el armamento más moderno de la OTAN, que fueron a parar a las profundidades de las aguas del Atlántico Sur, sin contar la cantidad de barcos que volvieron a Inglaterra directamente para el desguace o la chatarra. Estas cuestiones seguramente deben haber cortado el sueño a más de un almirante inglés. Esto debe entenderse sobre el concepto de poder aéreo: al observar las bajas de uno y otro bando, sobre buques y personal de los buques ingleses, prácticamente la totalidad fue realizada por la aviación argentina, basada en tierra, hablando, por supuesto, de la aviación de combate de la Fuerza de la Argentina y de la Armada Argentina.

En la vida de una persona, siempre hay algún momento crucial en la vida que cambia algunos paradigmas. Seguramente todos los veteranos, a partir de Malvinas, cambiaron de una u otra forma, porque no fuimos los mismos cuando volvimos de la guerra. Por eso, hoy agradezco, Nicolás, que todos los veteranos tengamos este reconocimiento. Considero que la batalla del Atlántico Sur por la defensa de las Islas Malvinas constituye una de las acciones de armas más heroicas de nuestra historia. Con laureles de gloria, se inscribe en la misma heredad de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú.

Es lo que le debemos a nuestros 632 héroes eternos custodios de nuestras islas. ¡Viva la patria!





Palabras de Santiago Martella

Hijo del caído Teniente, Luis Martella

Con apenas 24 años, en una situación extremadamente hostil y bajo tensión total, mi papá me escribió una carta desde Malvinas por mi primer cumpleaños. Más que una carta, es una guía, es un faro. Son los consejos de vida de un padre a un hijo. Ojalá hubiese podido cumplir algunos de ellos y que, desde arriba, esté mirando orgulloso.

A continuación, voy a leer la carta:

Puerto Argentino, 16 de mayo de 1982.

Querido hijo:

Es esta la primera carta que papá te escribe. Mamá, que es tan buena, te la leerá cuando la recibas y la guardará para que la puedas leer tú mismo cuando aprendas a hacerlo dentro de algún tiempo. Hoy cumples un año de vida.

Has crecido dentro del cariño que con mamá y el resto de la familia te hemos prodigado. Los días han pasado y has dejado de ser un bebé de meses para convertirte ya en un hombre con un largo año de vida. Con el tiempo, te enterarás de que aún antes de esta fecha te convertiste en el hombre de la casa cuando papá fue a cumplir su deber: defender el suelo de la patria.

Esta patria que te vio nacer y que todo nos da nos exige de vez en cuando algún sacrificio. Hoy le exigió a papá

que no pudiera estar presente en el día de tu cumpleaños, pero solo físicamente, pues permanentemente papá está con vos. Quiero que sepas todo lo que tu padre, hijo mío, desea para vos cuando crezcas y que no es más que seas un hombre de bien.

Solo el sacrificio y el trabajo duro y constante rinden sus frutos. En la vida, el hombre debe tener una gran meta que guíe sus pasos. Esa meta no debe ser otra que el servicio a Dios a través del amor a la patria y a la familia.

Nunca debes sentirte dueño absoluto de nada, pues todo te lo da Dios y, cuando Dios te lo pida, se lo deberás entregar. No quiero extenderme más. Solo quiero decirte que seas bueno y comprensivo con mamá, que, aunque a veces te reta, lo hace por tu bien.

Además, cuida de tus hermanos más pequeños que verán en ti a su ejemplo y a alguien a quien recurrir cuando necesiten algo. Hijo mío, ten fe en Dios. Él sabe por qué hace las cosas.

Da todo tu esfuerzo a la patria para engrandecerla cada día más y bríndate entero a tu familia. Cuando tengas la tuya, sabrás qué es lo que hoy papá te dice. Feliz cumpleaños, Santiago.

Te besa, papá.





Palabras de Betania Martínez

Hija del artista plástico Exequiel Martínez

Exequiel Martínez, además de ser un hombre elocuente y un excelente piloto de helicópteros, tenía otro don, un talento único: capturar historia con sus pinceles. Hoy nos enorgullece ver sus obras exhibidas con tanto *glamour*, con tanto reconocimiento, con tanto escenario en el Senado, donde se los reconoce a ustedes y a la batalla.

No solamente es un reconocimiento a su obra, sino también es un reconocimiento al compromiso que tenía por quienes lucharon por nuestra patria.

Siempre nos contaba que él esperaba el regreso de los pilotos tras sus misiones con mates de por medio y una servilleta en la mano, a esperar que le cuenten sus hazañas mientras dibujaba un bosquejo. Estos relatos fueron confiados a él como un tesoro, los convertiría luego en obras que hoy son testimonios de la valentía y sacrificio de nuestros héroes.

Nos decía: «Dejaban en mis manos un relato para contar al mundo lo que vivieron, de lo que sintieron, sabiendo que quizás ellos mismos no podrían hacerlo».

Lo acercaré aquí con nosotros, compartiendo sus propias palabras de un fragmento de su libro *El pincel que vuela – Memorias de Exequiel Martínez*:

Había leído de guerras anteriores, de valientes guerreros, y ahora los veía a los nuestros como uno de los mejores

ejemplos de coraje en la historia de la aviación mundial, yo estaba con ellos e iba a ser uno de sus pintores... ¡Qué satisfacción en la guerra y qué responsabilidad ante la historia! Pedí a Dios que me mantenga el pulso firme para no fallar; ellos no fallaron. Tenía que hacer un gran esfuerzo para tratar de estar a la altura que ellos se merecían. Tenía que darle al mundo las imágenes de su gesta, las fotos que no se pudieron sacar. Apenas comenzaba la batalla, me di cuenta de que no se iban a poder registrar en fotos las escenas de los encuentros. Había que recopilar todos los elementos que podía, y que iba a necesitar para después hacer con el pincel lo que las cámaras fotográficas no podían. (2021, p. 489)

Para nuestra familia, este homenaje es más que un reconocimiento; ver sus cuadros exhibidos es el cumplimiento de un sueño, uno que nuestro padre tenía: que sus cuadros hablaran por quienes vivieron la historia.

Gracias por recordar y valorar su legado. Estaría inmensamente orgulloso como nosotros lo estamos de él.

Malvinas: una nueva Vuelta de Obligado

Mag. Raúl Amado

Director del Museo Parlamentario

En los cielos infinitos y en el azul abismal del Atlántico Sur, se escribieron, en 1982, páginas imborrables de nuestra historia. *Malvinas: una nueva Vuelta de Obligado* nos invita a redescubrir aquel capítulo a través de los ojos y de las manos de Exequiel Martínez, aviador y artista, un hombre que transformó el heroísmo y el sacrificio en imágenes imbuidas de poesía y memoria.

Nacido en 1939, Exequiel Martínez dedicó su vida a volar. Formado en la Escuela de Aviación Militar, sus días estaban marcados por la valentía y el deber, participando en misiones que lo llevaron a los confines del mundo, desde las tierras heladas de la Antártida hasta el corazón del Atlántico en la guerra de Malvinas.

Pero más allá del uniforme y las condecoraciones, Martínez conjugaba en su alma el espíritu de narrador. Allí donde otros veían la crudeza de la batalla, él vio gestos de nobleza, destellos de humanidad y un coraje que merecía ser inmortalizado en el lienzo.

Con sus pinceles, Martínez trazó lo que las palabras no pueden explicar. Cada obra es un puente entre el heroísmo y la emoción, entre el estruendo de los combates y el silencio profundo de quienes esperan en la soledad. En sus cuadros se siente el rugido de los motores, el frío del viento austral y el palpar de corazones que luchaban no solo por la patria, sino por la eternidad.



Sus trazos no solo immortalizaron el valor de la Fuerza Aérea, sino que lo convirtieron a él mismo en un símbolo eterno, un hombre que supo volar alto en la vida y en la memoria.

Malvinas: una nueva Vuelta de Obligado es una carta de amor a quienes se atrevieron a soñar con un cielo libre, una canción a los héroes que hicieron de la patria su vuelo más alto, emulando a aquellos hombres que prefirieron ir a pique antes que rendir el glorioso pabellón argentino. En cada obra de Exequiel Martínez, late el espíritu de una nación, recordándonos que, en el arte y en la memoria, el alma de un pueblo encuentra su inmortalidad.







Visita y acto homenaje en la ciudad de Ushuaia

2 de abril de 2025, provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur





Discurso en el acto homenaje

Victoria Eugenia Villarruel

Presidente del Honorable Senado de la Nación

El 2 de abril de 1982, bajo la advocación de la Virgen del Rosario, nuestras Fuerzas Armadas recuperaron la soberanía sobre las Islas Malvinas, izando el pabellón nacional en Puerto Argentino, tras 149 años de invasión británica. Vendría luego el fracaso de una intensa gestión diplomática, el comienzo de los enfrentamientos, el hundimiento del Crucero General Belgrano, la respuesta de nuestras Fuerzas y el hundimiento de varios buques británicos. El desembarco enemigo, los duros combates, la derrota y la rendición.

No habían regresado aún al continente nuestras tropas cuando ya se puso en marcha una campaña de desmalvinización que durante años asoló a nuestro pueblo, pretendiendo imponer un relato maliciosamente tergiversado sobre la actuación de nuestros militares durante el conflicto. Se habló de los chicos de la guerra, de la ineficiencia, cobardía, falta de preparación y todo tipo de mentiras destinadas a desmerecer a nuestros hombres de armas. Fruto de esa maquinación, los veteranos de guerra, soldados y militares, fueron escondidos a la sociedad.

Nuestras Fuerzas Armadas fueron desprestigiadas, perseguidas y desarmadas. Y el recuerdo de la guerra se limitó al de un hecho vergonzoso que debíamos olvidar. Paradójicamente, los primeros reconocimientos vinieron del enemigo, que en sus libros y declaraciones dejaron testimonio del profesionalismo y arrojo de nuestras Fuerzas.

Pero a pesar de la magnitud de esta campaña, nuestro pueblo comenzó una resistencia silenciosa, pero constante, y tomó la causa Malvinas como propia. Lejos de dejarse someter, impuso el recuerdo de la gesta y manifestó su volunejos de dejarse someter, impuso el recuerdo de la gesta y manifestó su voluntad irrenunciable para recuperar nuestras islas. Aún en una sociedad fracturada, donde su clase política, sumergida en una decadencia alarmante, promueve deliberadamente la división con discursos de odio, la causa Malvinas es la única prenda de unidad de nuestra nación.

Es decir, mientras Argentina sufre graves niveles de pobreza, las potencias extracontinentales se están llevando del territorio argentino una cuantiosa fortuna en alimentos y energía. A eso se le suma el daño ecológico que causan en el Atlántico Sur. Respondiendo al llamado del papa Francisco en la encíclica *Laudato si'*, debemos implementar políticas hemisféricas que aseguren el cuidado de nuestra casa común, que es América, frente a la avidez de las potencias extracontinentales que saquean, degradan y agotan las riquezas de nuestro océano.

Ello exige la implementación de políticas continentales que protejan la sustentabilidad de nuestros recursos. Por estas razones, todo lo vinculado a esta zona compromete la defensa nacional y, consecuentemente, la defensa hemisférica. En otras palabras, la seguridad del Atlántico Sur no puede quedar en manos de una potencia extracontinental.

El desafío que aquí se presenta exige acuerdos entre los países de nuestro continente, del Ártico al Antártico, para fijar las políticas de defensa hemisféricas. Un año atrás recibimos la visita de la entonces jefa del Comando Sur de los Estados



Unidos, general Richardson. En esta misma ciudad, a pocos kilómetros de nuestras Islas Malvinas, en un acto donde se entonó la marcha de las Malvinas, se anunció la intención de reforzar la presencia argentina mediante la construcción de una base naval integrada que sirva también como polo logístico antártico.

Dicha construcción fue promovida y contaría con la colaboración de los Estados Unidos, convirtiendo a la Argentina en la puerta de entrada al continente blanco. Se reconocía entonces que Argentina es un país bicontinental. Al día siguiente, recibimos en el Senado de la Nación a la general Richardson, donde abordamos temas estratégicos como energía, alimentos, desafíos continentales y política hemisférica.

En Europa y en Asia, hay guerras por energía y por alimentos. El papa Francisco dijo que hay una guerra mundial en partes. América es un continente de paz.

No queremos que traigan sus guerras a nuestra región. Y este es el desafío de la actualidad y del futuro en el Atlántico Sur, y nuestro país debe definir una política clara y sin ambages de defensa nacional y de defensa de sus intereses en la región, estableciendo alianzas conducentes con las demás naciones americanas en una verdadera política hemisférica. Y hasta acá la cuestión política.

Pero quiero llegar entonces al verdadero y más profundo propósito de mi discurso: el reconocimiento a los héroes de Malvinas. Porque cada uno de los hombres y mujeres que en aquel otoño de 1982 participaron en la guerra de Malvinas son héroes de nuestra patria. La guerra de Malvinas es la mayor gesta mi-

litar de la historia argentina, un país débil enfrentando a una de las mayores potencias nucleares de la tierra.

Y a fuerza de coraje, ingenio y profesionalismo le infligimos un daño considerable que aún hoy, 43 años después, siguen ocultando. Voy a detenerme en el coraje de nuestros militares. Dice Borges con mucha razón: «Entre las cosas hay una de las que no se arrepiente nadie en la tierra, esa cosa es haber sido valiente».

Y nuestros soldados fueron valientes. Lo demostraron en la guerra enfrentando a los ingleses. Por eso todo aquel que derramó u ofreció su sangre en Malvinas hoy es mi hermano.

Es hermano de todo el pueblo argentino. No tenemos que buscar héroes en las películas extranjeras ni en el fondo de la historia. Los héroes de la patria están enterrados en las Malvinas y en el Atlántico Sur.

Pero también los héroes de nuestra patria viven con nosotros. Caminan junto a ustedes en nuestras ciudades, en nuestros pueblos del interior. Son los que arriesgaron sus vidas para enfrentar al enemigo y hoy son el testimonio palpable del coraje de nuestros soldados.

Sus nombres nos tienen que ser familiares. Giachino, el Perro Cisnero, Estévez, el Soldado Cao, Vázquez y tantos que en la historia serán resucitados por su recuerdo viviente. El hundimiento del Sheffield, el ataque al portaaviones Invencible, el combate de los SAS contra nuestros Comandos, el ataque en Bahía Agradable, el día más negro de la flota inglesa, los combates alrededor de Puerto Argentino deberían ser hechos conocidos por todos.

Las hazañas, la valentía y el sacrificio de nuestros héroes deben ser enseñados a nuestros jóvenes que recuperarán de ese modo el orgullo de ser argentinos. Por eso convoco a todos los argentinos a emprender un proceso de malvinización, a reconocer y a honrar a nuestros héroes, porque Malvinas nos une como nación y, en ese reconocimiento hacia los hombres y mujeres de nuestras Fuerzas Armadas y Fuerzas de Seguridad que lucharon en Malvinas, está el pilar desde el que comenzaremos la reconstrucción de nuestro amado país. Por ellos, por nuestros muertos en la guerra, por los que pelearon en San Carlos, en Darwin, en Pradera del Ganso, en monte Longdon, en Dos Hermanas, en Harriet, en Tumbledown y en los demás combates, por nuestros pilotos, por los pibes de Malvinas que jamás olvidaré y porque siempre el coraje es mejor, ¡viva la patria!







Malvinas, epopeya nacional II

4 de abril de 2025





Palabras de Nicolás Kasanzew

Director de Gesta de Malvinas

A los pueblos los mueven las épicas, y en las últimas décadas, en vez de épicas, hemos tenido relatos muy falsos y muy mediocres. Las épicas son necesarias para saber de dónde venimos y hacia dónde debemos ir, por eso hemos calificado este encuentro de hoy como "Malvinas, epopeya nacional".

¿Por qué es una epopeya? Inglaterra no se animó a un mano a mano con la Argentina; pidió ayuda a la superpotencia, a la Comunidad Económica Europea toda, a decenas de países de distintos continentes y, aun así, sus jefes militares dicen que estuvieron a un tris de retroceder. Los sostienen los mismos jefes militares británicos.

El comandante de la flota británica, que llevaba un diario durante la guerra, en determinado momento, dice: «Si me preguntan quién la está ganando, nosotros seguro que no». En otro pasaje de su diario –que se ha publicado en forma de libro, lo puede leer cualquiera– dice: «Me quedan 3 buques operativos». Habían salido con 114 buques (de guerra y logísticos).

Finalmente, el 13 de junio, después de enumerar todas las bajas que los argentinos le causaron a la flota británica, asevera: «Si los argentinos pudieran soplarnos, nos caemos». Y si los británicos estuvieron a un tris de retroceder, se lo deben a nuestros combatientes, algunos de los más destacados están hoy presentes y recibirán una distinción.

¡Malvinas, volveremos! ¡Viva la patria!





Palabras de Victoria Villarruel

Presidente del Honorable Senado de la Nación

Este acto no es una ceremonia más; es un acto de justicia histórica. Un gesto, sí, pero también es un símbolo. Hoy, desde este Salón Azul del Honorable Senado de la Nación, la patria les dice gracias.

Gracias por haber combatido. Gracias por haber resistido. Gracias por haber vuelto. Gracias por llevar con hidalguía durante décadas la memoria de nuestros caídos. Gracias por mantenerse firmes, incluso cuando una parte de la sociedad les dio la espalda.

La historia oficial intentó silenciarlos, pero ustedes no se callaron. Quisieron borrarlos, pero ustedes se multiplicaron.

Y hoy, por fin, la nación los abraza y los reconoce como lo que son: nuestros héroes. Pero no alcanza con homenajes. La Argentina necesita más que memoria; necesita conciencia.

Por eso, hoy quiero hacerles una propuesta, una convocatoria: les propongo, desde el Senado de la Nación, que promovamos una campaña de malvinización nacional con ustedes como protagonistas.

Les propongo una exposición itinerante de Malvinas que recorra las escuelas del país, de norte a sur, de este a oeste.

Una muestra viva, testimonial, humana, donde nuestros niños escuchen, vean y sientan lo que significa haber luchado por la patria. Porque el testimonio de un veterano vale más que cien

manuales. Quiero que nuestros chicos conozcan los nombres y las historias, que sepan quién fue el Teniente Estévez; que escuchen hablar del Perro Cisnero; que sepan del heroísmo de nuestros pilotos, quienes tuvieron su bautismo de fuego en Malvinas y deslumbraron al mundo como verdaderos ases de la aviación militar de todos los tiempos; que recuerden al Crucero General Belgrano y sus héroes, que tienen su tumba en el Atlántico Sur, donde siguen custodiando; a la aviación naval, que tomó revancha con el Sheffield en forma casi inmediata; y a la irreductible infantería de Marina; que sepan, a modo de ejemplo, lo que pasó en monte Longdon, en Darwin, en San Carlos; que comprendan qué es el coraje, qué es la camaradería, qué es la valentía, qué es la entrega; y que mirándolos a ustedes, veteranos de nuestra patria, digan con orgullo: «Yo quiero ser uno de ellos».

Malvinizar es eso: es sembrar en las nuevas generaciones el amor por nuestra tierra. Es recuperar el orgullo de ser argentinos. Es enseñar que la soberanía no se declama, se defiende. Y que la patria no es una palabra vacía, es una bandera que se lleva en el alma. Este proyecto no es político, es nacional.

Y por eso debe unirnos como nos une Malvinas. Porque, como dije el 2 de abril en la ciudad de Ushuaia, capital de las Islas Malvinas, Malvinas es la única prenda de unidad que nos queda como nación. Compatriotas, nuestros héroes no están solos en las tumbas de Darwin o en las profundidades del Atlántico, están entre nosotros, caminan nuestras calles, viven en nuestros barrios y son ellos quienes deben hablarle al futuro. El coraje, decía Borges, es lo único de lo que nadie se arrepiente jamás. Y ustedes fueron valientes, lo fueron en la guerra y lo siguen siendo en la paz.

Por eso, hoy más que cerrar este acto, quiero abrir una etapa: la etapa de la Malvinización Nacional con ustedes al frente, con nuestros niños como destinatarios y con la patria como bandera. Por los caídos, por los que volvieron, por los que aún llevan Malvinas en el corazón cada día, por los pibes de Malvinas que jamás olvidaremos y porque siempre el coraje es mejor.

¡Viva la patria! ¡Viva la patria! ¡Viva la patria!



Palabras del Padre Pedro Giunta

Jesucristo, Señor de la historia, hoy quisiéramos que nuestra súplica acaudille todas las voces de las distintas latitudes de la patria, y que nuestros corazones se unan a una sola voz para remontar alturas sobre los arcos del Congreso, diciendo en cuaresmal melodía: Señor, el pueblo argentino pide misericordia.

Misericordia porque desconocimos a nuestros héroes.

Misericordia porque abandonamos a nuestros veteranos.

Misericordia porque fuimos indiferentes al dolor de sus seres queridos.

Misericordia porque olvidamos su historia.

Misericordia porque traicionamos su legado.

Malvinas nos duele, Señor, pero sabemos que la sangre de los héroes es semilla de nuevos patriotas.

Por eso ejercitamos la honra y, esperanzados con el horizonte luminoso de la Pascua, que nos sana y nos redime, expresamos en entusiasta gratitud:

Gracias por la esperanza en medio de la bruma; gracias por la amistad entre el viento y la garúa.

Gracias por la firmeza que rompía la oscilación de las olas; gracias por la resistencia en la turba pantanosa.

Gracias por la audacia frente al bramido del mar; gracias por la fidelidad en tierra continental.

Hoy, como pueblo, queremos seguir sanando y reparando nuestra desmalvinizadora impiedad.

Queremos hacerlo asumiendo el legado de la gesta de Malvinas como don y compromiso para malvinizar por todos los caminos de la patria siendo verdaderos testigos y peregrinos de esperanza.

Por eso, Señor Todopoderoso, Te pedimos que bendigas estos diplomas que llevan los nombres de nuestros veteranos de guerra; que cada vez que los contemplen experimenten la gratitud eterna de todo el pueblo argentino, se sientan convocados a recordar a sus compañeros caídos en combate y a compartir la honra de su entrega con sus amigos, camaradas y familiares.

Todo esto Te lo pedimos por intercesión de María de Luján, la hermosa patrona que ha querido vestirse con nuestra bandera.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.





Palabras de Gustavo Luzardo

Soldado Clase 62 VGM

Cuando llegué, me encontré con un montón de personas que fueron los responsables de esos combates y de esas batallas que los propios ingleses –fui interrogado por ellos en la posguerra– no lo podían creer.

Tuve la posibilidad, en Malvinas y posteriormente, de encontrarme con gente muy valiosa que combatió con honor, muy respetados por su tropa. Y eso como simple soldado, y agradezco que me hayan dado la oportunidad de hablar como soldado clase, representando a mis compañeros que tomaron la decisión porque hoy son parte de mi familia. Estoy muy emocionado. Y algo que también quiero destacar (que no es menor): en Malvinas recibí una carta de una niña que vivía en Bahía Blanca. La conocí a los 40 años de Malvinas, o sea hace 3 años, y hoy está acá en este homenaje que nos están haciendo.

Es hermoso porque, cuando yo leí esa carta de esa criatura –hoy es madre y vino desde Bahía Blanca a estar presente con nosotros– tomé coraje. Si bien hoy voy a destacar la actuación de los que hicieron ese combate, compañeros y jefes, voy a decir que el pueblo nos ayudó en sus cartas, en sus mimos, en esas cartitas que recibí. Las traje porque, aun estando herido, pude traer mi carta con una bolsita de caramelos que tenía. ¿Cómo no voy a estar agradecido con el pueblo argentino y con ustedes que hacen este homenaje?

Aparte de compañeros que estudiaron conmigo y amigos, mi tío muere en combate: Rafael Luzardo, el hermano de mi

padre, por lo que puedo decir que mi familia entró en combate. Así que les agradezco a todos porque están reconociendo a los que están allá, los caídos. Los que estamos acá podemos hablar, podemos discutir, podemos tener nuestras opiniones, pero los héroes son los que se quedaron allá, y esto es muy importante.

Quiero agradecer al Teniente Castañeda quien, en ese momento, fue mi jefe, un héroe total junto con sus cuatro suboficiales y quienes combatimos en el monte Longdon haciendo el contraataque. Dicho por los propios ingleses, fue algo muy duro. Y así fue, pero con una conducción extraordinaria. Mi posición era tirador primer grupo, de la primera sección y, por ende, pude escuchar las órdenes que le dieron al teniente. El segundo jefe del regimiento le dijo: «Teniente, el mejor lugar es ese». Y cuando miro, era una nube de balas impresionante. «Yo no paso por ahí», dije.

El teniente nos encolumnó, levantó el brazo y avanzó; avanzaron mi teniente, mi cabo, que era mi jefe de grupo, y todos los soldados de esa sección; no se quedó ni uno. Ese es un ejemplo de lo que fue la conducción de parte de oficiales y suboficiales.

Estoy muy orgulloso de haber participado con mi jefe y mis cuatro suboficiales. Los llevo en el corazón. Y agradezco a mis amigos que han venido y a mi esposa.





Palabras de Fernando Azcueta

Capitán de Navío (R) VGM

Es un alto honor recibir esta distinción por parte del Senado de la Nación. No lo recibo solo a título personal, sino que considero que es extensivo a toda la Armada Argentina, en particular, a la Fuerza de Submarinos y, muy especialmente, a la antigua tripulación del submarino San Luis –cuyos algunos miembros veo hoy aquí presentes con gran felicidad–, que, con su abnegación, entrega y valor, permitieron que el buque cumpliera una honrosa patrulla de guerra. Mi reconocimiento a cada uno de ellos de por vida.

De los cuatro ambientes operacionales en los que se combatió por Malvinas –en las islas, en el aire (como bien lo hizo el Capitán Francisco), en la superficie del mar y en sus profundidades–, es, por lejos, este último ambiente el menos conocido. En el mar, se produjo la mayor tragedia que sufrió la Armada en toda su historia: el hundimiento del Crucero General Belgrano y la pérdida de 323 marinos, casi exactamente la mitad del total de bajas sufrido por las fuerzas argentinas en el conflicto.

De esta dolorosa página, destaca más el valiente testimonio del Suboficial Barrionuevo, del Crucero Belgrano. Una especial mención a la tripulación del submarino ARA Santa Fe, que cayó abatido por el enemigo en las islas Georgias del Sur, luego de superar serios problemas y cumplir cabalmente con las misiones que le habían sido asignadas.

Por aquel tiempo, el San Luis presentaba severas limitaciones de operatividad. En los pocos días disponibles (ocho), pu-

dimos alistarlos –con el auxilio de todo el personal en tierra, de la base, personal militar y civil– para prepararlo lo mejor posible para la patrulla.

Pero ya en navegación y a poco andar, las cosas se complicaron: nos quedamos sin computadora de control de tiro, lo cual, sumado al comportamiento anómalo que habían demostrado los torpedos durante sus pruebas, nos dejó con una mínima capacidad ofensiva, aunque no cero. El panorama no era el mejor para enfrentar a la flota inglesa, pero cuando “toca la campana”, se sale con lo que se tiene, sin condicionamientos.

Las fuerzas británicas realizaron un esfuerzo desmedido para neutralizar la amenaza submarina argentina; sin poder evitar nuestros ataques, los que no fueron exitosos por las razones comentadas. De sus archivos, se desprende el descomunal empleo de medios: buques, helicópteros, armas –233 armas antisubmarinas sembradas en el mar–, torpedos, cargas de profundidad, morteros, etcétera. Y todo por la presencia de un solo submarino argentino.

Por tal motivo, el pabellón de San Luis recibió una distinción, y hoy ese venerable casco reposa en el Astillero Tandano, con la esperanza de que, algún día, pueda ser considerado de interés nacional e incorporado al patrimonio histórico.

Después de Malvinas, la capacidad operacional de nuestras Fuerzas y, en particular de armas submarinas, se fue debilitando, se fue estrangulando de forma deliberada y sostenida. Cada vez se navegó menos, se adiestró menos, se operó menos, hasta que, finalmente, con la trágica pérdida del submarino San Juan, esta capacidad llegó a cero.

Pero no es totalmente cero porque, sobre esas limitaciones, se destaca la gran vocación de los jóvenes submarinistas por prepararse y perfeccionarse, aún sin medios.

Se destaca el espíritu de cuerpo, la prudente y difícil conducción de sus mandos, el tremendo esfuerzo por mantener encendida la vocación y la intención –expresada por el señor Jefe de Estado Mayor General de la Armada– de restituir como prioridad la capacidad submarina perdida. Estos son los factores fundamentales que mantienen la fe en que, en un futuro, vuelvan a ocupar el alto nivel de prestigio que alcanzaron los submarinistas argentinos.

No puedo dejar de mencionar también que nuestra generación, por esos tiempos, estuvo signada por un terrible factor: el país estaba saliendo de una larga y cruel guerra interna, iniciada por el terrorismo inhumano que buscó destruir las instituciones constitucionales y reemplazarlas por un totalitarismo absoluto, del cual no hay vuelta. Triunfaron las armas de la patria y los resultados de esa victoria quedaron escritos en la vida posterior de la nación.

Hoy, luego de más de 40 años de vida en democracia –con sus turbulencias, aciertos y desaciertos, pero viviendo la mayor experiencia democrática de nuestra historia, durante la cual, periódicamente, cada ciudadano pudo elegir, en total libertad, el gobierno en el que creía–, hoy, ante este hecho incuestionable, tienen verdadera vida las palabras del recordado poeta argentino don Belisario Roldán: «La bandera nacional jamás tremoló sobre el dolor de los vencidos sin recoger, al mismo tiempo, la bendición de los liberados».



Palabras de Alberto Vianna

Brigadier Mayor (R) VGM

En primer lugar, quiero agradecer esta distinción que se nos hace y debo reconocer que lo único que hicimos fue cumplir con nuestro deber.

Allá lejos y hace tiempo, cuando ingresamos a los institutos de formación de las Fuerzas Armadas, hicimos un juramento y, en el año 82, la patria nos llamó para cumplir con ese juramento. Hicimos lo que pudimos con lo que teníamos. Era poco ante una fuerza de la segunda armada de la OTAN. Sin embargo, no claudicamos.

Iba a hablar de lo que habían dicho los ingleses de nuestra actuación, pero ya en la apertura, Nicolás lo dejó muy claro. Sobre todo, Jeremy Moore, en una oportunidad, dijo: «Se habló de los chicos de la guerra y esos soldados no eran ningunos chicos. Eran verdaderos valientes que lucharon con denuesto hasta el fin».

Hoy voy a hablar un poco de lo que hizo la Fuerza Aérea con lo que tenía. Nuestros pilotos de combate demostraron que no eran kamikazes, sino que eran soldados que sabían cuál era su responsabilidad, y la cumplieron sin dudar.

A diferencia de ellos, los pilotos de transporte volamos en tripulación. Ellos vuelan en solitario, pese a volar en escuadrilla o en sección; en la cabina, están solos. Nosotros volamos en tripulación y, en mi caso, que operaba un C-130, las tripulaciones básicas eran de siete personas. Así lo hicimos durante el mes de abril en el puente aéreo.

Pero iniciadas las acciones y, cuando la aviación naval lamentablemente quedó fuera de servicio, nos encontramos en una disyuntiva: no teníamos cómo hacer una interdicción aérea lejana ni cómo ubicar los blancos navales para que la aviación de caza fuese dirigida hacia esos blancos. Y ahí surgió la iniciativa y dejamos de lado todos los manuales operativos que habíamos traído de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Ellos nos decían que, en los vuelos tácticos diurnos, no podíamos bajar de los 500 pies; y, en los nocturnos, de los 1000 pies. Y comenzamos a volar a 50 pies del agua para evitar la detección radar de las fragatas enemigas. Pero había que tratar de interdictar el abastecimiento que recibía Woodward y se ideó algo fuera de lo común: se artillo un C-130. Se efectuaron siete misiones, de las cuales una tuvo éxito el 29 de mayo al averiar al petrolero British Wye; luego tuvimos una desafortunada misión que no pudo cumplirse porque el buque que íbamos a atacar entró en la niebla marina.

Posteriormente, nos encontramos con una fragata y la orden que teníamos era no atacar buques de guerra. Pero lamentablemente nosotros no sabíamos cuál era el blanco hasta que no lo veíamos; teníamos que reconocerlo y, en base a eso, atacar o no.

Finalmente, nos dieron un blanco muy grande: un superpetrolero, al cual atacamos después de indicarle que pusiese proa a territorio argentino; ante su negativa, recibimos la orden de ataque. No obstante, no vimos un resultado favorable. En consecuencia, la Fuerza Aérea Sur mandó a los aviones Canberra.

El guía fue el único que atacó porque se nos informó que había una patrulla de combate, por lo que le ordenó a su escuadrilla regresar. Nosotros pusimos rumbo a África y luego nos enteramos de que una de las bombas del Canberra se había introducido en uno de los tanques sin explotar, y que nuestras bombas habían producido daños en la cubierta del buque. Finalmente, los armadores lo hundieron frente a la costa de Brasil.

Lamentablemente, no pudimos atacar al Fort Grange que llevaba bombas y municiones para el almirante Woodward, a quien le quedaba un día de combate. La cosa hubiese cambiado.

Las misiones cumplidas con éxito de los vuelos de transporte son mérito de todos y de cada uno de los miembros de la tripulación. El fracaso es exclusiva responsabilidad del comandante de aeronave porque no ha sabido conducir a sus hombres o no ha sabido liderar a esa tripulación.

Y el liderazgo es algo que no se impone por orden, sino que se gana por consenso. Y durante los 74 días que mi tripulación me soportó, aceptaron todas mis órdenes sin discutir nada.

Hoy, lamentablemente mis dos mecánicos ya fallecieron, me queda el copiloto, el entonces Capitán Valle; el navegador, entonces Capitán Cerruti, y el operador del sistema de entrega aérea, el Suboficial Auxiliar Carlos Nazari.

De los seis que tripulábamos el avión de interdicción aérea, lamentablemente quedamos cuatro. Yo le rindo homenaje a esa gente que cumplió sin descanso y sin titubear mis órdenes.

Por último, me queda decirles que la guerra es el peor trauma que puede sufrir una sociedad o un país y, como diría Carl von Clausewitz, «es un desorden tal que la mente humana no llega a comprender».

Y hoy le pido al Señor que tenga en sus manos a aquellos que están cuidando de nuestras irredentas Islas y que descansan en las frías aguas del Atlántico Sur.

Honor y gloria para ellos.







Palabras de Fernando Estévez

Hermano del caído Teniente Primero, Roberto Estévez

Cuántas emociones, ¿no?, en un solo día. La verdad es que es difícil hacer el recuento de todas las experiencias que he vivido; en realidad, que vengo viviendo desde el 2 de abril, allá en Misiones.

Y no voy a ser reiterativo con muchas cosas que han dicho las personas que me antecedieron. Simplemente quiero agradecer –lo hago en representación de mi familia– no solo esto que estoy viviendo, sino por todo lo que, en estos años, se ha vivido y que, gracias a ustedes, se está revirtiendo. Me refiero a esa terrible desmalvinización, a ese mal uso de la gesta de Malvinas, a esa tergiversación que, como familiar de un héroe, me ha tocado vivir más de una vez.

Y estoy seguro de que a muchos de los que están aquí les ha pasado. Así que antes de pasar al pedido de Nicolás: muchas gracias, señora vicepresidenta; Nicolás, a vos y a todo tu equipo por hacer posible esto, que no es ni más ni menos que poner nuevamente las cosas en su lugar.

Esta carta que voy a leer la escribió mi hermano horas antes de partir de su asiento de paz hacia la guerra. Y por un expreso pedido de él, se la deja al entonces Teniente de Banda Roberto Batalic para que, en caso de que él muera, le llegue a mi padre.

Sarmiento, Chubut, 27 de marzo de 1982.

Querido Pipo:

Cuando recibas esta carta, yo ya estaré rindiendo cuenta de mis acciones a Dios, nuestro Señor. Él, que sabe lo que hace, así lo ha dispuesto: que muera en el cumplimiento de una misión.

Pero fijate vos, ¿qué misión? ¿No es cierto? ¿Te acordás cuando era niño y hacía planes, diseñaba vehículos y armas, todo destinado a recuperar las Islas Malvinas, a restaurar en ellas nuestra soberanía? Dios, que es un padre generoso, ha querido que este, su hijo, totalmente carente de méritos, viva esta experiencia única y deje su vida en ofrenda a nuestra patria.

Lo único que a todos quiero pedirles es lo siguiente: primero, que restauren una sincera unidad en la familia bajo la cruz de Cristo; segundo, que me recuerden con alegría y que mi vocación no sea la apertura a la tristeza; y tercero, lo más importante, que recen por mí.

Pipo, hay cosas que, en un día cualquiera, no se dicen entre hombres, pero hoy debo decírtelas: gracias por tenerte como modelo de bien nacido. Gracias por creer en el honor. Gracias por tener tu apellido. Gracias por ser católico, argentino e hijo de sangre española. Gracias por ser soldado. Gracias a Dios por ser como soy y que es el fruto de ese hogar donde vos sos el pilar. Hasta el reencuentro, si Dios lo permite, un fuerte abrazo. Dios y Patria, o Muerte.

Roberto



La Argentina no rinde Malvinas II

13 de junio de 2025





Palabras de Nicolás Kasanzew

Director de Gesta de Malvinas

Mañana se cumple un nuevo aniversario de la derrota y la rendición argentina, pero nosotros no las vemos como tales. No se rindió el pueblo argentino, no se rindieron los combatientes argentinos, se rindió el generalato y el almirantazgo. Yo he sido testigo de cómo soldados conscriptos increpaban a sus jefes inmediatos diciéndoles: «¿Qué estamos esperando? Salgamos a buscarlos y definamos esto de una buena vez».

En el coro derrotista que siempre se escucha, se puede encontrar la frase de «el 14 de junio era demasiado tarde, ya estaba todo perdido», lo cual es hartó discutible. Por un lado, los ingleses mismos dicen que estaban a punto de abandonar su intento de recuperar Malvinas. Por el otro lado, lo cierto es que el General Menéndez no se rindió el 14 de junio: ya llegó rendido el 7 de abril a las Islas.

Los que pelearon fueron los oficiales más jóvenes, los suboficiales y los soldados conscriptos. La pasividad del generalato en las Islas continuó hasta el último día.

Dirán: «Era una causa perdida». Borges aseveró cierta vez: «Un caballero solo puede embarcarse en una causa perdida, porque si toma partido en una causa ganada, no es un caballero, sino un oportunista.». El pueblo argentino seguirá reclamando la soberanía sobre las Islas Malvinas hasta que esa causa perdida sea ganada. Y sin escuchar las voces que dicen que tenemos que pedirle permiso a los kelpers o hacer caso a sus preferencias. La única voz que escuchamos es la de los guerreros caídos en Malvinas en la guerra contra Inglaterra. Malvinas volveremos, ¡viva la patria!



El tenor Diego Parrillo se apresta a entonar el Himno Nacional



Palabras del Padre Pedro Giunta

Jesucristo, Señor de la historia, a Ti nos dirigimos inspirados por la profecía de Ezequiel y, como pueblo argentino, nos animamos a decir:

Buscamos uno que se mantuviera firme en la brecha y encontramos 632 hombres. En nuestros caídos, durante la gesta de Malvinas, hemos confirmado que la actitud propia del héroe es la disposición para ser lastimado por el bien de los otros. Su entrega se ha convertido en una resistencia eterna que no rinde Malvinas. En ellos, Señor, recibimos el misterio doloroso de la cruz y, a la vez, el luminoso don que enciende el vigor de un pueblo creyente. En esta certeza de la esperanza cristiana, nos animamos a decir: Jesucristo, danos la fortaleza de no rendirnos. No rendirnos cuando la confusión diluye la claridad. No rendirnos cuando la incomprensión distancia a los seres queridos. No rendirnos cuando la debilidad daña las convicciones. No rendirnos cuando la deserción de los propios lastima el compromiso.

Que esta súplica, Señor, acompañe de modo especial a nuestros veteranos y a sus familias en la perseverancia del testimonio. Por eso, Señor Todopoderoso, Te pedimos que bendigas estos diplomas que llevan los nombres de nuestros veteranos de guerra; que cada vez que los contemplen, experimenten la gratitud eterna de todo el pueblo argentino, se sientan convocados a recordar a sus compañeros caídos en combate y a compartir la honra de su entrega con sus amigos, camaradas y familiares.

Todo esto Te lo pedimos por intercesión de María de Luján, que resiste el viento y la nieve al pie de las cruces en el cementerio de Darwin. Amén.





Palabras de Marcelo Llambías Pravaz

Mayor (R) VGM

Es un honor para mí estar acá y es un inmerecido honor. Este día (gris, lluvioso, fresco, aunque no con el frío de Malvinas) trae el recuerdo de lo que hicimos allá.

Hoy represento de alguna forma –inmerecidamente como decía– a los soldados suboficiales y oficiales del Regimiento de Infantería 4. Hoy que está de moda hablar de lo colectivo, nosotros fuimos un equipo, fuimos un grupo humano que fue a combatir por la patria.

En esas noches de frío, de angustia, de miedo, cuando entrábamos en combate con el enemigo, generalmente de noche, le apuntábamos a puntos que luego se transformaban en siluetas. Bajo esa lluvia de luces que eran las balas, el resplandor de las explosiones, temblaba la tierra, viendo los piques de los proyectiles que pegaban al lado nuestro, teníamos, en ese momento, solo el consuelo del camarada al lado nuestro y la protección de nuestra señora la Virgen de Luján, a cuál le pedíamos a diario que nos protegiera.

De golpe, no eran más que siluetas con forma humana: eran caras, eran ojos. Veíamos las bayonetas resplandecer por cada explosión, y el corazón se helaba y, en ese momento, entre la vida y la muerte, vivimos –hay que decir– esa maravillosa aventura de defender la patria, esa maravillosa aventura a la que nos comprometimos cuando juramos defender nuestra bandera hasta perder la vida. Y muchos de nuestros camaradas la perdieron.

Me tocó ser jefe de la Tercera Sección de la Compañía C del Regimiento de Infantería 4 y, junto con mi fracción, ocupaba el monte de Dos Hermanas Sur, quizás la posición más adelantada y más expuesta de Puerto Argentino. No estaba solo, tenía un excelente encargado de sección en aquel momento: el Sargento Primero Valdés, cuatro jefes jóvenes de grupo, movilizados unos días antes al igual que yo, los cabos Pintos, Peña, Ramos y Valdés. Y tenía unos soldados maravillosos, como mis dos apuntadores de ametralladora; Daniel Castillo, Canteros, mi radio operador Alegre; Ponce, mi apuntador lanzacohetes; Ledesma (quien nos dejó) y Asqueri, como apuntadores de fusiles FAP.

No obstante, quiero contarles, fundamentalmente, de los verdaderos héroes que cumplieron y entregaron su vida: mis Soldados Luciano Romero, Luis Méndez, Ailán, Daniel Rodríguez, que quedaron allá como testimonio de la entrega a la patria.

Brevemente, les voy a dar una imagen de lo que fueron los combates en cerro Dos Hermanas. Mi compañía, a último momento, fue reforzada con dos secciones más de la compañía de Infantería A. Éramos seis jefes de fracción, cinco fueron bajas: el Teniente Martella murió, posteriormente en monte Tumbledown murió el Subteniente Silva, y los otros jefes de sección; los Subtenientes Nasser, Pérez Grandi, compañero mío, y Mosquera, el cual me honró hoy viniendo a este lugar, fueron heridos como muchos otros.

¿Qué decir del resto del pueblo argentino? De alguna forma también fue veterano de guerra. Esas mujeres que tejieron bufandas y gorros, que armaron cajas de ración de combate; los argentinos que entregaron bienes para el Fondo Patrióti-

co, los que oscurecieron sus casas en el sur; todos los que se ofrecieron de voluntarios; todos esos son veteranos de guerra porque vivieron con patriotismo ese esfuerzo que, como nación, hicimos para enfrentar, quijotescamente y prácticamente en soledad, a una potencia mundial.

Y lo hicimos sin que nos importara el resultado; lo hicimos para terminar 149 años de usurpación ilegal y por la fuerza del Reino Unido, provocados por Gran Bretaña, que hundió el Crucero General Belgrano para sabotear, para torpedear la paz. También merecen reconocimiento otros miembros de las fuerzas armadas que protegieron nuestras fronteras de aquel que las amenazaba y colaboraba con el enemigo.

Quiero agradecer especialmente y públicamente al Soldado Eduardo González, apuntador de FAP de mi sección, que combatiendo el 6 de junio contra las secciones reconocimiento del 45 Comando de Royal Marines, con su bravura, salvó mi vida y la de otros camaradas.

Malvinas no es solo historia y recuerdo: es presente, pero, sobre todo, es futuro, porque es el fundamento de la pretensión británica sobre la Antártida. Inglaterra nos priva hoy de las riquezas ictícolas y de hidrocarburos que tiene gran parte del mar argentino, y es un desafío que la Argentina tiene para el futuro. También quiero decirles a los jóvenes miembros de las Fuerzas Armadas de hoy que ninguna negociación es posible si del otro lado no hay una amenaza concreta, decidida y basada en la fuerza para negociar. Nadie negocia con un débil.

Malvinas tiene dos aspectos que son muy importantes: el material, al cual hice referencia recién, y otro que es el



espiritual. Es la causa de Unión Nacional y siendo causa también es la divisoria que inmediatamente detecta aquel cipayo de corazón, de alma, que no entiende que los intereses argentinos deben privar hacia otros. Malvinas es la causa de los hombres bien nacidos en esta patria, de los que amamos a la patria.

Finalmente, quería nombrar al entonces Capitán López Patterson, mi jefe en Dos Hermanas, al Teniente Coronel Diego Alejandro Soria, mi jefe de regimiento y el único jefe de unidad que, en monte Harriet, fue tomado prisionero en su puesto de comando.

Quiero terminar agradeciéndole a ustedes. La peor parte, mucho peor que la guerra, fue la posguerra, fue la desmalvinización lo que quitaba de sentido el sacrificio que habíamos hecho, a aquellas madres que perdieron al hijo, aquellos hijos que perdieron al padre, al hermano, al ser querido; esa desmalvinización nos dolió en el alma.

Pero el arribo de las redes sociales hizo que esa mentira instaurada hegemonícamente, sin desafío por los medios, empezara a salir a la luz toda la verdad. Y entonces vino algo que, para mí, fue inesperado: recibir como veterano el agradecimiento del pueblo argentino.

El agradecimiento de ustedes es el que da sentido a esas muertes, el que da sentido y materializa el amor a la patria. Nosotros quisimos con toda el alma traerles la victoria.

Por último, quiero agradecerle a la Dirección de Gesta de Malvinas del Senado que encabeza Nicolás Kasanzew, que ha sido un baluarte frente al cual toda esa desmalvinización se estre-

lló, no sin costos, y a la señora presidente del Senado quien con firmeza, con patriotismo, con grandeza y con prudencia, encara la Unión Nacional, esa unión que fue sabotada por los británicos –porque divide y vencerás– y esa unión sin la cual nunca vamos a recuperar Malvinas, pero que, por sobre todas las cosas, es esencial para el futuro de la patria.



Palabras de Álvaro Vázquez

Vicealmirante (R) VGM

En el Aviso Gurruchaga, cumplíamos una tarea de apoyo general, desde la Isla de los Estados, a las lanchas rápidas y a los aviones de Río Grande que se dirigían a las Islas.

El 2 de mayo los británicos atacaron al Crucero Belgrano.

Yo estaba a más de 140 millas de distancia; me ordenaron, desde Puerto Belgrano, dirigirme inmediatamente en apoyo del crucero, sin saber todavía qué había sido hundido. Y allí fuimos. Rápidas maniobras de salir y de poner rumbo al sudeste a buscar al crucero. El crucero ya estaba hundido. A mí me dieron la orden a las 9 de la noche; el crucero había caído a las 5 de la tarde. No lo sabíamos.

A las 8:30 de la mañana, empezamos a oír en frecuencia de socorro a los tripulantes del crucero desde las balsas.

Aproximadamente a la una, avistaron a las balsas, el campo de balsas iba en franca dirección hacia la Antártida. Me sobrevoló un Fokker, me orientó y me llevó.

Llegué a la primera balsa a las 3:30 p. m. Cuando tuvimos oportunidad de rescatar la primera de las diecinueve balsas que rescatamos, tuve realmente la imagen y el conocimiento de lo que enfrentábamos: una verdadera tragedia humana.

Había hombres que llevaban cerca de 20 horas de estar dentro de esa balsa, heridos, quemados, muertos de frío, sentados en esas aguas heladas con temporal. Fue una durísima tarea.

Yo los vi, yo los vi morir, yo los vi sufrir. A esta gente no la podemos olvidar: ellos son nuestros héroes que entregaron la vida por la patria.

Adhiero totalmente a la proposición que hizo la señora vicepresidente cuando dijo: «Con ustedes, veteranos, vamos a malvinizar». Volvamos a malvinizar. Vamos a recorrer el país, a mostrar en todas las provincias que hay hijos de todas las provincias del país que murieron en ese acto. A ellos nos debemos.

Acá hay una guerra inconclusa, como la llamó el Almirante Busser. No es como la guerra que tuvimos en los 70, que se combatió, y aquellos que quisieron cambiar los destinos de la patria no pudieron lograrlo.

Tenemos que terminar con los odios y los rencores; hay que recuperar las capacidades estratégicas y mirar lo que hay que mirar.





Palabras de Antonio Zelaya

Comodoro (R) VGM

En primera instancia, quiero agradecer a la señora presidente del Senado por el acto que hace esta jerarquización de los veteranos; al señor Kasanzew por la obra que hace no solo en este recinto, sino por la cruzada en la Argentina malvinizando; a las autoridades de la casa por recibirnos; a los veteranos que nos acompañan; y a las autoridades.

Los que participamos en el conflicto nos sentimos honrados y agradecidos que cada vez más ciudadanos celebren la gesta de Malvinas, y sepan reconocer que la batalla se libró tratando de recuperar nuestras Islas y no apoyando el recurso político del gobierno del proceso militar para continuar en el poder. Si esa fue la intención, nosotros no la asumimos así.

Desde mi punto de vista, quien mejor interpretó esta posición fue el periodista español José María Carrascal, quien publicó, el 29 de mayo de 1982, en un diario español, entre otras cosas, lo siguiente: «No dan la vida naturalmente por la Junta, ni siquiera la dan –cree uno– por conceptos abstractos como el honor o la patria. La dan por algo muy concreto, muy precioso: por su comunidad, que les ha encomendado su defensa. Y en último término, por algo tan simple como es el cumplimiento del deber».

Volviendo al tema inicial, estamos honrados y agradecidos porque ustedes se toman un tiempo para celebrar la gesta, aunque todos estemos pendientes de los problemas que nos acucian y entorpecen la salida hacia adelante de nuestro país.

Porque tenemos vergüenza de la derrota, mala conciencia de lo legítimo de la acción, (aunque tal vez fuera de tiempo) y un poco de desidia, no existen registros suficientes de la experiencia de los que participaron en el combate. Probablemente, al imaginar la experiencia incomunicable de la guerra, los argentinos recordamos escenas vistas en el cine o en la televisión. Siempre es una gran guerra, nunca la guerra de Malvinas, la única guerra argentina del siglo pasado.

Salvo para quienes estuvieron allí frente a las tropas británicas en el campo de batalla, Malvinas es una guerra sin imágenes ni relatos de enfrentamiento. En la memoria de los argentinos, Malvinas es más bien una escena cotidiana con un comunicado militar en el fondo.

“Tras un manto de neblina no las hemos de olvidar”. La evidencia incómoda de una paradoja histórica: el último capítulo del gobierno militar y, al mismo tiempo, el prólogo del retorno a la democracia. Así fuimos olvidando que, detrás del saldo político inmediato y las gestiones diplomáticas, estaba la experiencia material y descarnada de la guerra.

Después de la rendición y el regreso de las tropas, tras un manto de neblina, quedaron los sobrevivientes congelados en uno de los tantos clichés con que se clausuró el relato de la guerra y de la derrota. “Los chicos de la guerra”. Y es precisamente en la reiteración de frases vacías y repetidas donde nuestra guerra se ha vuelto insignificante. Un veterano de la guerra Vietnam (que perdió) cuenta su historia en el cine americano y es un héroe; mientras el veterano de Malvinas es un muchacho de chaqueta militar vieja o un profesional militar

que solo sirve para la guerra y no para la paz. Aunque ambos tienen su minuto al año, cada 2 de abril, para atesorar sus recuerdos en homenaje de rigor.

Sin embargo, en el exterior, verdaderos conocedores de lo que es una guerra no ahorraron comentarios para hablar de esta épica de Malvinas. Mientras en nuestro país se desmalvinizaba, las escuelas de guerra del mundo estudiaban las nuevas tácticas. Héroes como Pierre Clostermann que decía: «Nunca en la historia de las guerras desde 1914 tuvieron aviadores que enfrentaran una conjunción tan terrorífica de obstáculos mortales, ni aún los de la Royal Air Force sobre Londres en 1940, o los de la Luftwaffe en 1945».

La Fuerza Aérea, por más hábil y bueno que sea el piloto, siempre necesita al equipo. El piloto nada haría si no fuera por el mecánico, el radarista, el artillero, el de comunicaciones, hasta el que carga combustible; es el espíritu y el equipo.

El que alguna vez haya escuchado el relato vivo de la experiencia de la guerra, no podrá olvidar el vértigo y la emoción del relato. No hay primera persona más dramática que el que bucea en la memoria tratando de recomponer las imágenes desgajadas de la guerra. No hay interpretación política que pueda reemplazarla. Se trata de la experiencia singular de un hombre en el campo de batalla.

Se ha dicho que la guerra no es más que la evidencia del empobrecimiento de la experiencia en el mundo moderno. Los combatientes vuelven mudos del campo de batalla. Lo que aún no se ha dicho es cómo nos fue realmente en la guerra. Todos dirán qué pregunta, ¿no? La perdimos.

Sun Tzu, en su libro *El arte de la guerra*, decía: «Si quieres saber cómo te fue en la guerra, pregúntale al enemigo». Y eso hice. Me remití al libro *Los cien días* que escribió el almirante Woodward, quien el día 13 de junio, precisamente, supo escribir en su bitácora: «Estamos ya en el límite de nuestras posibilidades con solo tres naves sin mayores defectos operativos. Todo está cayéndose a pedazos. Francamente, si los argentinos pudieran solo respirar sobre nosotros, nos caeríamos. Tal vez ellos estén igual. Solo cabe esperar que así sea. De otra manera, estamos listos para la carnicería» (1992, p. 340).

Pero si hay alguna hazaña posible, está en la palabra, no para sanar heridas irreparables, sino sencillamente porque no hay historia posible sin relato. La épica está en el impulso con que los sobrevivientes recuperan o imaginan lo vivido después de años de silencio y en el temblor de la voz con que exorcizan el caos del recuerdo cuando se atreven a contarlo.

El enemigo podrá aventajarnos en la fuerza, pero no en el destino. Por eso no debemos rendirnos, no debemos olvidarnos, no hagamos fugaz lo perenne, no venzamos el espíritu invencible. Allí se comprobó que existen los milagros, que la hazaña aún es posible, que el mando es de los jefes que comandan, que no puede ordenar el cobarde ni decidir el incapaz de valentía.

La milicia no debería admitir a los tibios; solo el coraje distingue y jerarquiza. Y allá quedó el testimonio irreversible de los caídos, el ejemplo para siempre de los que no regresaron nunca. Porque morir en la avanzada es ser hombre y ser simiente, es convertirse en promesa de futuro.







Palabras de Florencia Espinosa

Hija del caído Teniente Primero, Ernesto Espinosa

El texto que hoy les voy a compartir lo escribí cuando tenía 17 años y estaba en quinto año de la escuela secundaria. En la escuela, había una revista donde todos podíamos hacer publicaciones y ahí fue la primera vez en la que elegí y pude expresarme, y el texto decía así:

A 15 años de Malvinas... Sí, en 1997 se cumplen 15 años de la guerra de Malvinas, pero también se cumplen 15 años de la muerte de mi papá, Ernesto Emilio Espinosa. En todo este tiempo que pasó, las personas que más cerca mío estuvieron se habrán dado cuenta de que mucho sobre el tema no hablo, porque me pone muy mal, pero esta vez sentí la necesidad de hablar de mi papá, y contar quién fue y qué hizo.

Mi papá dio la vida por su patria, nuestra patria, o sea dio su vida por todos nosotros. Él fue, es y será un héroe, y yo estoy muy orgullosa de ser su hija, aunque constantemente me haga ciertos cuestionamientos: ¿cómo?, ¿por qué tuvo que morir?, ¿por qué quiso quedarse en esa maldita casa para cubrir a todos sus compañeros?, ¿por qué no se arriesgó otro?, ¿cómo pudo dejar sola a mi mamá con dos bebés (mi hermana de seis meses y yo de dos años)?, ¿qué estaría pensando en ese momento?, ¿pensarían en nosotras?, ¿cómo sería todo si hubiese vuelto?

Sé que muchas de mis preguntas no tienen respuesta, pero a pesar de todo, yo lo quiero mucho y sé que siempre está con nosotras, protegiéndonos y ayudándonos a superar los problemas que se nos presentan. Muchas veces escuché esta pregunta: ¿fue necesaria la guerra y el perder tantas vidas? Yo pienso que ninguna guerra es necesaria, todos los problemas se tendrían que solucionar pacíficamente; sé que es algo difícil de lograr, pero no imposible. Sin embargo, también pienso que, aunque las guerras son malas, sé que la muerte de mi papá no fue innecesaria, porque defender su patria era algo muy importante para él, aparte de su familia.

Un ejemplo de que su muerte no había sido en vano fue cuando, el año pasado, fui con mi mamá y mi hermana a una ceremonia en la que se descubría una placa donde estaban algunos de los nombres de los caídos en las Islas, y tres soldados de la edad que tenía mi papá cuando murió se nos acercaron y nos felicitaron por lo valiente que había sido él en dar su vida por nosotros. Para ellos, mi papá era su héroe, el ejemplo a seguir en sus vidas, y esto fue lo que me ayudó a madurar el tema y poder decir, sin ponerme mal, que mi papá es mi héroe y que estoy muy orgullosa de él y, vuelvo a repetirlo, de ser su hija.

Hoy, 28 años después de este texto y a 43 años de Malvinas, mis palabras siguen vigentes. La mezcla de orgullo y de dolor están latentes. Los valores que dejó mi papá: el amor por su patria, entender que la patria somos todos, valorar y respetar la justicia, bancar a sus compañeros; todos son valores que guían mi vida y quiero que guíen la vida de mis hijos, mis

sobrinas, mi familia y la de todos. Por eso, agradezco este espacio que es muy importante, tanto para los héroes que hoy no están con nosotros y para los héroes que sí están, para que puedan dar testimonio, que tengan su espacio y su reconocimiento. Solo me queda un pedido personal, que lo siento como una deuda: que el lugar donde falleció mi papá sea respetado como una tumba de guerra.

Ese es mi mayor deseo: poder cumplir con eso.

Al final del discurso, German Egert, un constructor de profesión, de Junín de los Andes y quien siempre sintió la causa Malvinas como propia, le hace entrega de la vaina servida del fusil del Comando Ernesto Espinosa, encontrada por él en Top Malo House, el lugar del combate.







Palabras de Matías Zárate

Artista plástico

La verdad es que estar acá es de enorme emoción para mí: primero porque Malvinas es un sentimiento, y uno, desde adolescente, ha vivido este sentimiento tan puro. Ante todo, quiero agradecer a las autoridades que posibilitaron el desarrollo de esta exposición de dibujos, en especial al señor Nicolás Kasanzew; como así también extendiendo las gracias a mis padres, aquí presentes, a mi hermano, a mi sobrino, a mi cuñada y a mis familiares en general. Asimismo, agradezco a mis estudiantes, a mis amigos y a las instituciones de la localidad de Icaño.

Por supuesto, hago hincapié en los veteranos de guerra de Malvinas y familiares de caídos que siempre apoyaron mi arte. Soy oriundo de la provincia de Santiago del Estero, de la localidad de Icaño. En mi infancia, en el paraje rural Vacasnioj, desarrollé mis primeras experiencias en cuanto al dibujo.

Supe alimentar desde allí un fuerte sentimiento de arraigo, tradicionalismo, fomentado por las enseñanzas de mis abuelos. En la Universidad Nacional de las Artes, indagué en profundidad lo acontecido en las islas del Atlántico Sur. Por todo ello, existe en mí el fuerte énfasis en la defensa de nuestro origen y fe.

Creo que una de las principales premisas como ciudadano argentino y profesor es sembrar Malvinas en los corazones de niños, adolescentes y adultos, para poder cosechar una ciudadanía que sepa valorar y darle real dimensión de todo lo que se

vivió en el año 1982. Los dibujos que están siendo expuestos fueron desarrollados abordando diferentes historias de Malvinas, reflejando el valor, el patriotismo, el compañerismo y la solidaridad. En cada pincelada y trazo desarrollado, cada uno de ellos expone una actitud guerrera, que no claudica, que se mantiene vigente pese al paso del tiempo.

Hace 43 años, en las Islas Malvinas, la resistencia argentina daba lo mejor de sí para frenar el avance del usurpador británico en los montes cercanos a Puerto Argentino. Centenares de hombres, por aire, tierra, mar, miraban cara a cara a la adversidad y, con amor puro por la nación, daban sus vidas defendiendo algo que es nuestro. Mantengamos siempre la buena memoria como nación.

Por ello, considero a la educación, por medio de las artes visuales, como un medio de defensa formidable para proteger factores vitales para un país, en este caso, la soberanía nacional. Porque uno procura combatir el olvido, a la desmalvinización que se pretendió instalar por muchos años. La misión es traer al presente todas esas historias de heroísmo a través de murales, ilustraciones, esculturas, etc.

No me quiero extender mucho, cierro mencionando lo siguiente: por el legado de nuestros valientes gauchos, por nuestros centinelas espirituales que, desde el cementerio de Darwin, custodian eternamente nuestras islas, sigamos la lucha gritando, con nuestras almas, ¡viva la patria!

Aurora de acero

Mag. Raúl Amado

Director del Museo Parlamentario

En esta muestra, las imágenes no ilustran; irrumpen. No documentan; arden. Cada trazo, cada pliegue de bandera, cada sombra sobre el papel es un latido que no deja de pulsar. Estas obras acontecen. En ellas, el ser se manifiesta como gesto, decisión, sacrificio.

Aurora de acero es el nombre de esa luz que nace del sol del fuego cruzado, del frío que no vence, de la sangre que no se hiela. Es la luz que estalla cuando un hombre elige resistir, o replegarse con la bandera en los hombros, como un manto sagrado que lo niega a rendirse.

La muestra se abre con una carta: el trazo leve del grafito une el corazón del soldado con el continente. Le sigue el fragor del combate: los bravos del 25 enfrentando al invasor en San Carlos. Luego, los últimos cuerpos a cuerpo, gritando "¡viva la patria!" entre las piedras. La sangre salta con el torpedo que parte el Belgrano. Las manos médicas curan en trincheras sin nombre. Y finalmente, la imagen del soldado envuelto en su bandera, alejándose, firme, silencioso, intacto.

Porque en cada uno de estos dibujos vibra lo que no muere: el instante más valiente, el amor más allá del cuerpo, la llama que no se rinde.

Los soldados de San Martín en Malvinas II

22 de agosto de 2025





Palabras de Nicolás Kasanzew

Director de Gesta de Malvinas

Diez granaderos del Escuadrón Pringles combatieron en 1982, inclusive sufriendo heridas, pero el espíritu sanmartiniano no solo se encarnó en ellos, sino en decenas y decenas de combatientes de Malvinas. Lo vimos en la abnegación con que daban su vida para proteger al camarada. Lo vimos en el coraje con que enfrentaban a un enemigo inmensamente superior. Lo vimos en la nobleza con que trataban al enemigo que estaba en inferioridad de condiciones. Lo vimos en la profunda fe religiosa que se manifestó a cada momento, todos los días, en la guerra de Malvinas.

Y otro paralelismo: cuando los combatientes volvieron, fueron ignorados y fueron calumniados, lo mismo pasó con el Libertador. Lo más triste es que esas mentiras sobre San Martín siguen; algunas de ellas, vivas hasta el día de hoy. Pocos días atrás, en la conmemoración de un nuevo aniversario de su muerte, en un canal importante, un pseudohistoriador volvió a decir que era masón y estaba fuera de la Iglesia.

Una vieja patraña que fue desmentida por historiadores de fuste como Guillermo Furlong y Jorge Olarte, pero sobre todo fue desmentida por la permanente manifestación de fe, tanto privada como pública, del Libertador en todos los momentos de su vida. Algo que está documentado, entre otros, por un excelente trabajo del padre Pedro Giunta, aquí presente.

Hoy estamos para rendirle homenaje a ese general cristiano –como lo definiría Belgrano–, al Libertador, y a los combatientes que en 1982 le hicieron honor a su legado. ¡Malvinas, volveremos! ¡Viva la patria!





Palabras del Padre Pedro Giunta

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Jesucristo, Señor de la historia, en este día de María Reina, queremos elevar una súplica desde la Casa de las Provincias y desde aquí desplegar, ante la tierna mirada de la Virgen Madre, toda la amplitud de la geografía de la patria.

María acompañó la historia argentina desde su frágil nacimiento, bajo un cielo en pañales y un sol que todavía no entraba en leyenda, como decía Marechal. La tomó de la mano para aprender a caminar la Independencia mientras sus pequeños pies desnudos conquistaban la grandeza de los Andes. María también estuvo en soledad al pie de la Cruz del Sur, consolando en el silencio de la bruma bajo un oscuro manto de estrellas.

Ella estuvo en la forja del origen. Sabe de qué estamos hechos: conoce el linaje y el talante de nuestro pueblo; ha contemplado cómo los ríos cordilleranos desembocan en el Estrecho de San Carlos; ha visto al cóndor hacer vuelo rasante con los halcones en las gélidas aguas del Sur; y ha conocido el secreto de las semillas de heroísmo sembradas en el pedregoso suelo de los Andes que echaron raíz y fructificaron en la turba malvinera.

Por eso, Señor Todopoderoso, dirigiendo el corazón hacia nuestra Madre del Cielo, Te pedimos que bendigas estos diplomas que llevan los nombres de nuestros veteranos de guerra. Que cada vez que los contemplen experimenten la eterna gratitud de todo el pueblo argentino, se sientan convocados a recordar a sus compañeros caídos en combate y a compartir la honra de su entrega con sus amigos, camaradas y familiares. Todo esto Te lo pedimos por la especial intercesión de María de Luján, la hermosa reina que ha querido vestirse con nuestra bandera.





Palabras de Oscar Rubíes

Soldado Clase 63 VGM

Me llamo Oscar Walter Rubíes y soy un soldado conscripto del Ejército Argentino. Y digo que soy porque el que alguna vez formó parte de la Fuerza es soldado para siempre.

Fui destinado al Grupo de Artillería Aerotransportado 4, con asiento en el camino a La Calera, km 9.5, Córdoba, el 2 de febrero de 1982. Llevo en mi cabeza el símbolo de mi unidad: la boina roja con un escudo de un paracaídas cruzado por dos tubos de cañón. Para lograr usarla, son dos meses y medio de instrucción, de paracaidismo, artillería e infantería, realmente durísimos. Pero siempre acompañados por nuestros oficiales y suboficiales que jamás nos exigieron algo que no hicieran ellos primero. Aun así, tanto esfuerzo valió la pena. Tengo para toda la vida la aptitud de paracaidista y artillero de campaña, apuntador y tirador de obús Oto Melara 105 mm.

El día 23 de abril de 1982, partimos desde nuestro asiento de paz hacia las Islas Malvinas. Al igual que mis hermanos, todos fuimos voluntarios. Voluntario. Palabra que tuve que repetir cientos de veces, en distintos ámbitos, a todo tipo de personas. Sí, sí, fui voluntario. Pude elegir quedarme en el cuartel, pero junto a mis hermanos elegimos ir. Nadie nos obligó. Simplemente era un derecho nuestro poder, como soldado conscripto, como buen argentino, ir a donde la patria nos demandara. Esta fue mi primera decisión de adulto, y la mejor que tomé en mi vida.

La maldita desmalvinización llevada a cabo en nuestro país nos llamó "chicos de la guerra". Intentaron desprestigiarnos,

lastimarnos –sin importar nuestro orgullo, sin tener en cuenta nuestro compromiso–, intentando manchar con miseria la marca inocultable que nos dio el honor de tener claro qué es lo que se debe hacer, cómo cumplir con nuestro deber.

Fuimos hombres jóvenes que honramos el sagrado mandato de defender la patria y poner a disposición nuestras vidas por ella. Un alto honor que llevo como medalla en mi alma y que pretendo que quede con quienes me sucedan en esta vida. Me emociona y me llena de satisfacción tener hoy a mis hijos, a mis nietos, a mi esposa, a mi yerno, a mi familia en este salón. Ellos son mi mejor medalla, ya que ellos son profundamente malvineros y serán los que honrarán este mandato.

Llegamos el 26 de abril a las Islas. El día 1 de mayo estábamos a un kilómetro del aeropuerto, pero el 9 de mayo cambiamos a la posición final en Sapper Hill, al oeste de Puerto Argentino. Durante más de 34 días en el llano de Sapper Hill, entre el final del monte y las aguas de Puerto Argentino, soportamos bombardeos en nuestra posición, cuatro y cinco veces por noche, pero un día se terminó el soportar y llegó el momento de responder.

El 11 de junio de 1982, a las 19:30 h, tuvimos nuestra primera orden de fuego y, desde ese momento, casi sin pausas, seguimos tirando hasta el 14 de junio. Durante esos días, la cadencia de tiros de nuestros obuses era sobrepasada por el doble o más de los seis disparos que eran recomendados por el fabricante del arma. Llegamos en momentos a tirar catorce disparos por minuto.

Llegando a la medianoche del 13 de junio, empezaron las piezas de artillería a romperse. Nuestros fieles Oto Melara iban diciendo “basta” después de cumplir con creces la tarea. Pie-

za que quedaba sin funcionar hacía que los sirvientes de esas piezas pasaran a otras, que necesitaban personal, tomaban otras tareas, el traslado de municiones y tareas distintas. Nadie se iba. Y así seguimos aproximadamente hasta las 11 de la mañana del 14 de junio.

Quedamos solo veintidós soldados: dos oficiales, cinco suboficiales y quince soldados conscriptos. Para ese momento, teniendo a los británicos a 500 metros nuestro, se hacía tiro directo con una sola pieza, el último de nuestros cañones que quedaba en servicio. La última pieza.

Se preparaban las espoletas y se tiraba. Pero llegó el final que intuíamos y no nos resignábamos. El último proyectil quedó trabado en el block de cierre del obús y no tuvimos más con qué tirar. La impotencia y el dolor del alma ante la orden de repliegue hizo que yo bese el tubo del obús, me despedí y, en ese momento, supe lo que es el dolor en el alma, la desdicha y la bronca, pero no la derrota.

En el repliegue, éramos un grupo de oficiales, suboficiales y soldados conscriptos que regresaba al pueblo. En el silencio, se escuchaba el chapotear de nuestros borceguíes húmedos cuando pisábamos el asfalto mojado de la nieve derretida, y algún llanto con las esperanzas rotas, pero jamás vencido.

Nuestros jefes no nos dejaron agachar la cabeza; nos decían con dolor, pero con fuerza: «Arriba esas cabezas, somos soldados argentinos». Y no nos olvidamos de nuestra bandera, esa que habíamos llevado desde nuestro cuartel hacia las islas.

Hubo un momento de mucha tensión antes de embarcar al buque que nos traería al continente: cuando dos militares bri-



tánicos le quisieron sacar la bandera al Cabo Primero Dattoli, que la tenía en su poder, y él, a las trompadas, lo impidió. El cabo les decía que iban a tener que matarlo para sacársela. Cuando nos levantamos, se empezó a caldear el ambiente, rompiendo la tranquilidad que nos envolvía desde el final del combate. Un oficial británico se presentó y, en un perfecto español, preguntó qué pasaba; y Dattoli le explicó que debían matarnos antes de entregar nuestra bandera. El oficial observó a todos y dio la orden de que la bandera volviera a nosotros. Y volvió a nosotros.

Cada viernes más cercano al 11 de junio, luce orgullosa con sus manchas de aceite del obús y turba marinera, en la Plaza de Armas del Grupo de Artillería, como símbolo de la patria, que nunca se va a rendir, y de sus soldados, quienes la miramos con el mismo amor en que se mira a una madre y por quien se da la vida sin pensar.

Nos quisieron hacer creer que perdimos, pero nadie se sintió derrotado. Nos quisieron silenciar, pero fuimos palabra. Nos intentaron separar incluso desde alguna institución de veteranos de guerra, que también ayudó a desmalvinizar; pero terminamos siendo un puño de acero apretado. Salimos a contar a quien quisiera escuchar la verdadera historia: que Argentina tiene héroes; que Malvinas es una historia llena de actos heroicos, de valor y coraje criollo que admiró hasta el enemigo; que Malvinas es todo futuro, que mucho de nuestro futuro tiene que ver con nuestras islas.

Por eso, desde hace muchos años, los veteranos de guerra van por las escuelas, universidades, organizaciones y grupos sociales a contar la verdadera historia. Y hoy, después de

tanta lucha por la verdad, el pueblo empieza a saber –y entiende– que Argentina tiene un corazón y sabe que vive, que late con fuerza y vigor. Ese corazón está en el cementerio militar argentino de Puerto Darwin, donde están de guardia nuestros héroes nacionales contemporáneos, ellos que nos dan el ejemplo, habiendo honrado las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, el cual decía que «no hay amor más grande en un hombre que el de aquel que esté dispuesto a dar la vida por un amigo». Ellos la dieron. Algunos dimos algo; ellos lo dieron todo. Allí, donde ellos siguen de guardia, vive el corazón de Argentina.

Y así le estamos ganando a 43 años de desmalvinización. Le ganamos a tanto derrotismo y a la intención de dejarnos en la orfandad de héroes.

Porque solo se pierde lo que se olvida, lo que se deja de amar. Y nosotros queremos dejar un mensaje de amor a nuestra tierra. Por eso, y hasta el último suspiro de nuestras vidas, veteranos de guerra, argentinos de bien, nosotros no olvidamos, no perdonamos, no negociamos.

Que lo sepa el enemigo; hay fusiles con memoria, voces que no se callan, plazas que no se rinden y varones que no desertan.

Por último, permítanme poner en mis palabras ese sentir de todos los veteranos de guerra, permítanme esa osadía: lo decimos y lo juramos...

Lo volveríamos a hacer.

Señoras y señores, viva la patria.



Palabras de Oscar Felman

Suboficial Segundo (R) VGM

Yo creo –y lo digo con seguridad, sin temor a equivocarme–, que a aquel que pueda estar en mi lugar seguro que le tiemblan la voz. Y espero que la emoción que siento en este momento no me traicione: emoción de poder recibir un diploma de honor y contar con invitados especiales, familiares míos, amistades, personal de jerarquía de la unidad del submarino ARA Santa Fe.

Quiero recordar a aquel joven capitán, el más joven de todos los comandantes de la Fuerza de Submarinos, el señor Horacio Bicain; a mi querido jefe de armamento, el cual hoy es un orgulloso almirante. También al joven Bustamante, fusilero del grupo que formamos en la torreta. Además, al Suboficial Bertorello, quien –en ese momento era cabo segundo– cuando yo llego de Misiones en estado salvaje, él me enseñó a caminar sobre la cubierta de un barreminas llamado Tierra del Fuego.

Quiero nombrar a Alicia Cristina, mi querida esposa, mujer que me soportó el primer tiempo de la posguerra, la parte más dura, cuando fuimos abandonados por nuestras Fuerzas y debías arreglarte como podías. Ella hizo de médica; me curó con los medicamentos que podía conseguir. También quiero mencionar a mi querida hija, Karina Lorena. Quedarían muchísimos por nombrar.

El submarino no está preparado para repeler ataques de aeronaves; sin embargo, cuando fuimos atacados por helicópteros de los ingleses, ahí primó el significado de la palabra *supervivencia*, el deseo de prolongar la vida.

Estábamos saliendo de la Caleta Vago cuando aparece, por nuestra popa, a muy baja velocidad, el primer helicóptero. Estábamos el comandante, el segundo comandante –quienes se encontraban en la parte superior de la vela–, el oficial de guardia –en la banda de babor planero, también en inmersión– y yo como vigía, el más antiguo del grupo.

Como vigía, tenía la misión –en ese momento designado por el Teniente Argañaraz– de cubrir de 90° a 180°. Después de 8 o 9 años de ser vigía, uno tiene claro qué es el mar y lo que no; veo una cosa que no era el mar. A veces los prismáticos también te traicionan, pero agudizo la vista y observo al helicóptero. Al instante, grito de manera desaforada: «Helicóptero a popa». Al hacerlo, el Teniente Argañaraz acciona la alarma de colisión. Cuando se acciona aquella alarma, se cierran todas las aberturas del submarino.

Cuando nosotros comenzábamos a hacer el curso, nos decían: «Señores, ustedes van a hacer el curso del ataúd de acero –que eso es real– y, cuando la unidad está navegando en superficie y por cualquier motivo el submarino tiene que ir a inmersión por una emergencia, los tres hombres de arriba quedan y mueren». Cuando se aproxima el helicóptero, la aleta –la parte de atrás– nos cruza la popa, y lanza dos cilindros, grité: «Torpedo».

Dos bombas le pegaron al tanque llamado “de seguridad”, el cual tiene el mismo espesor que el casco resistente y, cuando debe aumentar su volumen y disminuir el peso del submarino, es soplado con aire de 3.000 libras. Al observar aquello, buscamos protección: todas las escotillas estaban cerradas, por lo que empezamos a zapatear para que nos abran, pero nadie lo iba a hacer. Entonces digo: «Vamos a vivir un ratito más».

Nuevamente, fuimos a la parte superior y cruzamos por el camino de la vela hacia la parte de comando, ahí le grito al comandante: «Señor, vamos a traer fusiles». «Adelante, gringo». Todo el personal agarrando y cargando municiones. El comandante nos gritaba que los gringos venían. Fuimos a intentar que los helicópteros no tomaran nuestra vertical, ya que la única forma de destruirnos era tirándonos bombas. Los misiles que nos tiraban podían llegar a traspasar los tanques de lastres, pero no pasaban el casco resistente. Así fue que el comandante dio la orden de caer todo hacia una banda y regresar hacia la zona donde habíamos estado desembarcando en las Georgias.

Le agradezco al comandante de que nos haya traído con vida al continente. Por otro lado, no voy a pedir un “viva la patria” como el señor Kasanzew. Solo quiero hacer un pedido: no olvidemos a nuestros muertos, a los muertos de Malvinas; no olvidemos a los muertos del Crucero Belgrano; no olvidemos a nuestros colegas submarinistas que están en patrulla eterna. Porque el permitir olvidarlos es matarlos dos veces.



Palabras de Carlos Perona

Brigadier (R) VGM

Dijo nuestro Padre de la Patria: «Juremos no dejar las armas hasta ver el país enteramente libre, o morir con ellas como hombres de coraje».

Cuando un soldado jura lealtad a su patria, lo hace con la plena conciencia de que ese compromiso puede exigirle, llegado el momento, la entrega de su propia vida. Este juramento no es una fórmula vacía, es un pacto de honor que se lleva grabado en el alma.

En 1982, en las Islas Malvinas, tuve el privilegio y la responsabilidad de honrar ese compromiso, junto a hombres y mujeres de nuestra Fuerza Aérea Argentina, que mostraron, en cada acción, integridad, coraje y entrega sin reservas.

Más allá de los rangos y funciones, fuimos un solo equipo, unidos por un objetivo común: cumplir con nuestro deber hacia la nación. Cada misión, cada esfuerzo, cada sacrificio, fue posible gracias a la profesionalidad, la lealtad, el coraje y el espíritu de cuerpo que nos sostuvo en los días más difíciles.

Recibo y recibimos esta distinción –creo yo– con la más absoluta humildad como un reconocimiento no solo personal, sino también hacia todos los camaradas, a mis hermanos en armas que compartieron aquel tiempo de sangre, fuego y honor. A ellos, a la memoria de los que no regresaron y a mi familia, dedico estas palabras y este momento tan especial. Un soldado no muere en batalla, muere cuando su patria lo olvida.





Palabras de Elsa Mosto

Hermana del caído Soldado Carlos Gustavo Mosto

Quiero comenzar agradeciendo esta invitación porque significa un momento muy importante para honrar la memoria de mi hermano Carlos Gustavo Mosto, quien entregó su vida en defensa de nuestras Islas Malvinas.

En unas breves palabras, intentaré compartir con ustedes parte de su historia, no solo como combatiente, sino también como hijo, hermano y amigo. Carlitos fue un joven con sueños, con visiones y valores que siguen iluminando nuestro presente.

Nació en Gualeguaychú, Entre Ríos, el 22 de marzo de 1959. Creció en una familia unida, hijo de Héctor Alfonso Mosto y de Blanca Lila Alberto. Éramos seis hermanos: Atilio, Hugo, Oscar, Cristina, Carlitos y yo, María Elsa. Cursó la primaria y secundaria en la Escuela Normal "Olegario V. Andrade", donde también se recibió de Bachiller en Ciencias Biológicas en 1976. Al año siguiente, inició la carrera de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata. Quienes lo conocieron lo recuerdan como un joven responsable, solidario, carismático, siempre alegre, con una profunda fe y un fuerte compromiso con los demás.

En 1981 cumplió el servicio militar en La Plata, en la Brigada de Infantería Mecanizada X. Cuando el 2 de abril de 1982 se recuperan las Malvinas, Carlitos se encontraba en Gualeguaychú. Sin embargo, ante el inicio del conflicto, tomó la decisión de presentarse voluntariamente en su unidad para ponerse a disposición. El 16 de abril partió rumbo a Río Gallegos y poco después a las Islas.

En las Islas Malvinas, sus compañeros lo llamaban con cariño “el curita” o “el ángel de los pozos”, porque siempre llevaba consigo una Biblia. Y cuando alguien estaba mal, él se acercaba a leerle la palabra de Dios, alentándolo y dándole fuerzas. Además, gracias a los cuatro años de Medicina que había cursado, ayudaba a quienes sufrían heridas en combate.

Estuvo en Puerto Argentino y luego fue trasladado a Moody Brook, antiguo cuartel de los Royal Marines. Era un terreno hostil, de frío, con mucha lluvia y vientos constantes. Pero aún allí, Carlitos sostenía a sus compañeros, recordándoles que, cuando faltaran las fuerzas, había que buscarlas en Dios.

El 11 de junio de 1982, durante un ataque aéreo británico al cuartel donde se encontraba, Carlitos entregó lo más valioso que una persona puede dar por la patria: su vida. Desde entonces se convirtió en un héroe para su familia, para su ciudad y para cada argentino.

Durante 35 años su tumba, en el cementerio argentino de las Islas Malvinas, llevó una placa con la siguiente frase: «Soldado argentino solo conocido por Dios». Gracias al Proyecto Humanitario del Comité Internacional de la Cruz Roja, en el año 2017, sus restos fueron localizados y esa placa fue reemplazada por la que actualmente lleva su nombre: «Carlos Gustavo Mosto».

Carlitos nos dejó palabras que hoy son legado. En sus cartas, escritas en medio del dolor y la incertidumbre de la guerra, nunca faltaban el amor, la fortaleza y la fe. Estos son algunos fragmentos de las cartas que él mandaba:

«... es importante saber que Dios está siempre contigo dándote tranquilidad y que no estás solo...».

«... rezo el rosario todos los días para que no ocurran más bajas de ningún lado...»

«... no siento odio, pues ellos también son seres humanos y, por obra y gracia de Dios, hermanos nuestros. No tengo miedo. Si me toca morir por Dios y por mi patria, me siento feliz...».

«... no solo recen por mí, sino también por mi hermano inglés, que tiene padre, hermanos, hijo y esposa...».

«... ahora estoy arrodillado ante nuestro Señor y acepto su voluntad, sea cual sea. Solo pido que mis padres y hermanos aprendan a vivir sin mí...».

«Yo, desde un principio, hablé con Dios para ponerme a su voluntad que Él disponga de mi vida en esta guerra, pero sí le pedí por mis viejos para que les dé tranquilidad y resignación por si llegara a pasarme algo. Yo estoy tranquilo y sin miedo».

Y a nosotros, en unas cartas a los hermanos, nos mandaba estos mensajes:

«Sus sueños se van a hacer realidad, porque ustedes tienen todo dentro de cada uno para hacerlo posible, pero siempre juntos. Esa es la verdad. Y siempre agradeciendo a Dios lo que Él les da...».«Recen juntos, cumplan con Dios y den amor a sus hijos».

«Acepten las pruebas con alegría y sin rebeldía, que la felicidad va a ser mayor».

«Formen una familia, háganlo con amor, y recuerden que cada uno de ustedes constituye otra».

«Luchen, hermanos, que es la única verdad, pero siempre recordando que son cristianos».

Y quiero cerrar con este último fragmento, que resume su espíritu y su entrega:

«... nunca vi tan hermosa mi bandera como cuando la vi en Malvinas por primera vez...».

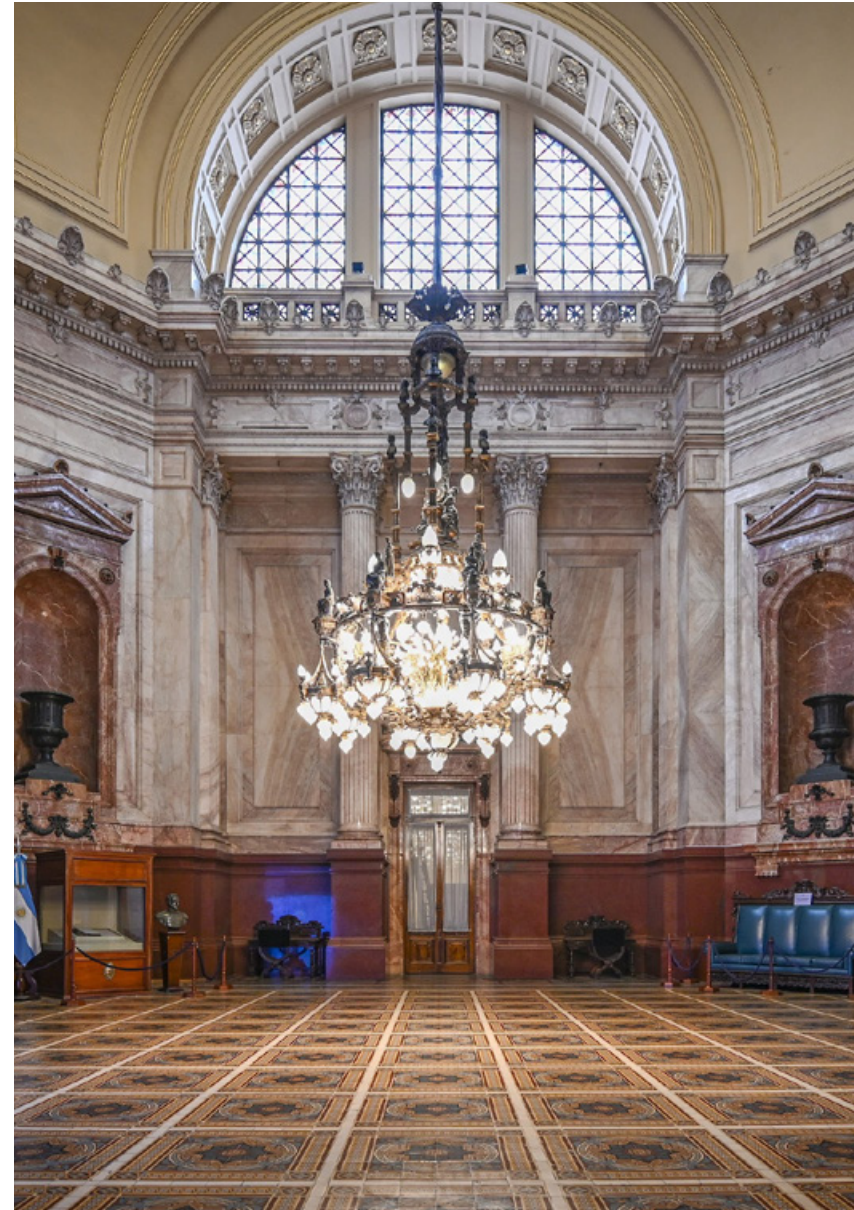
Este testimonio nos deja una enseñanza de amor y orgullo hacia nuestra patria, la misma por la que él entregó su vida. Él amó su bandera, él amó Malvinas, él amó Argentina, y por eso entregó su vida.

Quiero pedirles a todos un fuerte aplauso para todos los héroes que quedaron en Malvinas, que son los que están custodiando nuestras tierras y las que cubren esas Malvinas que tanto amamos con la bandera argentina. Un fuerte aplauso para los que cayeron en la tierra, en el mar y en el aire.

Viva la patria, viva la patria.

Viva Malvinas. Fueron, son y serán argentinas.

Carlitos es quien se merece ese diploma de honor y todos los honores porque dio lo más valioso que tenemos cada uno de nosotros: la vida. Y la dio por su patria que tanto amó.







Palabras de José Rodolfo Baneta

Coronel (R) VGM

Después de todo lo que he escuchado, le quiero decir algunas palabras a mi Soldado, Carlos Gustavo Mosto de la clase 59, quien, en noviembre de 1981, se fue de baja por ser el mejor soldado de la unidad.

Hizo el servicio militar con la clase 62 por tener prórroga, porque era un estudiante de Medicina. Cuando comenzamos a llamar a esta clase –que estaba de baja– para ir a nuestras Malvinas, el primero que se presenta es Mosto, a quien personalmente le digo que él no iba. Me perseguía por todo el comando, diciéndome que él quería ir porque sabía algo de medicina y quizás nos podía ayudar.

Le dije varias veces que no iba a ir, pero fue tan insistente, que fui a ver a nuestro comandante, el General Jofre, a quien le expliqué la situación y me dijo: «Lo llevamos». Cuando le informé que iba, me abrazó porque estaba feliz y orgulloso de ir a nuestras Islas. Desde nuestra llegada, se dedicó a contener, escuchar y, sobre todo, a ayudar a sus camaradas, no solamente a los soldados, sino también a los oficiales y suboficiales.

Como ya mencionó su hermana, le decían “el curita” porque siempre estaba ayudando y hablando con la palabra de Dios. Se preocupaba desde el primero hasta el último de sus camaradas; era un verdadero ángel.

A pesar de que tenía prohibido ingresar al cuartel, el 11 de junio de 1982, ingresó para buscar azúcar, para darles algo caliente a sus amigos y a algunos heridos que teníamos, y ha-

cerles mate cocido. Y allí, aproximadamente a las 14:30 h, fue su último destino. Dios, nuestro Señor, tenía otros planes para él, para Indino y para Rodríguez: se los llevó por ser ángeles.

Carlitos siempre vivirá en nuestros corazones por su lealtad, por su humanidad y, sobre todo, por su gran corazón.

Sos un verdadero héroe para todos nosotros, especialmente para mí, que aún siento tu partida como si fuera hoy. Dios me dio la gracia de conocer a tu bella familia y, hasta el día de hoy, me hiciste sentirla como la mía.

Carlitos, gracias por ser tan buen maestro, optimista y, sobre todo, un maravilloso ser humano. El 11 de junio de 1982 se fueron tres ángeles, y uno eras vos.

Tu Mayor.





El tenor Diego Parrillo interpreta el himno nacional



Soldados de la turba, héroes de la patria

Mag. Raúl Amado

Director del Museo Parlamentario

Las Islas Malvinas fueron escenario de una gesta en la que bravos soldados argentinos resistieron con coraje en las entrañas mismas de la turba malvinense. Allí, entre el frío, la soledad y el fuego enemigo, supieron dejar testimonio de un amor sin condiciones por la patria.

Las obras de José Garay, realizadas en grafito y óleo, recuperan esas escenas con la fuerza de la memoria visual: rostros endurecidos por la guerra, cuerpos exhaustos que aún sostienen la esperanza, combates nocturnos, vuelos rasantes, camaradas que se apoyan en medio de la adversidad. Cada trazo reconstruye una épica silenciosa que sigue latiendo en la memoria nacional.

Este recorrido invita a mirar a los protagonistas en su dimensión humana y heroica, mostrando la crudeza de la guerra, el sacrificio y el temple de quienes enfrentaron la adversidad en nombre de un ideal mayor.

En la turba malvinense, donde se hundieron sus botas y se derramó su sangre, los soldados argentinos se hicieron héroes. Esta muestra es un homenaje a ellos: a los que volvieron con las huellas del combate y a los que quedaron custodiando la tierra irredenta.





Malvinas, una nueva Vuelta de Obligado II

17 de noviembre de 2025





Palabras de Nicolás Kasanzew

Director de Gesta de Malvinas

Entre los muchos paralelos que se pueden trazar entre la batalla de la Vuelta de Obligado y la guerra de Malvinas, está el hecho innegable que ambas batallas tuvieron el apoyo completo de la población, del pueblo de la nación.

Así como a la par de las tropas regulares de Mansilla combatían contingentes de gauchos en la Vuelta de Obligado, en la guerra de Malvinas, 200.000 civiles se anotaron de voluntarios. Entre ellos, había pilotos de avionetas que se ofrecían a lanzarse como kamikazes contra la flota; había lisiados en sillas de ruedas; había periodistas; había desde jóvenes de 16 y 17 años a celebridades como el gran Luis Landriscina. No los dejaron ir al frente y, aun así, 18 civiles entregaron sus vidas en la guerra de Malvinas.

Humildemente, tuve la oportunidad de disparar un cañón contra los británicos, lo cual de ninguna manera me convierte en combatiente, pero quiero pensar que representó lo que hubieran querido hacer aquellos 200.000 civiles.

Después de la guerra, el jefe de la batería –que me hizo el enorme honor de dejarme tirar ese obús– me dijo: «Te voy a explicar por qué te dejé tirar. Porque esta no era una guerra entre el ejército argentino y el ejército británico, sino que era una guerra entre la nación argentina y la nación británica. Y, según nuestra ley, todo argentino está obligado a armarse en defensa de su país». Consecuentemente, nosotros, los civiles, si la patria lo vuelve a requerir, volveremos a armarnos.

Malvinas, volveremos, ¡viva la patria!





Palabras del Padre Pedro Giunta

Jesucristo, Señor de las naciones, Tú nos has regalado el don de nuestra patria. Hoy queremos hacer eco de Tu Evangelio y asumir con convicción esta certeza: así como al hombre la verdad lo hace libre; a un pueblo, la verdad lo hace soberano.

En la antesala del Día de la Soberanía Nacional, Te suplicamos, Señor, la valentía para asumir la verdad de la gesta de Malvinas. Porque es verdad que las Malvinas son un reto y sus muertos, los laureles del orgullo de su pueblo. Es verdad que hay tumbas sin dolientes y cruces con nombres argentinos. Es verdad que a los nuestros, nuestros muertos, los inquieta el rumor de la lengua extraña, y hay un llanto de familia que se apaga en la distancia. Es verdad que nos falta reparar para sanar la distracción y el olvido de un pueblo adolescente. En este día, queremos ejercitar la honra para abrazar esta verdad que nos da soberanía.

Por eso, Señor Todopoderoso, queremos que bendigas estos diplomas, que llevan los nombres de nuestros veteranos de guerra y de aquellos que arriesgaron su vida por la causa de Malvinas; que cada vez que los contemplen experimenten la gratitud eterna de todo el pueblo argentino, se sientan convocados a recordar a sus compañeros caídos en combate y a compartir la nobleza de su entrega con sus amigos, camaradas y familiares.

Todo esto Te lo pedimos por intercesión de María, nuestra Madre, la hermosa soberana que ha querido vestirse con nuestra bandera. Amén.



El barítono Nicolás Iwaszewicz interpreta el himno nacional



Palabras de Leonardo Héctor Rondi

Soldado Clase 60 VGM

Tengo el honor de asistir a este acto y de recibir en vida este diploma acompañado por familiares, amigos y compañeros de batalla y de trinchera, como el Coronel Castañeda.

No siento esto como algo personal, sino como un homenaje para todos los veteranos de la guerra de Malvinas y, sobre todo, para todos los caídos en combate.

Tengo siempre en mi mente las imágenes de la guerra, sobre todo las de aquella noche del combate de monte Longdon, en el cual nuestro Regimiento 7 defendió las posiciones hasta lo último posible y en el que nuestra 1ª Sección de la Compañía C llevó a cabo el ataque nocturno al mando del Coronel Castañeda.

Un sentido recuerdo y estas simples palabras de este soldado para honrar la sangre derramada de mis compañeros defendiendo la bandera.

Juramos defender la patria un 20 de junio y lo hicimos en Malvinas con honor y coraje hasta donde pudimos.

Honor y gloria para los caídos por la patria.

Que descansen en paz.





Palabras de Fernando Santos

Capitán de Navío (R) VGM

Realmente estoy muy emocionado al ver veteranos de guerra de Malvinas que compartieron con nosotros la larga travesía del buque Bahía Paraíso.

Nuestro comandante, el Capitán de Fragata Ismael Jorge García, que espero que, desde el más allá, nos esté viendo, fue el conductor, el guía, el común denominador de nuestras inquietudes y de nuestros interrogantes. Él siempre le decía a todo el equipo del buque que debían seguir el lema: «Trabajo en equipo, espíritu de cuerpo y confianza».

El Bahía Paraíso operó desde el 22 de marzo hasta el 27 de junio en la gesta de Malvinas de 1982. La experiencia fue siempre silenciosa y, en la guerra, todos aprendimos. Era un buque logístico y tuvo que cumplir misiones de alto riesgo. Gracias a Dios, a la suerte de la vida y al gran profesionalismo de nuestro comandante, nos llevó a buen puerto.

De ser un buque antártico pasó a ser un buque de apoyo logístico en las Georgias. Allí tres héroes combatientes dieron su vida por la patria: Cabo Primero Guanca y los Conscriptos Águila y Almonacid. Se produjo la baja del helicóptero del Ejército Argentino y sufrió fuertes averías de nuestro buque de guerra.

Recepcionó y trasladó 36 prisioneros ingleses (22 marines y 14 científicos). Convivimos 10 días con los ingleses y se cumplieron todas las normas de prisioneros de guerra de la Convención de Ginebra.

En Comodoro Rivadavia, trasladamos a los helicópteros de menor porte del Ejército Argentino y se realizó un puente logístico móvil entre Comodoro Rivadavia y las Islas Malvinas. Sorteamos dos veces la zona de exclusión enmarcada por el Reino Unido, pero teníamos una gran garantía: los prisioneros ingleses estaban embarcados en el Bahía Paraíso.

En Malvinas cumplimos tareas humanitarias y el acontecimiento más emotivo fue el rescate de los sobrevivientes del Crucero General Belgrano. Nosotros palpamos, en primera mano, lo que un marino siente cuando abandona el buque ante las explosiones e incendios, y tener que rápidamente sobreponerse y sobrellevar una inesperada supervivencia en un mar muy agresivo. Nosotros rescatamos a los sobrevivientes que más días estuvieron en el mar, los que más frío sufrieron y los que más alejados estaban del punto del hundimiento. Algunos fueron rescatados a 100 km de distancia, ya navegaban hacia la Antártida Argentina.

En Malvinas, la tarea principal era extraer a los heridos. La sanidad en combate realizó 234 prácticas médicas, 45 intervenciones quirúrgicas y 2.400 revisiones médicas a nuestros combatientes. Fue un Buque Hospital de palabra mayor.

También cumplimos tareas logísticas. No debemos olvidar a todos los equipos de trabajo que, en el continente, realizaban tareas para nuestros combatientes. Siento orgullo de mis compañeros contadores e ingenieros que confeccionaron las raciones RAMOA (Raciones Múltiples de Operaciones Avanzadas). Nosotros llevamos las primeras 100 cajas que contenían 25 raciones cada una. ¡Cómo olvidar a los ingenieros y bioquímicos que confeccionaron los purificadores de agua! Lleva-

mos los primeros purificadores para los combatientes en las trincheras; estos hacían 25 litros de agua cada uno.

Por último, la gran experiencia fue el repliegue de nuestros combatientes. Si bien nuestros combatientes replegados traían dentro de la mochila las consecuencias de una guerra en un teatro de operaciones difícil, ellos siempre nos comentaron que, a pesar de todas las limitaciones que se presentaron en el terreno, querían volver a combatir. Esta acción impactó de lleno en toda la dotación. De primera mano, estábamos escuchando el valor puesto de manifiesto en el combate. Nos sentíamos orgullosos de ellos y le brindamos todo. El primer repliegue fue a Punta Quilla (Santa Cruz) con 1.800 soldados (teníamos capacidad para 300 hombres) y, en el segundo repliegue, a Puerto Belgrano con 600 soldados.

¡Cómo olvidar a esos valientes soldados! A medida que embarcaban, le dábamos un baño caliente en la pileta de acero inoxidable de la sanidad en combate, una muda de ropa, un equipo de combate nuevo, rancho caliente y se iban a acostar. Ya sentían que estaban en suelo argentino y siempre repetían: «¡Queremos volver a Malvinas!».

Agradezco a Nicolás por esta invitación. Además, quiero agradecerles a mis compañeros del Bahía Paraíso: al doctor Osette, al Suboficial Mayor Lara, al Cabo Bustamante y al Conscripto Pino Gardela.

Muchas gracias a todos, muchas gracias combatientes, felicitaciones al grupo de veteranos de guerra que está llevando a cabo el proyecto “Malvinas Educación y Valores”, y ¡viva la patria!



Palabras de Guillermo Adolfo Donadille

Brigadier Mayor (R) VGM

En lo personal, esta reunión aviva el recuerdo de que alguna vez uno formó parte de un grupo de gente que llegó a ser considerado una hermandad en el honor; hermandad que, en el cielo infinito de la patria, supo empeñarse sin mezquindad en resguardar su soberanía, y que, a no dudar, más allá de la satisfacción personal que implica servir a la patria, lo demostrado resulta un incentivo para los jóvenes que hoy transitan por igual camino.

El nombre del evento que hoy nos congrega, “Malvinas, una nueva Vuelta de Obligado”, me da pie para hacer algunas comparaciones y sacar una que otra conclusión. El 20 de noviembre de 1845, y exhibiendo una tecnología de punta para aquella época, entre otros aspectos, se utilizaron navíos impulsados por vapor. Gran Bretaña y Francia obtuvieron una victoria sobre las tropas nacionales en el combate de la Vuelta de Obligado. No obstante, el heroísmo con que nuestras tropas defendieron el territorio quedó registrado tanto en nuestra historia como en la de los oponentes.

La intervención anglo-francesa de aquella época poseía claros motivos económicos y estratégicos: expandir sus mercados e implantar un “Estado Tapón” que favorezca sus pretensiones de libre navegación en los grandes ríos de la Argentina.

147 años después, los motivos que nos llevaron a un nuevo enfrentamiento con los británicos fueron bastantes similares: petróleo, pesca, control de la comunicación bioceánica, el *lobby* de la Falkland Island Company, etc.

Clausewitz, entre otras definiciones, expresa que la guerra es «un choque violento de voluntades», destacando en dicha afirmación la energía de lucha que deben poseer las organizaciones armadas, actitud que es necesario que prevalezca por sobre la capacidad material, mayor o menor, que se posea con respecto al oponente.

Si alguien tiene dudas de la validez de este concepto, debería preguntar a los británicos «si resultó un paseo» la venida de la Fuerza de Tareas 317 al Atlántico Sur. Estimo que en esto no hay discusiones, pues es bastante lo que, a través de los años, ellos mismos están dejando trascender.

No obstante, y salvando las diferencias entre las nociones de valor y temeridad, deseo enfatizar a los presentes que no conocí, en mi Fuerza Aérea durante esos días de prueba, a nadie con alegría por tener que enfrentar a un enemigo materialmente superior y ayudado por la primera superpotencia del planeta; pero sí vi a mucha gente encarar el desafío con gran dignidad y voluntad de combate, a pesar de las diferencias en contra.

Dijo San Juan Pablo II: «Que nadie se haga ilusiones de que la simple ausencia de guerra sea sinónimo de una paz verdadera, si dicha situación no viene acompañada de equidad, verdad, justicia y de solidaridad». La crónica mundial insinuó, en su momento, que las sustantivaciones del pontífice no tenían demasiada relevancia, opacadas por los intereses de progreso y convivencia entre los pueblos del planeta. Mas, ese optimista punto de vista parece confrontar lo expresado por el Papa a pesar de que, en reiteradas ocasiones, la realidad de los hechos indicó otra cosa.

Se entiende que el bien común de una nación constituye un objetivo permanente a conseguir y mantener; es decir, es un esfuerzo nacional que no tiene fin; y su constante búsqueda resulta la verdadera razón de ser de la existencia de un Estado y su estructura de gobierno. Esto a veces se olvida o no es comprendido.

Desde muy joven, tengo en mi memoria la dedicatoria de un libro que fue uno de los artífices de haber yo ingresado en la Fuerza Aérea Argentina. Se trata de uno de los libros de Pierre Clostermann, destacado piloto francés de la Segunda Guerra Mundial. Su título es *Fuego del Cielo*, cuya primera edición apareció en nuestro país allá por 1953. La dedicatoria de la obra está dirigida a los aviadores, pero estimo que la misma cabe también a los miembros de nuestro Ejército Argentino y nuestra Armada Nacional. Esta dedicatoria expresa: «A mis camaradas aviadores, muertos por borrar culpas viejas que no les pertenecían. A aquellos que quizás todavía tengan que pagar culpas nuevas y, sin embargo, siempre las mismas, de los Grandes que no quieren creer en las enseñanzas del pasado».

Por si hace falta aclarar, cuando Clostermann menciona “los Grandes”, se refiere a los máximos líderes políticos. Según lo expresado, agrego: si se cree que, en Argentina, la Defensa es una cuestión de última prioridad, dado que los desprevenidos, o malintencionados, no evidencian amenaza alguna en el corto, mediano o largo plazo sobre la patria, sus bienes y la sociedad que la compone, me permito expresar que se está cometiendo un grueso error.

Para quienes piensan de esta manera, es aconsejable que releen la Disposición Transitoria Primera de nuestra Constitución

Nacional, en donde la Nación Argentina ratifica su legítima e imprescriptible soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias y Sándwichs del Sur, y los espacios marítimos e insulares correspondientes, por ser partes de nuestro territorio nacional. Leo la parte final de esta disposición: «La recuperación de estos territorios y espacios marinos constituyen un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino». Reitero esto último: constituyen un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino. Entiendo que la gran mayoría de los argentinos esperamos que se completen y practiquen las políticas necesarias, para encaminar las acciones hacia este objetivo, indicado por la Constitución Nacional.

Señores, señoras, muchas gracias por su atención, me siento honrado por ella. Pero es más reconfortante aún para mí, entender que, con la práctica reiterada de esta clase de reuniones, de una u otra forma, se mantiene vigente el recuerdo y ejemplo de los que no volvieron en 1982.







Palabras de Luis Landriscina

Actor y voluntario

Los veteranos de guerra son parte de nuestra preocupación y, también, que la gesta de Malvinas no pase al olvido, sino que quede en las escuelas, en el secundario y en los niveles terciarios.

Estoy acá como voluntario. Mucha gente no sabe esto. Los dos primeros que nos anotamos para ir a Malvinas fuimos el señor Eduardo Falú y el que suscribe, para ir a actuar para los soldados que todavía no sabían en qué pozo del zorro iban a estar o en qué lugar de las Islas iban a estar, o en qué playa de desembarco.

Como pasaban los días y no nos llamaban, con Falú fuimos al Estado Mayor Conjunto y nos dijeron: «No los llamamos porque la Inteligencia de nuestras Fuerzas ya sabe que los ingleses tienen dominio sobre el aire y el mar. Y, si bajan un avión nuestro o hunden un barco nuestro, nosotros estamos para eso, porque estamos peleando con ellos. Pero si en ese cruce, en el que ustedes están un rato con los soldados y le alegran un momento la vida o le dan un poco más de ánimo, nos bajan a dos artistas populares, no sabríamos cómo explicar esto a los argentinos». Y así quedó la cosa.

Falú ya no está entre nosotros, pero quiero que lo recordemos porque, en ese entonces, con 43 años menos, él tenía el mismo entusiasmo que uno de los tantos oficiales que querían ir a saldar una cuenta que empezó en la escuela primaria.

¿Por qué el pueblo estaba a favor de esto? Porque en la primaria, desde el famoso primero infantil –todavía no había escuela de jardín, salvo en algunas instituciones privadas de

alguna colectividad—, ya nos enseñaban que, desde 1833, los ingleses nos habían robado las islas.

Da la casualidad —el otro día estuve enterándome— de que, en el mismo año, los indios mapuches se cruzaron desde Chile para ese lado. El jefe de ellos le mandó una carta al presidente de ese entonces. Éramos un país soberano y ellos venían disparando porque había una guerra entre tribus y Chile, y el que perdía moría. Se escaparon para acá, pero también fueron los que pasaban el ganado para Chile. Los militares saben muy bien eso. Por eso, Roca fue a marcar cuál era la frontera.

Los veteranos me habrán escuchado en más de un reportaje. En diciembre cumpla 90 años y le sigo pidiendo a Dios un poquito más, pero que no me afloje acá, que siga teniendo lucidez. Tengo dos grandes preocupaciones: la Fundación Favalaro y los veteranos de guerra. Y lo vuelvo a ratificar en este lugar, donde ustedes están siendo homenajeados. Además, cuenten con que el pueblo los está homenajear, ya que estuvieron bastante tiempo escondidos. Gracias por lo que les debemos y, como le dije una vez a un periodista un 2 de abril: que a nadie se le ocurra hablar de repatriar a nuestros muertos, porque están en su territorio; ellos están en nuestro país. Las Malvinas son argentinas y algún día va a volver a flamear la celeste y blanca.





Palabras de Horacio Mir González

Brigadier (R) VGM

Agradezco, por supuesto, al Senado de la Nación que permanentemente, en estas ceremonias, homenajea a todos los veteranos de la guerra de Malvinas; y también a Kasanzew, que es el que lleva diariamente esta tarea.

La señora locutora ha explicado sucintamente cuál fue la misión del Capitán *post mortem* José Leónidas Ardiles. Tengo el honor de resaltar la diferencia que representó para todo el escuadrón que estaba desplegado en la base aeronaval de Río Grande, perteneciente a la VI Brigada Aérea de Tandil, el cual volaba aviones M5 Dagger.

El 1 de mayo, la Fuerza Aérea lo llama, después de todos estos años, nuestro Bautismo de Fuego de la Fuerza Aérea. Ese día desde la madrugada, los aviones británicos comenzaron a bombardear el Puerto Argentino, y la Fuerza Aérea Sur, cuyo comando estaba en Comodoro Rivadavia, ordena, a las bases de los aviones de combate, desplegar en misiones de cobertura aérea defensiva para tratar de hacer que los aviones Harrier, que estaban bombardeando las Islas, se retiraran.

En una guerra, siempre hay sorpresas. La sorpresa fue que los aviones Harrier estaban con dotación de armamento de última generación: los misiles Aire-Aire y Sidewinder 9M.

Así llegó la tarde donde la sección, que estaba integrada como numeral por ese entonces el Primer Teniente José Leónidas Ardiles, tuvo que salir a cumplir su misión. Unos minutos antes, en pleno carreteo para despegar, el jefe de los dos aviones

tuvo una falla muy importante que le impide, bajo todo concepto, salir, despegar y cumplir la misión.

Y entonces, en esos segundos para cumplir la misión, el comando de la Fuerza Aérea Sur ordena que el Primer Teniente Ardiles salga a cumplir la misión solo. Imagínense a un piloto profesional y primer teniente en su primera misión, teniendo que salir y cruzar, en 45 o 50 minutos, en solitario, parte del Atlántico Sur, sabiendo que, si tenía un inconveniente, nadie lo iba a rescatar en las aguas heladas del Atlántico e iba a morir a los pocos minutos.

Tenía que llegar sin poder hablar, ya que, de lo contrario, el enemigo lo esperaría. Cuando llega sobre las Islas, en altura, recién ahí se pone en contacto con el radar de Puerto Argentino que lo detecta. El radar nos guiaba para tratar de orientarnos a donde estaban las patrullas de los Harrier enemigos.

El radar guía al primer teniente para interceptar, y le dice inicialmente que tiene un Harrier; Ardiles va a su interceptación. El primer teniente se comunica con el radar y le dice que lo tiene a la vista, que iba a intentar interceptar y derribarlo con sus misiles de primera generación. Entonces, cuando está por hacer su descenso operativo, recibe la última novedad del radar: «No es un Harrier, son dos Harrier».

Ahí piensen lo que es un profesional. Hoy estamos acá conmemorando lo que es la Vuelta de Obligado, que fue con inferioridad de condiciones que tuvieron nuestros patriotas. Ellos no pensaron que estaban contra potencias como Inglaterra y Francia ni que estaban contra buques a vapor; ellos combatieron igual porque es lo que tenían que hacer.

Y fue lo que hizo el Primer Teniente Leónidas Ardiles. Fue y tiró sus misiles, que no dieron en el blanco, porque esos aviones tenían elementos de última generación de guerra contra electrónica. No dio en el blanco, pero a él sí le pegaron: fue derribado por un misil, no se pudo eyectar y cayó en la isla.

Gracias a la posibilidad que me da hoy la familia de Ardiles de permitirme estas palabras, quiero marcar lo que toda la vida le enseñó la Fuerza Aérea al piloto: tiene que combatir, sea como sea.

En un conflicto, vemos permanentemente que muere mucha gente, pero hay un grupo muy pequeño que está seleccionado por Dios, que va a estar en un altar totalmente distinto: son aquellos que mueren combatiendo. El hombre va y, aunque está en inferioridad de condiciones, no tiene ninguna duda: tiene que servir a la patria y, si es necesario, hasta perder la vida.

Señores, después de ese día, que fue el Día del Bautismo de la Fuerza Aérea –y hoy están acá compañeros del Teniente Ardiles y nuestro Jefe de Escuadrón de ese momento–, ninguno de ellos que estaban en Río Grande tuvo ninguna duda: si Ardiles solo había ido a combatir, todos nosotros, durante todo el conflicto, jamás podríamos dudar. Y así lo hicimos: el primer escuadrón desplegado combatió desde el primero hasta el último día.

Honor al Capitán *post mortem* Ardiles y nuestro reconocimiento a su familia que está acá.



La gesta de Malvinas a través del dibujo para niños

Mag. Raúl Amado

Director del Museo Parlamentario

Hay guerras que se narran con fechas, mapas y documentos. Y hay otras que sobreviven en el temblor de una historia contada a un niño. La gesta de Malvinas pertenece a este segundo lenguaje: ese en el que la memoria se respira en cada intento de transmitirla.

En estas ilustraciones, Javier "Kewois" Rodríguez vuelve a dibujar lo que la patria no olvida. Con la mano de un hombre formado en la disciplina, pero con el corazón de alguien que aún mira el mundo con asombro, nos acerca a quienes enfrentaron el viento, el frío y el fuego para sostener un nombre: Argentina.

Aquí están los soldados, los pilotos, las mujeres, los responsables; aquí están los que miraron de frente la adversidad y encontraron, aún en medio de la guerra, un modo sencillo de ser valientes. El dibujo se vuelve entonces un acto de ternura hacia la memoria. Una forma dulce, casi infantil, de recordar que la soberanía es un legado que se hereda como se hereda una canción.

Los invitamos a permitir que el eco de la gesta nos alcance. Y a que, en la mirada de un niño, Malvinas siga siendo un fuego que no se apaga.



120 historias de amor y coraje de la Gesta de Malvinas

por Nicolás Kasanzew



Siendo un soldado conscripto de 19 años, **Vicente José Bruno** combatió en las filas del Regimiento 7 de Infantería en la batalla de monte Longdon, una de las más duras de la guerra. Accionando su ametralladora, detuvo varias veces, con sus camaradas, el avance del enemigo y participó de un contraataque. A su lado cayeron el Subteniente Baldini y el Teniente Ramos. En el repliegue, Bruno liberó de una encerrona a dos de sus camaradas y les salvó la vida a otros dos, que estaban gravemente heridos.



Sin órdenes para ello, el Teniente de Navío **Owen Guillermo Crippa**, con un avión de entrenamiento, atacó en solitario a la flota británica en el Estrecho de San Carlos. Averió a la fragata Argonaut e hizo el escape zigzagueando entre 14 buques que le disparaban con todo tipo de armas. Sin embargo, enseguida volvió a meterse en la boca del lobo, esta vez para dibujar en el anotador de su rodillera la disposición de los buques ingleses. Su información fue clave para el siguiente ataque masivo de la aviación argentina.



Con 18 años de edad y con solo dos meses de instrucción, el Soldado Conscripto **Jorge Oscar Ledesma**, de la sección Bote del legendario Teniente Estévez, participó del cruento combate de Darwin. Durante el mismo, observó que, en una trinchera aledaña, dos soldados habían agotado munición y estaban por ser ultimados por un británico. Reaccionó velozmente disparando su ametralladora y abatió al oficial enemigo, que resultó ser el jefe de los paracaidistas, nada más ni nada menos. Salvó así a sus camaradas de la muerte. *El diploma lo recibió el Soldado VGM Alberto Altieri.*



En medio de la noche, sin conocer el terreno, el Teniente **Raúl Fernando Castañeda** fue enviado, con su sección del Regimiento de Infantería 7, a realizar un contraataque durante la batalla de monte Longdon. Una verdadera misión suicida contra un enemigo muy superior en número y armamento. No obstante, encabezados por el joven teniente, esos 40 hombres arrollaron al enemigo, le causaron numerosas bajas, hicieron gala de bravura sin par y estuvieron a un tris de arrojar a los ingleses cuesta abajo del Longdon. *En razón de su enfermedad, en su nombre recibió el diploma el Soldado VGM Alberto Altier.*



El entonces gendarme **Ángel Andrés Huenchul**, como integrante del Escuadrón Alacrán de la Gendarmería Nacional, participó en siete misiones de combate en la guerra de Malvinas. La más dura fue cuando integró el Escalón Asalto, que junto a hombres de las compañías de comandos del Ejército tendió una emboscada a los británicos en la noche del 10 al 11 de junio en el monte Dos Hermanas. Después de 30 minutos de intenso combate, las tropas especiales argentinas pasaron a la carga, y el enemigo huyó.



Durante la guerra, el Comodoro **Roberto Federico Mela**, navegador de Hércules C-130, participó de numerosas misiones de combate, siendo la más peligrosa cuando, horas antes de la rendición, su avión aterrizó bajo fuego en Puerto Argentino, trayendo un cañón de refuerzo, y luego despegó, también bajo fuego, evacuando a heridos y a otros combatientes. Por ser personal superior de la Fuerza Aérea, ya no estaba obligado a volar y, sin embargo, cumplía misiones, dando el ejemplo a oficiales de menor jerarquía.



El 14 de junio de 1982, ya el General Menéndez había capitulado, pero un puñado de soldados del Batallón de Infantería de Marina 5, al mando de un jovencísimo Guardiamarina, **Alejandro Koch**, seguía combatiendo, manteniendo a raya, y aún haciendo retroceder a las tropas británicas. Cercado por helicópteros, al replegarse del monte Sapper Hill con la intención de continuar peleando en Puerto Argentino, el Guardiamarina Koch cargó a pulso a uno de sus soldados malheridos, para tratar de salvarle la vida.



Si bien salía en misiones de combate, la preocupación esencial del entonces Vicecomodoro **Rubén Gustavo Zini** era planificar las misiones de manera tal que sus pilotos tuvieran la mayor cantidad de chances de volver vivos a la base. Líder nato, durante la guerra de Malvinas fue el jefe del 1.^{er} Escuadrón de aviones cazabombarderos Skyhawk A-4B, la unidad que más daño infligió a la flota británica. A tal punto que, según el almirante inglés Sandy Woodward, su armada estuvo a punto de ser derrotada.



El entonces Mayor **Carlos Napoleón Martínez** fue el Jefe del 1.^{er} Escuadrón de cazabombarderos Mirage 5 Dagger, "Avutardas Salvajes". Un líder que volaba misiones, aunque no le correspondía hacerlo, destacándose tanto por su arrojo como por el cuidado de sus pilotos. No tenían experiencia de guerra aeronaval, ni armamento para lanzar a distancia contra los buques, ni medidas para neutralizar los sistemas de vigilancia y radar del enemigo. Pero atacaban igual. Y diezmaron a la flota invasora.



Cuando una patrulla de comandos cayó en una emboscada en el río Murrell, **Marcelo Alejandro Anadón** logró dar vuelta la difícil coyuntura disparando con gran puntería su fusil lanzagranadas, para luego lanzarse con sus hombres al asalto. Ante la impetuosa arremetida del joven Teniente, abanderado de la Compañía de Comandos 601, los británicos –que sufrieron notorias bajas– pusieron sus pies en polvorosa, y los argentinos lograron capturar una gran cantidad de pertrechos y equipos del enemigo.



Tras eyectarse de su avión averiado, el Teniente de Fragata José Arca cae al mar. Sale a buscarlo un helicóptero del Ejército, pero no lo puede rescatar por carecer de guinche y porque el oficial estaba maltrecho y exhausto. Como la permanencia en el agua helada podía matarlo, el piloto mete los patines de la máquina en el mar embravecido y el Cabo **Martín Héctor San Miguel** sale, sin traje de protección –o sea que moriría en dos minutos si caía al agua helada– y aferra a Arca. Le salva la vida... jugándose la propia.



El Soldado Conscripto **Juan Domingo Horisberger**, del Regimiento 6, intervino en los combates de Dos Hermanas, Norte y Tumbledown, ocasionando bajas con su ametralladora a los Guardias Escoceses y obligándolos a detenerse. Luego participó de un contraataque en el sector defendido por el Batallón de Infantería de Marina 5, que estaba seriamente comprometido. Disparó hasta que el cañón de su ametralladora debió ser cambiado y fue alcanzado por el fuego enemigo, cayendo con su arma aferrada. *Recibió su diploma de honor su jefe, el entonces Subteniente Esteban Vilgré La Madrid.*







En el feroz combate de monte Longdon, que duró toda la noche del 11 al 12 de junio, se destacó el contraataque del Teniente Castañeda quien, con 40 hombres, estuvo a un tris de desalojar a los británicos. Y uno de los soldados de su sección, el Conscripto **Miguel Ángel Falcón** mostró especial gallardía y desprecio al peligro. En vez de guarecerse detrás de una roca, salió a pecho descubierto tirando con su fusil FAL desde la cintura e insultando al enemigo, hasta que fue abatido por una ráfaga de ametralladora. *Recibió el diploma su primo, el Soldado VGM Antonio Emilio Falcón.*



Tras participar en el Estrecho de San Carlos del ataque con bombas a la fragata Ardent, que terminó siendo hundida, el Teniente de Fragata **José "Cacha" Arca** fue perseguido por un Harrier que le causó serios daños a su avión. Al no tener armamento para contraatacar, el aviador naval decide enfrentar al enemigo tratando de embestirlo varias veces con su propia máquina. Sorprendido por tamaña audacia, el piloto del avión Harrier decide abandonar la pelea. Luego el oficial se eyecta sobre Puerto Argentino.



El Cabo **Roberto Baruzzo**, del Regimiento 12, herido en un brazo, se suma a los efectivos que está intentando reagrupar en monte Harriet el Teniente Primero Jorge Echeverría, y dirige el fuego con un visor nocturno capturado a los británicos, hasta que ve caer gravemente herido a su jefe. Echeverría le ordena a Baruzzo que se vaya, que se salve, pero este desobedece la orden y consigue evacuarlo, salvándole la vida, para lo cual llega a pelear a cuchillo con el enemigo que se interpone en su camino.



Cuando las defensas argentinas son sobrepasadas por el enemigo en monte Harriet y varios oficiales retroceden, el Teniente Primero **Jorge Echeverría**, del Regimiento 4, un oficial de Inteligencia sin mando de tropa, organiza la resistencia y detiene durante varias horas el avance inglés, causándole numerosas bajas al enemigo. Aún herido, Echeverría sigue combatiendo hasta que cae, alcanzado en total por cinco impactos. El Cabo Roberto Bacilio Baruzzo lo auxilia, lo saca de la línea de fuego y le salva la vida.



El Cabo **José Raúl Ibáñez**, de la Prefectura Naval, tripulaba el guardacostas Río Iguazú, cuando este es atacado por dos aviones Harrier, cuyos disparos matan al artillero de la embarcación. Sin dudarlo un instante, Ibáñez se abalanza sobre la ametralladora 12,7 y abre fuego abatiendo a una de las máquinas enemigas. Pero en un gesto de sublime humildad, al principio el cabo le atribuye el derribo al artillero caído, para que este se lleve los laureles, y solo ante la presión de su comandante reconoce que fue él.



El avión Neptune busca a los naufragos del Crucero Belgrano, sin encontrarlos, hasta que llega al llamado "punto de lotería", es decir que se tiene que volver o no le alcanzará el combustible para hacerlo. Pero el Comandante **Julio Pérez Roca** decide seguir buscando y, media hora más tarde, divisan las balsas, salvando así 770 vidas. Es más, se quedan orbitando sobre las balsas y solo emprenden el regreso cuando llega el primer buque de rescate. Y arriban al continente con el olor a la última gota de combustible.



Enterado de que un piloto de A-4B, Guillermo Dellepiane, estaba en emergencia porque perdía combustible tras un ataque a la flota, el Vicecomodoro **Luis Litrenta Carracedo**, comandante de un avión de transporte Hércules C-130, se lanza a su rescate, metiéndose literalmente en el campo de batalla aeronaval y, haciendo una maniobra temeraria, gira en U su avión, justo a tiempo para que Dellepiane pueda acoplarse a la manguera de combustible. Y lo lleva abrazado al continente, salvando al piloto y al avión. *Por su enfermedad, recibió su diploma su hijo, Javier Litrenta.*



Ante la noticia de que la flota británica había zarpado hacia Malvinas, la periodista **Silvia Fernández Barrio** decidió defender a la patria. Con el nombre de "Miss Liberty", a través de la red de Radiodifusión Argentina al Exterior, en un perfecto inglés, se dirigía sistemáticamente a los tripulantes de la Task Force, exhortándolos a desistir de su objetivo, explicando porque las Islas no les pertenecían y alertándolos de las bajas que podían sufrir. Hay pruebas de que sus transmisiones preocuparon a la Inteligencia británica.



En el contraataque de una sección del Regimiento 3, en Wireless Ridge, cae gravemente herido el Sargento Manuel Villegas, quien ordena a sus soldados que se replieguen. Desobedeciendo la indicación, los soldados conscriptos Tries y Cerrizuela, a pecho descubierto frente a las miras de los fusiles británicos, avanzan hacia donde yacía su jefe, lo cargan y lo llevan 8 km hasta el hospital, salvándole la vida. "Lupín" Cerrizuela falleció; **Esteban Tries**, un gran malvinizador, sobrevive.



El entonces Capitán **Pablo Marcos Rafael Carballo**, conocido en la gesta de Malvinas como el “Capitán Cruz”, jefe de escuadrilla y oficial de operaciones del Grupo 5 de Caza, participó en numerosas misiones contra la flota británica. Entre otras, atacó en solitario a la fragata Ardent y encabezó la escuadrilla que puso fuera de combate a la fragata Broadsword. Audaz entre los audaces, con veinte horas de combate real en su haber, fue condecorado con la Cruz de la Nación Argentina al Heroico Valor en Combate.



El cuartel de Moody Brook era el puesto comando de un general, que sin embargo vivía en el pueblo, dejando al Mayor **José Rodolfo Baneta** a cargo de la guarnición, que aguantó permanentes e intensos bombardeos sin doblegarse. Baneta, un verdadero padre para sus hombres ejerciendo un liderazgo sin fisuras, hasta llegó a agarrar del pescuezo a un superior que, en un acto de cobardía, había puesto en peligro a sus soldados. Posteriormente, eso le costó la carrera, pero sus hombres lo idolatran hasta hoy.



Un pequeño buque de la Armada, el aviso ARA Alférez Sobral, tuvo una misión semisuicida: tratar de rescatar a dos pilotos eyectados de un bombardero Canberra, en la zona ocupada por la flota inglesa. Allí, la embarcación, ligeramente armada, entró en combate con helicópteros enemigos, sufriendo muchas bajas, pero sin arriar el pabellón. En la persona del marinero Conscripto **Ricardo Celaye**, herido en ese combate, el Senado rinde honores a toda la heroica tripulación del Sobral, que hizo lo que otros no se animaron.



El 15 de mayo, durante el ataque británico a la isla de Borbón, el Conscripto **Alejandro Zolezzi**, de la Compañía de Ingenieros 10, fue quien hizo estallar –junto con su Cabo Sánchez– la carga de dinamita bajo la pista en que se encontraban los comandos del SAS, que trataban de destruir los aviones Pucará de la Fuerza Aérea Argentina. Luego de la rendición, indómito, no cesó de elucubrar planes para la evasión y escape y hasta llegó a apoderarse de una metralleta en el buque inglés en que se encontraba prisionero.



En Malvinas los comandos fueron los únicos que salían a buscar al enemigo, los únicos que tomaron prisioneros, los únicos que capturaron una enseña británica y quienes sufrieron proporcionalmente más bajas. Uno de ellos, el Capitán **Hugo Ranieri**, de la Compañía 602, jugó un rol particular por su doble especialidad de médico y francotirador. Curaba a sus camaradas y combatía con puntería; en particular, en el monte Dos Hermanas, donde los argentinos hicieron retroceder a los comandos británicos del SAS.



La Cuarta Sección de la Compañía Nácar del Batallón de Infantería de Marina 5, durante toda la noche del 13 al 14 de junio, en monte Tumbledown, resistió el avance de los británicos que los superaban 10 a 1, sin recibir refuerzos, y nunca se replegó, a pesar de sus numerosas bajas. En el combate, fue importante la acción de la ametralladora que manejaba el Cabo Segundo **Amílcar Tejada**, rechazando una y otra vez los ataques del enemigo. Por su desempeño, Tejada fue condecorado con la medalla al Valor en Combate.



Los ingleses bautizaron el Estrecho de San Carlos en Malvinas como "El Callejón de las Bombas", porque allí los rociaban con ellas los pilotos de combate argentinos. Uno de estos Halcones, el que más misiones realizó con su avión cazabombardero Mirage 5 Dagger, fue el entonces Capitán **Horacio Mir González**. Este piloto participó tanto de las llamadas "peleas de perro" con los aviones Harrier británicos como en los ataques a las unidades de la flota, a la fragata Ardent y al buque Sir Bedivere, entre otros.







El entonces Mayor **Juan José Falconier**, participaba de vuelos de reconocimiento sobre Malvinas, para detectar a los buques de la flota británica, a bordo de un avión civil, desarmado. El 7 de junio de 1982, un misil británico Sea Dart derribó al Lear Jet en que cumplía sus temerarias misiones, muriendo él y todos sus camaradas. Tenía 38 años. Pero no solo le dejó a sus cinco hijos –y a todas las siguientes generaciones– el ejemplo de su valor en combate, sino también una carta que es un verdadero faro de luz espiritual. *El diploma lo recibió su hijo, Eduardo.*



En el combate de Darwin, la fracción del Subteniente Juan José Gómez Centurión se ve obligada a replegarse, dejando en la zona a un suboficial herido. Pero el joven oficial le promete que luego lo vendrá a buscar. Cuando cae la noche, Gómez Centurión pide voluntarios y escoge a dos soldados: **José Luis Aguirrebengoa** y Carobbio. Al anochecer, se internan en territorio ya ocupado por los ingleses y, arriesgando sus vidas, rescatan al suboficial malherido, llevándolo hasta las posiciones argentinas.



Al comenzar el conflicto, el Teniente **Guillermo Anaya** estaba en una silla de ruedas, debido a un accidente, pero movió cielo y tierra para ir a Malvinas. Durante toda la guerra, se estuvo jugando la vida por sus subordinados, incluso desobedeciendo órdenes para hacerlo, y los defendió aun tras caer prisionero. Pudiendo no ir a la guerra por ser el hijo del Jefe de la Armada, participó de numerosas misiones de ataque, evacuación, aprovisionamiento, piloteando su helicóptero con pericia y temeridad.



En medio de la guerra, el Ejército necesitaba imperiosamente tener instrumentadoras quirúrgicas cerca del frente de batalla, para lo cual pidió voluntarias. Se presentaron seis jóvenes mujeres civiles. Embarcadas en el Buque Hospital Almirante Irizar, durante diez días estuvieron atendiendo abnegadamente heridos, salvando vidas y llegando incluso a estar bajo fuego enemigo. Una de ellas, **Silvia Barrera**, honrada en el Senado, dedicó el resto de su vida a curar hombres de armas en el Hospital Militar Central y a malvinizar.



Durante 60 horas, los cañones Oto Melara del Grupo de Artillería 3 dispararon contra los ingleses, mientras estos contestaban con fuego de contrabatería. Lo hicieron hasta agotar munición. Y para detectar el lugar donde estaban las piezas británicas, el jefe de la Batería A, Teniente Primero **Luis Antonio Caballero**, realizaba temerarios vuelos de reconocimiento a bordo de un helicóptero piloteado por el Teniente Marcelo Pinto: se elevaban sobre el terreno, exponiéndose al fuego británico en sus incursiones.



En la noche del 13 al 14 de junio, la fracción del Regimiento 6 de Infantería que comandaba el Subteniente Esteban Vilgré La Madrid, en medio de un fiero enfrentamiento, quedó aferrado por el enemigo. El Suboficial **Jorge Daniel Corvalán** logra ponerse a salvo, pero cuando ve que sus camaradas siguen peleando, bajo fuego de fusiles, ametralladoras y cañones, no duda en volver al combate y posibilita así el repliegue. Gracias a su acto, 13 hombres pudieron regresar con vida de esa acción.



Una patrulla de la Compañía de Comandos 601, al mando del Teniente Primero **José Martiniano Duarte**, e integrada por los suboficiales Altamirano, Moreno y Ríos, se enfrenta, en la Gran Malvina, a una patrulla de comandos británicos del SAS y los vence, tomando prisionero a un cabo y abatiendo a un oficial. En su parte, Duarte elogia el valor del oficial enemigo caído, con lo cual se gana el agradecimiento de la viuda del británico, que pide conocerlo. José Martiniano Duarte es un caballero de la gesta de Malvinas.



El entonces Capitán **Eduardo García Puebla** fue, durante la guerra, piloto de cazabombarderos Canberra. Ante el asombro de los británicos, estas aeronaves los atacaban de noche, cuando el resto de la aviación argentina solo podía hacerlo de día. Bombardeando buques y posiciones terrestres, sembraban el temor en las filas del enemigo, causándoles considerables bajas. García Puebla fue uno de los pilotos que más misiones cumplió y siempre se ofrecía para reemplazar en las misiones a los aviadores más jóvenes.



El Alférez **Hugo "Cacho" Gómez**, indicativo "Diablo", implacablemente preciso a la hora de atacar a las fragatas inglesas, era uno de los pilotos del jefe del 1^{er} Escuadrón de A-4B, el Vicecomodoro Rubén Gustavo Zini. La fragata Antelope y el Sir Tristram, entre otras, trabaron íntimo conocimiento con las bombas de este oficial. Cerebral, en sus decisiones de combate a pesar de su juventud, siempre cultivó un bajísimo perfil. Se destacó especialmente el 8 de junio, el "día más negro de la flota británica".



Cuando el Teniente Primero Jorge Echeverría trató de organizar la resistencia en el monte Harriet, al haber sido desbordadas las tropas argentinas, se apoyó en un puñado de valientes, entre otros, el Conscripto **Santos Gorosito**. Este soldado clase 63 cubrió las espaldas del oficial, participó valientemente del combate e, incluso, de un contraataque que hizo retroceder a los británicos. Correntino, Gorosito nunca habló de los hechos que protagonizó: lo han hecho convincentemente sus jefes y camaradas de armas.



El 30 de mayo del 82, una fuerza conjunta aeronaval atacó al portaaviones Invencible de la armada británica, para lo cual los pilotos tuvieron que hacer un largo periplo y varios reabastecimientos en vuelo. Dos de los Halcones, Vázquez y Castillo, fueron abatidos, pero otros dos, Ureta e Isaac, lograron llegar al blanco, arrojar sus bombas y averiar al portaaviones, para luego volver al continente. Con solo 23 años de edad, el entonces Alférez **Gerardo Guillermo Isaac** fue el más joven de los protagonistas de la hazaña.



El Sargento **Daniel Marchi**, del Batallón de Aviación de Ejército, demostró su ingenio en Malvinas: desde hacer volar un helicóptero Chinook con su encendedor a gas hasta reparar una pieza clave del mismo utilizando turba malvinera. Siempre hizo algo más de lo que su saber le imponía, participando en misiones riesgosas como artillero de puerta o ayudando a los conscriptos a cargar sus equipos como si fuera uno más. La columna vertebral del Ejército en Malvinas fueron suboficiales como Daniel Marchi.



El entonces Comodoro **Jorge Francisco Martínez**, indicativo "Ballenato", en 1982 era jefe del Grupo 1 de Transporte Aéreo. Podía haber pasado la guerra en el continente, pero en vez de eso, se subía a los aviones Hércules que volaban a Malvinas. No cumplía a bordo ninguna función. Sin embargo, arriesgaba su vida al lado de sus subordinados. Quería exponerse como se exponían los jóvenes oficiales y suboficiales, en lugar de quedarse en su escritorio. Y con ello brindaba ejemplo y confianza a sus valerosos hombres.



El Cabo Enfermero **Carlos Alberto Montiel** embarcó voluntariamente desde Puerto Argentino rumbo al combate que se desarrollaba en el istmo de Darwin. En el avance hacia Pradera del Ganso, por su propia iniciativa, integró una patrulla de exploración, reemplazando a un soldado por razones humanitarias. Con esa patrulla, el enfermero se infiltró de noche por una zona minada, por terreno desconocido, con la chance de recibir fuego también de su propia tropa y combatió valientemente contra las fuerzas británicas.



El 21 de mayo de 1982, la división de aviones de la Armada Skyhawk A-4Q, comandada por el Capitán de Corbeta **Alberto Philippi**, hundió a la fragata británica Ardent. Uno de sus numerales, Marcelo Márquez murió en el combate; otro, José Arca, debió eyectarse sobre Puerto Argentino, y el propio Philippi vivió una verdadera odisea, de la cual sobrevivió milagrosamente. Philippi era subjefe de la Base de Río Grande y no tenía que cumplir misiones, pero eligió combatir en la escuadrilla como piloto adscripto.



El Conscripto **Luciano Oscar Pintos** fue uno de los hombres que condujo el Teniente Primero Jorge Echeverría al tratar de retener el monte Harriet frente al avance británico. Participó del contraataque en el cual los soldados de Echeverría llegaron a hacer correr a los británicos, así como del anillo de defensa que formaron los combatientes, cuando el oficial fue herido de cinco impactos. El mismo Conscripto Luciano Pintos recibió dos heridas en el combate, pero aún así siguió combatiendo estoicamente hasta el final.



Cuando el 2 de abril de 1982, en la toma de la casa del gobernador de Malvinas, son alcanzados por el fuego enemigo el Capitán Pedro Giachino y el Teniente de Fragata Diego García Quiroga; el Cabo Enfermero **Ernesto Urbina** no titubea, no piensa en guarecerse. El joven suboficial se lanza a auxiliarlos, desafiando el peligro cierto, pero recibe una descarga de los británicos, que lo deja gravemente herido en el abdomen. Con su arrojo, el Cabo Urbina demostró estar dispuesto a dar la vida por sus camaradas.







La noche del 11 de junio en un ataque del enemigo al Regimiento 4, la fracción comandada por el Teniente **Luis Carlos Martella** queda en medio de los fuegos. El oficial recibe la orden de repliegue, pero al ver que había soldados que quedaban adelante, sale de su posición para buscarlos, en una gran muestra de valor y de responsabilidad por sus hombres. Martella es alcanzado por una ráfaga de ametralladora en el pecho, pero antes de morir le ordena al Subteniente Nazer: «Me dieron, siga usted, lleve a la tropa». *El diploma lo recibió su hijo, Santiago.*



Cuando el Teniente Raúl Castañeda se lanza a un contraataque con su sección en el monte Longdon, sorprende a los británicos, ya que pensaban que no quedaban argentinos en el lugar. Tras dejar aproximarse a un numeroso grupo de enemigos, Castañeda ordena fuego. El Soldado **Aníbal Bemba** se para frente a ellos y empieza a rociarlos con su ametralladora MAG al tiempo que los insulta. Según Castañeda, esa acción le costó unas 60 bajas al enemigo, que estuvo a un tris de ser desalojado del monte. *El diploma lo recibió el hoy Coronel Raúl Castañeda.*



Cuando el jefe de la escuadrilla tuvo que volverse por una falla técnica, el Primer Teniente **Carlos Cachón** se hizo cargo de la misión y arremetió contra los buques británicos que estaban intentando un desembarco en Bahía Agradable. Los daños y bajas que estos pilotos infligieron a buques y tropa en ese audaz ataque fueron tales que el mismo enemigo calificó el episodio como el "día más negro de la flota británica". El jefe de la escuadrilla le había encomendado a Cachón: «¡Condúzcalos a la gloria!». Y Cachón cumplió.



Tripulando un cazabombardero Dagger, el Teniente **Mario Callejo** formó parte de la oleada de aviones argentinos que se abatieron sobre la flota británica el 21 de mayo, día del desembarco enemigo en San Carlos. En esa oportunidad, el joven oficial atacó a la fragata Broadsword. Callejo participó también de otras misiones, particularmente en el llamado "día más negro de la flota británica". Después de 1982, Callejo llegó a ser jefe de la Fuerza Aérea y hoy preside la Comisión de Estudios Históricos del arma.



La enfermera **Liliana Colino**, de la Fuerza Aérea Argentina, fue la única mujer que pisó Malvinas durante los combates. En un avión de transporte Hércules C-130, voló al archipiélago para participar de una evacuación de heridos. Misión harto peligrosa, por cuanto estos aviones lentos y desarmados debían volar a ras del agua para esquivar los radares británicos, aterrizar en Malvinas a oscuras, en una pista averiada, cargar frenéticamente las camillas con heridos y retornar enfrentando los mismos peligros.



El 25 de mayo de 1982, día patrio, el Aviador Naval **Roberto Curilovic** y su Numeral Julio Barraza asestaron un golpe decisivo a la flota británica, hundiendo con misiles Exocet al portacontenedores militar Atlantic Conveyor y dejando así sin pertrechos claves al enemigo. El ataque cambió el curso de la guerra, ya que, al haber perdido, entre otras cosas, numerosos helicópteros y jeeps, los británicos debieron caminar hacia Puerto Argentino. Y por eso, incluso, en Londres se habló de ponerle fin a la guerra.



Tras finalizar la batalla de Darwin, un ROA, radio observador adelantado de la Fuerza Aérea, el Alférez **Eduardo Daghero**, decidió no rendirse y hacer evasión y escape con sus dos soldados conscriptos. Esquivando a los comandos y helicópteros británicos, caminando de noche y escondiéndose de día, el joven oficial logró llegar al punto en que fue rescatado por nuestro helicóptero. De esta manera, Daghero salvó a sus dos soldados y se convirtió en el único oficial que no se rindió en la batalla de Darwin.



El Soldado Conscripto **Marcelo Di Sciullo**, en la noche del 13 al 14 de junio, participó como radiooperador del contraataque del Subteniente Esteban Vilgré La Madrid en monte Tumble-down y se destacó, junto a su pareja de combate Sergio González, no solo por su valor, sino también por su buen humor en plena batalla. Tras sostener durante largo tiempo un duro y desigual enfrentamiento contra fuerzas superiores del enemigo británico, solo se replegó cuando Puerto Argentino ya se había rendido.



El **Escuadrón de Vigilancia y Control Aéreo** en Malvinas, con su radar, guiaba a los cazabombarderos argentinos en sus ataques contra los buques británicos y controlaba a los pilotos argentinos en sus encuentros aire-aire con los aviones Harrier del enemigo. También guiaba a los aviones de transporte que burlaban el bloqueo y alertaba a la defensa antiaérea argentina cuando se aproximaban los británicos a las islas. Al mando del Mayor Miguel Ángel Silva, el Escuadrón fue el pulmón de la defensa de Malvinas.



En el combate de Darwin-Pradera del Ganso, el Cabo **Darío Hernández**, del Regimiento 12 de Infantería, combate con sus hombres cerca de las posiciones de la sección Bote del Teniente Estévez. El enemigo los supera en número y armamento, pero resisten a pie firme, decididos a morir, pero no retroceder. En una pausa del fuego, Hernández escucha el grito de un soldado herido a unos 15 m, pidiendo ayuda. Sin dudar, sale de su pozo de su zorro para auxiliarlo y es herido en ambas piernas por el fuego inglés.



Cumpliendo una misión detrás de las líneas enemigas, cae herido el Sargento Primero Reimundo Viltes de la Compañía de Comandos 602 y el Teniente Primero **Horacio "Puchi" Lauria** se niega a dejarlo en el terreno. Lleva a su camarada herido y lo saca de la zona de muerte, moviéndose durante varios días en medio de las inclemencias del tiempo y el cerco de los británicos que les tiraban permanentemente, hasta lograr volver a las líneas argentinas. Gracias a este oficial de comandos, el Sargento Viltes salvó su vida.



Mientras combatía en primera línea en la batalla de Darwin, el Teniente Estévez había apostado detrás de la colina a un grupo de soldados con la orden de combatir si él y los demás morían. Sin embargo, todos ellos decidieron replegarse, menos el Soldado **Rubén Mayna**, quien se quedó a pelear solo. Recién al agotar munición, retrocede hacia el pueblo, pero los argentinos apostados allí lo toman por inglés y se ve en medio de fuego cruzado. Corriendo en zigzag, logra salvarse el soldado, fiel a la orden de su gran jefe.



Dispuesto a entregar la vida por el prójimo, el jefe de la 1.^{ra} Escuadrilla de Caza y Ataque de aviones Aermacchi, el Capitán de Corbeta, **Carlos Alberto Molteni**, participó de arriesgadas misiones, una de las cuales fue atacar a los ingleses desde el aire durante la batalla terrestre de Darwin. Voluntario en una misión suicida de rescate, era un jefe que salía a atacar al enemigo a la par de sus subordinados. Que dos de sus numerales cayeran en sendas misiones, ilustra cómo se exponía, sin acogerse a privilegios.



Una fracción de Patricios, que fue destacada en las Malvinas, enfrentaría a los británicos una vez más en la historia del Regimiento. Los soldados conscriptos, **Daniel Orfanotti** y Claudio Bastida, manejando una ametralladora MAG, reforzaron las posiciones del Regimiento 7 en el combate de monte Longdon. Combatieron allí denodadamente durante varias horas hasta que un proyectil mató a Bastida e hirió a Orfanotti. Este soldado sigue con una esquirla en el cuerpo, orgulloso del servicio prestado a la patria.



La noche del 11 al 12 de junio en el combate de monte Longdon, el primer Grupo de Tiradores a cargo del Cabo Primero **Gustavo Pedemonte**, de 20 años, está enfrascado en el combate con los británicos, cuando advierte que el jefe de una fracción enemiga se dirige hacia la ametralladora argentina para arrojarle granadas. Pedemonte y sus hombres evitan esa acción abatiendo al sargento Ian McKay. En varias horas de combate, de los 8 soldados de Pedemonte, mueren 6 y él mismo queda herido. Solo ahí se repliega.



Con 40 hombres del Regimiento de Infantería 3, el Primer Teniente **Víctor Hugo Rodríguez** encabezó un audaz contraataque al Regimiento 2 de paracaidistas en la noche del 13 al 14 de junio, cuando el grueso del Batallón de Infantería de Mariana 5 ya se había replegado a Puerto Argentino. Tras la guerra realizó una gran labor malvinizadora y patriótica, siendo el fundador de la Asociación Sanmartiniana de Rosario, que ha llevado a más de cinco mil argentinos a recrear, a lomo de mula, el cruce de los Andes.



En una situación de catastrófico aislamiento en la Gran Malvinas, con falta de provisiones y pertrechos, el Subteniente **Jorge Eduardo Taranto**, no solo fue un verdadero padre para sus soldados –logró traerlos a todos sanos y salvos de vuelta al continente–, sino que realizó peligrosas misiones de exploración en el monte Rosalía. Después de la guerra, se destacó por su labor malvinizadora y también participó como voluntario en la recuperación del cuartel de La Tablada, salvando heridos en arriesgadas acciones.



El 25 de mayo el primer Teniente **Mariano Ángel Velasco** agregó más gloria al día patrio, al atacar a uno de los buques más modernos y poderosos de la flota británica, el destructor Coventry. Esquivando misiles enemigos, el piloto logró impactar con sus tres bombas al buque de guerra, que se hundió en 20 minutos. Estaba acompañado de su Numeral, Jorge Barrionuevo, cuyas bombas lamentablemente no salieron. Luego Velasco siguió cumpliendo misiones hasta que fue derribado, pero milagrosamente salvó su vida.







Al mando de su sección, el Teniente **Roberto Estévez** libró combate contra una compañía británica entera. Esta sección rechazó tres avances ingleses, impidiéndoles tomar la colina de Darwin. Estévez recorría las posiciones, dando órdenes bajo el fuego enemigo, hasta que recibió dos balazos. Siguió disparando su fusil, al tiempo que por radio continuaba dando órdenes. Además, le colocó un casco en la cabeza al soldado herido Rodríguez, para protegerlo. En ese momento recibió otro balazo, este fatal, en la cabeza. *El diploma lo recibió su hermano, Fernando.*



El Subteniente **Guillermo Aliaga**, al mando de una sección del Regimiento 8, en posiciones no adecuadas y con el personal desgastado, enfrentó en la batalla de Darwin el centro de gravedad del ataque de un enemigo muy superior, conformado por dos compañías, que tenían apoyo de artillería, morteros, misiles y fuego naval. Actuando en forma aislada, sin comunicaciones, sin apoyo de fuego ni refuerzos, la sección del Subteniente Aliaga detuvo durante varias horas el avance enemigo, ocasionándole numerosas bajas.



Comandando el submarino San Luis durante la gesta de Malvinas, el Capitán **Fernando Azcueta** cumplió una patrulla de guerra de 40 días, atacando a las naves de superficie enemigas, evadiendo torpedos y cargas de profundidad de los británicos, que no lo pudieron detectar. Solo, contra todos los barcos de guerra enemigos, a pesar de que no funcionaba su computadora de tiro y se cortaban los hilos de sus torpedos, llegó a resistir durante 22 horas seguidas el bombardeo de buques y helicópteros ingleses.



Al producirse el hundimiento del Crucero General Belgrano y cuando la mayoría de quienes pudieron hacerlo habían abandonado el buque, se encontraron en la proa el Comandante Héctor Bonzo y un Suboficial, **Ramón Barrionuevo**. Tras comprobar que ya no había nadie a bordo, excepto los muertos, Barrionuevo se dio cuenta de que Bonzo no quería tirarse, prefería irse al fondo del mar con su nave. Entonces le dijo: “Señor, si usted no salta, yo tampoco salto”. Y con ese noble gesto, le salvó la vida.



En la mañana del 13 de junio de 1982, el entonces primer Teniente **Luis Cervera** lideró el ataque de una escuadrilla al puesto comando terrestre británico del general Jeremy Moore, al pie del monte Kent, siendo esta la última misión de los Halcones de la Fuerza Aérea. Luego de arrojar sus bombas con éxito, a la salida se topó con un helicóptero Sea King, al cual también pudo impactar con sus cañones. Y, a pesar de estar escaso de combustible, priorizó que se reabasteciera su numeral en el avión cisterna Hércules C-130.



Se metieron desarmados en el frente mismo del combate aeronaval con aviones lentos, sin blindaje, sin posibilidad de eyectarse, sin poder ser escoltados. No solo burlaron todo el tiempo el bloqueo inglés, trayendo oxígeno a los defensores de Malvinas, sino que rescataron camaradas de una muerte segura, salvaron aviones, detectaron blancos y hasta sirvieron de señuelos vivos. Uno de los dignísimos representantes de los mecánicos de los aviones Hércules C-130 es el Suboficial **Roberto Carabajal**.



El Soldado **Antonio Emilio Falcón** formó parte del contingente de conscriptos que combatieron en el Batallón de Aviación de Ejército. Por su audaz desempeño –llegaron a acribillar un cazabombardero Harrier con fuego reunido de fusiles–, el segundo jefe de la unidad los bautizó como “Los Panteras”. Falcón fue, asimismo, soldado antártico, es autor del libro *Ángeles sobre la turba* y preside el Centro de Veteranos de San Martín, donde desarrolla desde hace décadas una intensa tarea de malvinización.

En la misión más importante, difícil y peligrosa de la guerra de Malvinas, el entonces Capitán de Corbeta **Alejandro Francisco** fue quien lanzó el misil subsónico Exocet con una ojiva de 170 kilos de explosivos, contra el portaaviones Invencible de la flota británica, luego de lo cual se arrojaron contra esa nave cuatro pilotos de la Fuerza Aérea, muriendo dos de ellos en el ataque. No cabe duda que el misil del Capitán Francisco dio en el blanco, aunque los británicos se resisten a reconocerlo por una cuestión de orgullo.

El blanco principal de los aviones británicos en la guerra de Malvinas siempre fue la Base Aérea de Puerto Argentino. Pero nunca lograron dañar su pista, en particular gracias a los artilleros del **Grupo 1 Antiaéreo Escuela** que los mantuvieron a raya. Tras ser abatidos varios Harrier en los primeros días, los pilotos enemigos casi nunca más se animaron a venir en picada. Se veían obligados a tirar las bombas desde gran altura, al voleo, lo cual no les permitía hacer puntería. Les temían a nuestros artilleros.



Cuando una sección de comandos fue emboscada en el río Murrell, varios combatientes quedaron al descubierto y se abatió sobre ellos una masa de plomo británico. Pero el Sargento **Rubén Guillen** inmediatamente abrió fuego, atrayendo sobre su persona los disparos de los enemigos. Esto le dio tiempo al resto de la patrulla para recuperarse, para que todos abrieran fuego y después, ya organizados, para pasar al asalto. El combate del río Murrell finalizó así con una clara victoria de las armas argentinas.



El contraataque del Teniente Castañeda en monte Longdon fue una misión suicida, ya que sus 40 hombres arremetieron contra un enemigo muy superior en armamento y número. Sin embargo, arrollaron a los británicos, les causaron considerables bajas y estuvieron cerca de desalojarlos del monte. En ese combate, el Soldado Conscripto **Gustavo Luzardo** cubrió con su fuego a un camarada, permitiendo que este se replagara, y a pesar de estar herido, insistía a toda costa volver al combate, ya después del repliegue.



En el breve, pero feroz combate de Top Malo House, rodeada por un número superior de ingleses, la patrulla de comandos liderada por el Capitán Vercesi ofreció una durísima resistencia. En el enfrentamiento, murieron heroicamente los comandos Espinosa y Sbert, y otros seis fueron heridos. El entonces Sargento Principal **Humberto Medina**, que recibió, una tras otra, graves heridas, continuó combatiendo y tumbando contrarios. Cuando ya todos habían depuesto las armas, él seguía tirando.



Luego de participar de un duro combate en el monte Dos Hermanas, el Subteniente del Regimiento 4 **Juan Nazer** se da cuenta que no todos los combatientes argentinos se habían enterado de la orden de repliegue. Entonces el oficial se lanza a avisarle a un camarada que la unidad está abandonando el terreno, pero primero una ráfaga le quema la espalda y luego una granada le destroza la pierna derecha. Tomado prisionero de los ingleses, estos, incluso, se aprestan a fusilarlo, pero finalmente abandonan esa idea.



Durante el combate de Darwin, el Soldado Conscripto **Orlando Ruffino**, del Teniente Estévez, combatió prácticamente al descubierto, soportando el huracanado fuego británico. Una bala lo hiere en el brazo, pero sigue ayudando a cargar el lanzacohetes Instalaza, cuando advierte que hay proyectiles del mismo que están al alcance del fuego enemigo. Queriendo evitar que sus camaradas vuelen por los aires, se desplaza para cambiarlos de lugar y es alcanzado por un proyectil que lo hiere de extrema gravedad.



En el transcurso de la guerra de Malvinas, el Ejército Argentino necesitaba imperiosamente tener instrumentadoras quirúrgicas cerca del frente de batalla, para lo cual pidió voluntarias. Se presentaron seis jóvenes mujeres civiles. Embarcadas en el Buque Hospital Almirante Irizar, durante diez días estuvieron atendiendo abnegadamente heridos, salvando vidas y llegando incluso a estar bajo fuego enemigo. Una de ellas, **María Angélica Sendes**, fue también honrada en representación de todas las audaces voluntarias.



Carlos Antonio Tomba, siendo mayor de la Fuerza Aérea Argentina, viajó a Malvinas durante la guerra para resolver algunos problemas electrónicos de los aviones Pucará. Esa era su única misión. Pero en vez de cumplirla y volverse, Tomba decidió voluntariamente quedarse a pelear. Participó en seis misiones de combate, siendo derribado en la última de ellas. Este oficial no solo recibió de la Nación Argentina la medalla al Valor en Combate, sino que su bravura fue elogiada por los pilotos de la aviación enemiga. *El diploma lo recibió el hijo, Ramiro.*



En un pesado, lento y desarmado avión de transporte Hércules C-130 transformado en bombardero, seis hombres, “Los Tigres”, fueron el terror de los buques mercantes que aprovisionaban a la flota británica en Malvinas. Su comandante era el Vicecomodoro **Alberto Vianna**. Este oficial también había participado del asalto aéreo a Malvinas el 2 de abril y, con su avión, fue el primero en romper el bloqueo inglés el 6 de mayo. Asimismo, se ofreció de voluntario en la misión suicida de atacar al transporte Queen Elizabeth.



Asterio Wagata nació en Paraguay y es un civil de origen japonés; comandaba el Narwal, un pesquero que fue utilizado por la Armada para realizar tareas de inteligencia sobre la flota británica, un buque espía. Cada vez que veía un navío enemigo, lo informaba. Todos los días los helicópteros y aviones enemigos le hacían señas de que se retirara, pero Wagata y sus hombres no hacían caso. Hasta que el Narwal fue atacado y hundido. Un tripulante murió y once fueron heridos, pero cumplieron hasta el final la misión.







El entonces Subalférez **Oscar Aranda** era uno de los gendarmes, cuyo helicóptero Puma fue derribado en Malvinas, cuando se dirigía al frente de combate. Aranda ayudó a sacar a los heridos de una muerte segura en la máquina en llamas. En otro hecho, guió a siete gendarmes a través de un campo minado, salvando sus vidas. Asimismo, se destacó en varias acciones de patrullaje de reconocimiento y particularmente en el combate del 10 de junio donde cayó el Sargento Ayudante Gumersindo Acosta.



El 1 de mayo de 1982, en el día de su Bautismo de Fuego, la Fuerza Aérea Argentina lanza al ataque contra la flota invasora británica del almirante Sandy Woodward, integrada por más de cien buques, una gran cantidad de aviones nuestros. Entre ellos estaban los cazabombarderos Mirage III, uno de los cuales era tripulado por el Capitán **Guillermo Ballesteros**. Fue el piloto que más misiones de combate realizó con este sistema de armas, ocho en total, hostigando al enemigo y protegiendo a sus camaradas.



Durante la batalla de monte Longdon, junto a otros dos combatientes, en audaces incursiones, el Soldado Dragoneante **Jorge Alberto Beltrami** estuvo rescatando, evacuando y curando heridos. A bordo de un jeep, estos hombres se adelantaban hasta la línea de combate, bajo las balas y bombas británicas. Y lo siguieron haciendo hasta que su vehículo fue alcanzado por una bomba: Beltrami, quien luego se recibió de médico, sufrió duras secuelas de por vida, al punto de no poder presentarse para recibir su distinción. *El diploma lo recibió su camarada, el Soldado VGM Roberto Piccardi.*



En los últimos días del conflicto, los experimentados comandos británicos del SAS (Special Air Service) trataban de infiltrarse en la retaguardia de las tropas argentinas, a través de la península de Camber. Sin embargo, se toparon con marineros del Apostadero Naval, simples soldados conscriptos, que –junto con infantes de marina– les ofrecieron una férrea resistencia, frustrando el desembarco. Entre ellos se encontraba el Soldado **Julio Casas Parera**, que recibió la distinción representando a sus camaradas.



A la sección de Gómez Centurión, en la batalla de Darwin, se sumó imprevistamente el Cabo Cocinero **Andrés Fernández**. Podía haberse quedado sano y salvo en la retaguardia, limitándose a su función de alimentar a sus camaradas, pero prefirió marchar a la primera línea de combate. Solo estaba armado con una pistola, pero consiguió un fusil y participó voluntariamente de la batalla, abatiendo británicos, hasta ser herido. Hubo que dejarlo en el lugar, pero más tarde fue rescatado por su jefe y otros dos soldados.



El Subteniente en comisión, Lautaro Jiménez Corbalán, del Regimiento 4, se replegaba del monte Harriet, durante los cruentos combates que allí tuvieron lugar, caminando al frente de sus soldados, cuando pisa una mina y cae, herido en la cara. Sin medir el riesgo para ellos mismos, los Soldados Conscriptos **Teodoro Flores y Carlos Salvatierra** se internan audazmente en el campo minado y rescatan a su jefe, que se encontraba inconsciente. Lo llevan hasta un puesto de socorro y de esta manera le salvan la vida.



El buque de la flota nacional **Aviso ARA Francisco de Gu-r-ruchaga** era una verdadera cáscara de nuez en el océano embravecido y, sin embargo, rescató a casi 400 náufragos del Crucero Belgrano: cuatro por cada tripulante. A pesar del gran peligro, ya que el submarino Conqueror, que había hundido al crucero, seguía acechando en esas aguas, su comandante, el Capitán Álvaro Vázquez, ordenó: «Aunque haya un submari-no enemigo en el área, de aquí no nos vamos. Nos quedamos hasta rescatar a la última balsa».



Protegiendo el repliegue de sus soldados en el monte Dos Hermanas, el Subteniente en Comisión **Marcelo Llambías Pravaz** rechazó cuatro ataques consecutivos, a pesar de que el enemigo le tiraba incluso con cañones. Es decir que los in-gleses estaban tratando de poner fuera de combate a un solo hombre, con el fuego concentrado de varios cañones de 105 mm, además de otras armas. Combatió con ametralladora, fusil y lanzacohetes Instalaza hasta que agotó toda su muni-ción. Recién ahí se replegó.



Cuando los torpedos británicos hicieron impacto en el crucero Belgrano, y el Teniente de Navío Médico **Alberto Deluchi Le-vene** estaba por subirse a una balsa, le dijeron que había un marino encerrado en las entrañas del buque que se hundía. Sin dudar, se lanzó a salvarlo, llegando hasta la tercera cubierta, bajo la línea de flotación. Solo después de eso se arrojó al mar, se subió a una balsa y ejerció en ella un liderazgo sin fisuras, que permitió a todos sobrevivir hasta el arribo del buque de rescate.



El entonces Capitán **Pedro Obregón** volaba en el Batallón de Aviación de Ejército, piloteando helicópteros Chinook y Puma, además de ser el oficial de logística de la unidad. Cuando transportaba hacia el monte Kent a un grupo de gendarmes del Escuadrón Alacrán, fue derribado por un misil Stinger, que pegó en el motor, pero logró que el helicóptero Puma no se estrellara, salvando así varias vidas, aunque seis gendarmes perecieron. Obregón se retiró del Ejército con el grado de teniente coronel.



El Teniente Primero Médico **Alejandro María Steverlynck**, perteneciente al Regimiento de Infantería 4, como jefe del Puesto de Socorro en el monte Dos Hermanas, estuvo en el centro mismo de los combates, atendiendo heridos, evacuándolos y ayudando a bien morir a los que no podía curar. Incluso, desobedeciendo órdenes de un jefe cobarde, se negó a dejar a los heridos y, asimismo, no aceptó rendirse sin antes intentar el repliegue. Tras la guerra, Steverlynck continuó sirviendo en el Hospital Militar.



Como helicopista del Escuadrón 1 Bell 212 de la Fuerza Aérea Argentina, el Teniente Primero **Alejandro Roberto Vergara** participó de búsqueda y rescate de pilotos derribados, exploración y reconocimiento, abastecimiento a bases y puestos, evacuación de heridos y defensa de instalaciones. También encabezó el temerario rescate en combate de los únicos tres combatientes que no se rindieron en Darwin: un alférez y dos conscriptos. Para ello, tuvo que volar en territorio controlado por el enemigo.



El entonces Capitán **Roberto Vila**, indicativo “Nahuel”, era el jefe de operaciones del Escuadrón Aeromóvil Pucará en Malvinas. A pesar de su cargo, fue quien más misiones realizó: 11 en abril y 6 en mayo, 17 en total. El día 28 de mayo, cuando volvió de atacar a los británicos en Darwin, su avión era un colador: registraba más de 50 impactos de proyectiles. Vila fue el jefe de la primera escuadrilla de ataque de aviones Pucará que aterrizó en Malvinas. Lo hizo el 2 de abril de 1982 a las 16 h.



En el contraataque en Wireless Ridge de dos secciones del Regimiento 3, el Sargento **Manuel Ángel Villegas** recibe un balazo en el estómago, pero a pesar de eso, intentó seguir combatiendo, recibiendo otro impacto. Cuando dos de sus soldados se aprestan a rescatarlo, les ordena que no lo hagan, que se salven ellos. Orden que estos dos conscriptos desobedecen y lo llevan hasta el hospital de Puerto Argentino. Al Sargento Manuel Ángel Villegas le importaba más proteger la vida de sus soldados, que salvar la propia.



En los ataques argentinos a la flota británica –que el jefe de la misma, el almirante Sandy Woodward, calificó de “semisuicidas”–, había pilotos que se peleaban por salir en misiones de las cuales podían no volver. Uno de ellos era el jefe de escuadrilla de cazabombarderos Skyhawk A-4C, Capitán **Antonio “Tony” Zelaya**, quien el 12 de mayo de 1982 puso fuera de combate a la fragata Brilliant. Y el 13 de junio participó del audaz ataque al puesto comando británico, donde el General Jeremy Moore casi pierde la vida.



Una patrulla de comandos de la Compañía 602 fue sorprendida en el puesto ovejero Top Malo House, donde había pasado la noche y hubiera sido aniquilada, de no ser por uno de sus integrantes. El Teniente **Ernesto Emilio Espinosa** eligió no salvarse, para que se salven otros. Pudiendo salir del edificio, se quedó dentro de la casa, tirando con su fusil. De esta manera, atrajo el fuego hacia sí, permitiendo a sus camaradas salir de la encerrona, y combatir contra los británicos. Pero murió en esa heroica acción. *El diploma lo recibió su hija, Florencia.*







En el combate de Darwin, la fracción del Subteniente Juan José Gómez Centurión se ve obligada a replegarse, dejando en la zona a un suboficial herido. Pero el joven oficial le promete que luego lo vendrá a buscar. Cuando cae la noche, Gómez Centurión pide dos voluntarios y escoge a los Soldados **José Carobbio** y Aguirrebengoa. Al anochecer se internan en territorio ya ocupado por los soldados enemigos y, jugándose sus vidas, rescatan al suboficial malherido, llevándolo hasta las posiciones argentinas.



En la misión más importante, difícil y peligrosa de la guerra de Malvinas, el entonces Teniente de Navío **Luis Antonio Collavino** acompañó al Capitán de Corbeta Alejandro Francisco, quien arrojó un misil Exocet contra el portaaviones Invencible de la flota británica. Luego de eso, se lanzaron contra la nave cuatro pilotos de la Fuerza Aérea, muriendo dos de ellos en el ataque. No cabe duda de que, en esta acción, el portaaviones fue alcanzado, aunque los británicos se resisten a reconocerlo por una cuestión de orgullo.



En las Georgias, el Suboficial **Oscar Felman** era vigía del submarino Santa Fe, que estaba en la superficie cuando fue atacado por seis helicópteros británicos. Felman reunió a varios tripulantes y estos con fusiles hicieron frente al enemigo, que los atacaba con misiles y ametralladoras. Gracias a sus certeros disparos, los helicópteros fueron rechazados, no pudiendo ubicarse en la vertical del submarino para hundirlo, con lo cual los argentinos lograron desembarcar sanos y salvos, para continuar la resistencia en tierra.



Durante toda la guerra, el Mayor **Antonio González Iturbe**, de la Fuerza Aérea Argentina, estuvo a cargo de la central de comunicaciones de Puerto Argentino, en las Malvinas. Trabajando 13 y 14 horas por día, con sus subordinados –entre los cuales, había varios civiles voluntarios–, realizó una tarea absolutamente clave para el mantenimiento de la moral alta entre los defensores de las islas: comunicar a soldados, suboficiales y oficiales con sus seres queridos en el continente, ya sea por teléfono o telegrama.



Durante la batalla de monte Longdon –una de las más sangrientas–, junto a otros dos combatientes, los soldados Beltrami y Toledo, el Teniente de Arsenales **Jesús María Martín** estuvo rescatando, evacuando y curando heridos. A bordo de un jeep, se adelantaban hasta la línea de combate, bajo las balas y bombas británicas. Y lo siguieron haciendo hasta que el jeep fue alcanzado por una bomba: el Soldado Beltrami sufrió secuelas de por vida por las heridas, en tanto que el Soldado Toledo falleció en la posguerra.



En el combate de Darwin-Pradera de Ganso, el Subteniente **Ernesto Peluffo**, de 20 años de edad, fue alcanzado por una granada en la pierna. A pesar del intenso dolor, tomó un fusil automático pesado y comenzó a barrer al enemigo. Y siguió combatiendo hasta que un balazo lo hirió en la cabeza. La sección de Peluffo, del Regimiento 12, junto a la del Teniente Estévez, del Regimiento 25, detuvieron durante cinco horas el avance británico, y los mismos enemigos reconocieron que ellos pelearon “como leones”.



El Primer Teniente **Carlos "Charly" Perona** protagonizó el primer choque de la aviación militar argentina con los caza-bombarderos Harrier de la flota invasora británica. Lo hizo piloteando un Mirage III el 1 de mayo de 1982, día del Bautismo de Fuego de la Fuerza Aérea Argentina en Malvinas. Al enfrentarse con dos aparatos enemigos, armados con el letal misil Sidewinder L, que los EE. UU. cedieron a Gran Bretaña, el aviador argentino fue derribado, se eyectó, sufrió heridas, pero logró sobrevivir.



El Teniente **Carlos Rinke** atacó a la flota británica el 1 de mayo, día del Bautismo de Fuego de la Fuerza Aérea. Fue uno de los pilotos de A-4B que más vuelos de combate cumplió y, entre otras arriesgadas misiones, participó en dos muy particulares: el 25 de mayo contra la fragata Broadsword y el 8 de junio contra el desembarco enemigo en Bahía Agradable, que los ingleses bautizaron como "el día más negro de la flota de Su Majestad". Por ser tan confiable en combate, recibió el mote de "el numeral de hierro".



El Suboficial **Alfredo Romero** no solo era considerado uno de los mejores mecánicos de la Aviación de Ejército en la guerra de Malvinas, sino que también se destacaba por su coraje y determinación. Así, por ejemplo, cuando utilizando un lanzamisil portátil, los británicos derribaron al helicóptero Puma que transportaba a comandos del Escuadrón Alacrán de Gendarmería, con un esfuerzo sobrehumano, Alfredo Romero consiguió eyectar la puerta y salvó así de morir quemados vivos a varios combatientes.



En el combate final, en Sapper Hill, un solo cañón de 105 mm quedó en primera línea frente al infernal bombardeo británico. A pesar de que solo hacen falta seis hombres para servir a una pieza de artillería, alrededor de este obús se agruparon 22 soldados, al mando de un subteniente, dispuestos a no rendir el cañón. Al final, ya todos se turnaban para tirar. Con las manos llagadas y los oídos sangrantes, combatieron hasta el último proyectil, sin rendir la pieza. Uno de estos conscriptos era **Walter Rubíes**.



En uno de los permanentes ataques que los cazabombarderos británicos realizaban contra la Base Aérea Malvinas, un mecánico de Aviación Naval, el Suboficial **Guillermo Sosa**, se dio cuenta de que uno de los pilotos de Aermacchi, Horacio Tallarico, que se encontraba de espaldas, no advertía el peligro inminente. Al no poder alertarlo con un grito, por el ruido reinante, se abalanzó sobre él arrojándolo al suelo y cubriéndolo con su cuerpo. Este acto de abnegación nunca fue olvidado por el aviador naval.



Le decían "el curita" porque una de las maneras que tenía el Soldado Voluntario **Carlos Mosto** de confortar a sus camaradas de trinchera era reunirlos para leer el Evangelio y rezar; rezar incluso por los enemigos. También se ocupaba de conseguirles comida, hacerles curaciones, prestar su propio abrigo o simplemente distraerlos en momentos de peligro. Cuando había "alerta roja", y todos se guarecían, él solía dejar su refugio para ir a darle contención a sus camaradas. Y así fue alcanzado por una bomba. *El diploma lo recibió su hermana, Elsa.*









De los doscientos mil argentinos que se anotaron de voluntarios en el Ministerio de Defensa para ir al frente de combate en Malvinas – y no se les permitió hacerlo –, el más emblemático, sin duda alguna, fue **Luis Landriscina**. Este talentoso actor, cuentista y humorista se ofreció para entretener a los soldados en las trincheras, sin importarle que su vida estuviera en riesgo. Después de la guerra, Landriscina siguió apoyando la Causa Malvinas y a sus combatientes, y es padrino de varias de sus organizaciones.



El 25 de mayo de 1982, día patrio, el Aviador Naval **Julio Barraza**, junto a su jefe de escuadrilla, Roberto Curilovic, asestaron un golpe decisivo a la flota británica, hundiendo con misiles Exocet al portacontenedores militar Atlantic Conveyor y dejando así sin pertrechos claves al enemigo. El ataque cambió el curso de la guerra, ya que, al haber perdido, entre otras cosas, numerosos helicópteros y jeeps, los británicos debieron caminar hacia Puerto Argentino. Y por eso, incluso, en Londres se habló de ponerle fin a la guerra.



Entre otras misiones riesgosas, el **Buque Hospital Bahía Paraíso** fue clave en el rescate de los náufragos del crucero Belgrano. La dotación del barco, cuya edad promedio era de 23 años, salvó a los sobrevivientes que más días estuvieron en el agua, más frío sufrieron y los que más alejados estaban del punto del hundimiento. Algunos fueron rescatados a 100 km de distancia; ya navegaban hacia la Antártida. En esta y en otras misiones, los tripulantes del Bahía Paraíso mostraron su abnegación y valor.



El Cabo Cocinero **Genaro Bordón**, del Regimiento 12 de Infantería, actuó con valentía y decisión durante el combate de Darwin, como parte del personal argentino que estaba bloqueando una penetración enemiga. Con riesgo de perder la vida, Bordón auxilió a soldados heridos e, intrépidamente, abasteció de munición a combatientes en la primera línea, bajo fuego graneado. Estuvo en los sectores más expuestos, ayudando a detener la acción de los efectivos británicos, que trataban de envolver a la posición argentina.



José Cruz, Soldado Conscripto que perteneció a la sección Perros de Guerra de la Infantería de Marina en la guerra de Malvinas, estuvo durante todo el conflicto con su perro Vogel, que integró el listado de 18 canes que viajaron a las islas. Además de cumplir distintas misiones con su camarada de cuatro patas, después de la rendición, este infante de Marina se las ingenió para sacar de Malvinas una bandera argentina. En la actualidad, malviniza incansablemente dando charlas en los jardines de infantes.



El hoy Comodoro retirado **Fernando Espiniella** fue jefe de la sanidad de la Fuerza Aérea durante la guerra de Malvinas. Su labor en las Islas fue fundamental, organizando la sanidad en condiciones adversas y participando en evacuaciones aeromédicas, a menudo bajo fuego enemigo. Es uno de los héroes anónimos que salvó numerosas vidas de combatientes. Además, es autor de *Tras el manto de neblina: relatos médicos de la guerra de las Islas Malvinas*.



En el día del Bautismo de Fuego de la Fuerza Aérea, el piloto de Dagger, **Guillermo “Poncho” Donadille**, persiguió a dos aviones enemigos que, a su vez, estaban persiguiendo a una escuadrilla argentina. Lo hizo a pesar de que se le había trabado el armamento, es decir que los corrió, literalmente, con el poncho. Al verse amenazados por Donadille, los británicos abandonaron la persecución y, de esta manera, se salvó el piloto argentino que iba más rezagado. Donadille participó de otras misiones hasta que fue derribado.



El entonces Capitán **Jorge Rubén Farinella**, como oficial logístico del Regimiento de Infantería 4, desarrolló una tarea titánica para conseguir munición, racionamiento, explosivos, lanzacohetes, en un escenario plagado de necesidades, donde su unidad, esparcida por media isla, debía competir con otras fracciones afectadas por idéntica escasez. Si en muchas situaciones el Regimiento de Infantería 4 pudo combatir con gran eficacia, se debe particularmente a la tenacidad de este oficial a cargo de la logística.



Durante los combates librados a partir del 9 de junio, el Mayor **Oscar Ramón Jaimet**, comando y paracaidista, del Regimiento de Infantería 6, quien se desempeñó como jefe de la Reserva de la Agrupación Puerto Argentino, logró impulsar a su fracción a ejecutar acciones sacrificadas que posibilitaron el repliegue ordenado de importantes efectivos propios. Encabezó varios contraataques a fuerzas enemigas numéricamente superiores, para luego retirarse entre los últimos combatientes.



En plena guerra, el Ejército necesitaba imperiosamente tener instrumentadoras quirúrgicas cerca del frente de batalla, para lo cual pidió voluntarias. Se presentaron seis jóvenes mujeres civiles. Embarcadas en el Buque Hospital Almirante Irizar, durante diez días estuvieron atendiendo abnegadamente heridos, salvando vidas y llegando incluso a estar bajo fuego enemigo. Una de ellas, **María Ricchieri**, fue distinguida, en representación también de otras audaces voluntarias, como Susana Maza, ya fallecida.



Al participar del contraataque en monte Longdon que encabezó el Teniente Castañeda, el Soldado Conscripto **Leonardo Rondi** combatió durante varias horas a distancias próximas del enemigo e incluso cuerpo a cuerpo, tomando también el puesto de estafeta a pie, ante la muerte del titular que operaba una radio. El Soldado Rondi arriesgó su vida en numerosas oportunidades al desplazarse bajo fuego de armas automáticas y artillería entre los soldados para transmitir las órdenes que impartía el jefe de sección.



En la noche del 13 al 14 de junio, el Teniente Primero Víctor Hugo Rodríguez, del Regimiento 3 de Infantería, encabezó un contraataque con dos secciones en el monte Wireless Ridge. Al Suboficial **Juan Gualberto Vallejos** no le tocaba participar, debía permanecer en la retaguardia. Sin embargo, voluntariamente y llevando consigo una Biblia, se involucró también en el combate y cayó herido de gravedad. Trataron durante varios días salvarle la pierna herida, pero esta finalmente le fue amputada.



El 1 de mayo del 82, el Primer Teniente **José Leónidas Ardiles** no dudó en cumplir una orden que iba más allá de los procedimientos previstos y salió a atacar al enemigo en solitario, sin su jefe de sección. Fue a interceptar a un avión británico, pero al advertir que eran dos, no rehuyó el combate a pesar de estar en inferioridad de condiciones. Un misil impactó en el Dagger de Ardiles quien, sin eyectarse, cayó en la isla Bougainville. Su bravura lo constituye en un arquetipo de los pilotos de la Fuerza Aérea Argentina. *Recibió el Diploma de Honor post mortem su hija Inés Ardiles.*







DGP DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta (RSP 1/24).

Publicación de carácter institucional